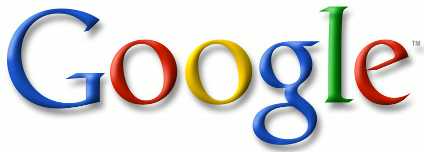
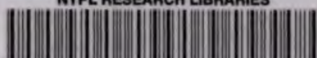
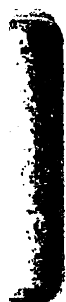

Google


NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 07437072 1







ARTICULOS DE COSTUMBRES

Y

POESIAS

POR

LUIS VICTORIANO BETANCOURT.

GUANABACOA.

IMPRENTA "LA REVISTA DE ALMACENES,"

CALLE DE LA CERERIA NUMERO 174.

1867.

ARTICULOS DE COSTUMBRES

Y

POESIAS

POR

LUIS VICTORIANO BETANCOURT.

GUANABACOA.

IMPRENTA "LA REVISTA DE ALMACENES,"

CALLE DE LA CERERIA NUMERO 17½.

1867.

A MIS PADRES.

Vosotros me dísteis el ser con vuestro amor; vosotros alumbrásteis mi inteligencia con vuestra enseñanza; vosotros formásteis mi corazon con vuestro ejenplo. Si mi vida no es tan bella como el Cielo; si mi inteligencia no es tan clara como el Sol, y si mi corazon no es tan hermoso como el Bien, vuestro deseo es tan grande como el Mundo.

Yo quisiera un corazon gigante para amar; quisiera una inteligencia divina para instruir; quisiera una vida hercúlea para trabajar. Pero la pobreza de mi vida es tanta, y es tanta la oscuridad de mi inteligencia, y tanto, tanto, el sufrimiento de mi corazon, que yo hubiera callado, como el pájaro cautivo, si no me impulsárais vosotros, que sois mis padres, si no me lo ecsigiera Cuba, que es mi patria.

Vuestro es este libro: para el mundo nada vale; para vosotros vale mas que el mundo, porque es de vuestro hijo. Si el mundo le lanza la fria mirada de la indiferencia, lo merecerá; pero quédeme, al ménos, el consuelo de saber que recibe el calor bajo vuestras alas paternales.

Mucho me dísteis; poco tengo que daros: lo poco que tengo, os lo doy.

L. V. B.

LOS PRIMOS.

Á MI MADRE.

Hizo Dios el mundo en seis dias, y descansó el sétimo: pero ántes de descansar, se le ocurrió hacer al hombre el sábado.

Adan y Eva, pues, se conocieron la sesta noche de los tiempos, y no en bailes ni en teatros, como se conocen las gentes ogaño, sino en campo raso, debajo de una seiba, indudablemente, sin mas camisa, ni mas adornos, ni mas paños menores, que su epidermis; y el Señor les dijo:

—Creced y multiplicaos.

Y ellos no crecieron, porque ya estaban un tanto demasiado crecidos, pero si se multiplicaron, y multiplicándose, formaron las familias, y formando las familias, las llenaron de plagas, tales como el *Primo,* especie de bicho no descrito por Cuvier, y que merece lugar preferente en la familia de las *babosas*; aunque hay quien lo coloque en la de los *zánganos;* mas sea de ello lo que fuere, y prescindiendo de la nobleza de sangre y procedencia de casta, lo cierto es, que el primo es un ser digno de estudio, y como tal, me ocuparé de él.

El primo es un hombre como cualquier otro puede serlo; come, bebe, duerme y ejecuta sus demas funciones vitales, á

las mil maravillas; canta, rie y baila, si es alegre; trabaja, si no es haragan, y tiene, en fin, cuantas cualidades puede tener cualquier prójimo; salvo el goce de ciertos fueros en casa de la tia, y algunas *confiancitas* con las primas, que no gustan por cierto á la mamá, la cual está siempre atisbando las acciones del sobrino. Los hay de ellos feos y bonitos, rubios y morenos, elegantes y descuidados, pero todos condescendientes y de buenas intenciones, si no son algunos que validos del primazgo, hacen cosas que no debieran, introduciendo la desolacion y el escándalo en su misma familia; pero son tan pocos, que no hacen número, y por tal motivo, prescindiré de ellos.

El primo es el demonio familiar de la casa de su tia. No bien se cuela por las puertas, alborota á las muchachas, va á la cocina, enciende un cigarro, se come un plato de dulces que hizo una de sus primas, pellizca á la cocinera, abraza á la mulatica costurera que está en el cuarto, vuelve al comedor; si vé flores, se apodera de ellas, á pesar de la oposicion tenaz que se le sostiene, y se dirige á la sala. Allí se sienta entre cinco ó seis angelitos sin alas, le quita el bordado á la una, el libro á la otra, las mortifica á todas, incomoda con sus gritos á la vieja, que se levanta, las manos en la peluca, diciéndole: *Vete, demonio, espiritado. ¿Qué vienes á hacer aquí entre las muchachas? Esta no es hora de visitar.* Pero él *tenacem propositi*, mas grita, y mas emborracha con su charla, hasta que la vieja se retira para el cuarto, renegando de los primos y del diablo, y él, dueño entónces del campo entre tantas palomas, hace de las suyas, y las primas se ponen *bravas* por alguna libertad demasiado *libre* y él sale peleado con ellas; pero cuenta que al siguiente dia vuelve á la casa, y hacen las paces, y se repiten las escenas del dia anterior.

El primo, apesar de todas estas ventajas, está espuesto á mil incomodidades en casa de la tia. Miéntras no haya jóvenes de fuera es el preferido, mas ¡guay de él! si sucede lo contrario. Allí es verlo en un baile. Si es bailador recibido y aprobado,

puede dar algunas volteretas con las primas; pero si no es adelantado discípulo de Terpsícore, pasa mas sudores que un atacado de fiebre. Aquí se dirige á una prima, decidida admiradora de las danzas de *Federico*, la cual, despues de mil escusas y circunloquios, concluye por decirle:

—Mira, Pepe, tú eres de confianza, y por lo tanto, los cumplimientos son escusados; primero es atender á los estraños: hay dos ó tres jóvenes de cumplimiento que quieren bailar conmigo, y tengo que complacerlos.

Allá vá con su triste humanidad á donde está otra rubia, prima tambien, pero que no se muerde la lengua.

—¿Qué danza vamos á bailar, Antoñica?

—Ninguna, Pepe, porque tú eres limon, y yo no me quiero estropear: ve á pisar á otra, que lo que es á mí, no te dará en el pico.

Y el infeliz tiene que ir en peregrinacion por toda la sala, y de seguro no habrá quien de él se compadezca.

Se dividen los primos, por su carácter, en tres especies: juiciosos, hipócritas y traviesos. El primo juicioso es de fiar para la tia; la visita diariamente; quiere mucho á las primas, y bien podian ellas salir á pasear solas con él, que de seguro no harian las travesuras propias de su edad, pues el genio serio del compañero pondría freno á ellas. El es quien lee las cartas de los empalagosos enamorados de ventana; hace de tiempo en tiempo un regalito; está al tanto de cuando hay un enfermo para ir á verlo; es consultado en diferentes cuestiones por los tios, y se da á querer á causa de su buen comportamiento; suele tener de veinticinco á treinta años.

El primo hipócrita participa en la apariencia de las cualidades del anterior. Con su cara de *santico*, se gana la confianza de la casa; siempre está conversando con la tia, y cuando se queda solo en medio de la *hembrería*, ello es verlo mas alborotador que un muchacho. Generalmente cuenta de veinte

á veinticinco años, y como está en la edad del amor, escoje á una de entre sus primas, á quien delante de la madre ni siquiera mira, pero que *solus cum sola*, la estrecha tanto y y tanto, que tiene ella que llamar algun genio bueno en su ayuda, y decir:

—Mamá, mamá, ven á oir lo que Panchon me está diciendo.

Y la madre ni se mueve, porque se fia de él, y se contenta con responder:

—Vamos, niña, déjame quieto á Panchon; yo no creo de él cosa que no sea buena.

—¡Ay mamá! si tú lo hubieras oido, y mírenlo ahora tan hipócrita como está.

Y él se rie, y saca partido de su crédito á su modo, que de todo se saca partido en este mundo. No es dañino; pero conviene espiarlo.

La tercera especie de primos es la del travieso, tipo *sui generis*, que merece particular atencion. Para comprenderlo mejor, pintaré uno de ellos, que bien puede servir de adorno á este artículo.

José de Jesus Calandraca de Aronga y Bacalaito es un estudiante de filosofía, como de diez y ocho á veinte años de edad, con sus ínfulas de elegante y sus ribetes de poeta; alto de cuerpo, corto de vista, largo de nariz; de ojos negros y maliciosos y movimientos desembarazados, que indican decision y franqueza. Llámanle por mal nombre *Aronguita*, pero yo á fuer de bien criado, llamarele Pepe. Y ántes que me huya de la memoria, voy á referir el cómo y el cuándo tuve ocasion de conocer y estudiar este tipo.

No ha muchos dias, empujado por un asunto de interés, me dirigí á eso de las diez á casa de mi amigo Bonifacio Maleficio, donde gozo de alguna confianza. Llegué, pues, apénas acababan de levantarse de la mesa, y como el Sr. D. Bonifacio no habia almorzado allí, determinéme á esperarlo, no por el

solo hecho de esperar, si que para tener una disculpa y quedarme platicando sabrosamente con dos trigueñas y una rubia, que mas fuego tenian en los ojos, que hay en un volcan, y mas miel en los labios, que en una colmena. Quedeme, gracias á mi descaro (en honor de la verdad sea dicho), y entablamos conversacion.

—Jesus, Luisillo, me dijo una de las trigueñas, llamada Concha, y que tenia un divino hoyuelo en la barba, Jesus, ¡qué malo estuvo su artículo del otro dia! Yo ni lo acabé de leer. Mire que á Vd. nada mas se le ocurre hablar contra el baile, como habló, y desacreditar así á las muchachas.

—No, hija mia, le contesté, yo no he desacreditado á las muchachas, no he hecho mas que decir la verdad pura, lo que se vé en muchísimos bailes. Difícil sería y arriesgado, y hasta incierto afirmar que todas bailan mal; no, yo lo que dije y repito ahora á Vds. fué, que múchas muchachas bailaban así: bien sé yo que hay honrosas escepciones. Y además que

"A todos y á ninguno
Mis advertencias tocan;
El que haga aplicaciones
Con su pan se lo coma."

—Sí, venga ahora á componerlo todo, dijo la rubia. Nosotras no debiamos *mirarle mas la cara*, y hacer con Vd. lo que las muchachas de la esquina.

—¿Qué muchachas? pregunté.

—Las Mendrugo, contestó Chumbita, que era la otra trigueña, mas divina que el sol y mas picante que el ají. Y sabe lo que dicen? que están *bravísimas* con Vd., porque en su artículo se refiere á ellas, pues como no saben bailar todavia, no saben distinguir lo bueno de lo malo, y hacen lo que ven

hacer al compañero; y que Vd. las vió bailando la otra noche y por eso lo escribió todo; pero que ellas se vengarán de Vd.

—No, nada de eso ha habido. Yo no tengo culpa por haber escrito el artículo, sino ellas por parecerse á lo que yo escribí; y bien se conoce que son culpables, pues si no bailaran deshonestamente, de seguro no se darian por aludidas.

—Y mire, Luisillo, dice aquella muchacha rubia con ojos de *cherna*, que anda siempre con Charito Mendrugo, que si fuera hombre le hubiera dado una paliza á Vd., para que no se metiera en camisa de once varas, que mas cuenta le traian otras cosas que no esas. Y vayan á ver quien habla, aquella albina tan antipática, y que no está contenta sino cuando se halla entre hombres. Y luego tan *sometida* que es. Todos los dias le escribe mas de diez cartas á Nicanor Lagartija, y él ni por esas. Hay mujeres tan......

—Vamos, niñas, guarden las tijeras, dijo á la sazon doña Tecla, madre de ellas. No le *arranquen la tira del pellejo* á esa pobre rubia. ¿Qué mal les ha hecho?

—Si, mamá, es muy......

Aquí fué interrumpida la graciosa fiscala por un estrépito que hácia la puerta sentimos.

—¿Qué es eso, señor? dijo doña Tecla, medio incómoda, medio asustada.

—Nada, mamá, contestó Margarita, que era la rubia, ese es Pepe que viene á vernos ántes de ir á la Universidad.

—¡Dios nos ampare! ya tenemos aquí á ese condenado.

Con estas razones dieron lugar á que el señor Pepe llegase á donde estábamos nosotros, mas alegre que un carnaval y mas descarado que una máscara.

—Buenos dias, tia, adios muchachas, ¡hola mulata! ¿cómo están todos por acá? Y tio Bonifacio? dónde anda? ¡¡Puff!! ¡Y saben Vds. que hay calor! Digo, y yo que tengo que ir *pedibus andantibus* hasta la Real Universidad Literaria de la

Habana, situada en la calle *ancha* de O'Reilly, esquina á la de Mercaderes, bajos de Santo Domingo. Y no crean Vds. que voy á pié por hacer ejercicio, no, sino porque no tengo mas que diez centavos ó sean dos reales de vellon, ó de otro modo un real sencillo; y un medio es para cigarros y otro para papel, que tengo que escribirle á mi adorada Petrona, ó Perica, como la llamo yo. Por cierto que me pidió un sello para escribirle á su padre, y yo me hago el remolon. ¡Digo! ¡bueno es el niño! *En el circo me verán*; *pero que me cojan ¿cuándo?* No es nada lo del ojo, soltar yo medio fuerte para ella. Vamos, Perica, *no arrugues que no hay quien planche.*

—Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar, interrumpió doña Tecla, santiguándose, ¿hasta cuando vas á estar hablando, muchacho? Parece que tienes metido el diablo en el cuerpo. *¡Válgate Dios!* y que petulante vienes.

—Oye, Tiruña, dijo Pepe, tirándole un pellizco á la rubia, oye lo que dice tia. Pero como ella no le contestase, tiróle el otro mas fuerte aun, diciendo: ¡Eh! señora muerta, ¿en qué piensas? ¡En el mocito que pasó anoche por aquí tan flaco, y tan largo y tan amarillo, que parece un muerto resucitado!

—Vamos estate quieto, Aronguita, dejémos la fiesta en paz, dijo la rubia, un tanto resentida del dolor y mas quizás por las indirectas directas respecto del enamorado.

—Oye, tia Tecla, como se *pica* Margarita la rubia, porque le digo que su novio parece un muerto desenterrado.

—No es por eso, mamá, sino porque me dió un pellizco.

—¿Qué es eso de pellizco? saltó la tia. ¡Eh! Don Pepe, nada de juegos de manos con las muchachas, que no porque sean primas......

—Pierda cuidado, señora tia, que será Vd. desobedecida religiosamente.

—Y dime, cola del diablo, ¿qué haces tú que no te *largas*

para la clase? Mira que son las once y media y á las doce tienes que estar allí!

—¡Oh! no se apure por eso, tia, yo voy á clase cuando quiero, y paz cristi. Vd. vé, hoy no me ponen *falla*, por lo cual me quedo á comer acá.

—No, señorito, vete á clase y cuando hayas cumplido en el colegio......

—¿Qué colegio, tia? La Universidad.

—Bien, cuando hayas cumplido en la Universidad, ven á comer y á cenar si te dá gana.

—¡Oh! señora doña Tecla, Vd. me confunde, me aniquila, me achicharra, me *descuajaringa*......... ¡Tanta bondad!

—Déjate de retóricas, y *coje el tole*, que ya es hora.

—Sí, me voy, porque temo mucho á los *reprobados*, *suspensos* y *capotes*.

En esto levantóse y fué al primer cuarto, revolvió el tocador, se peinó, descompuso todo lo que habia compuesto, y sacando de entre las máquinas femeniles una asaz estraña, por cierto, que usaba Margarita para abultarse el peinado, dos *longanizas*, como las llamaba Pepe, preparose á salir, despidiéndose, con ellas á guisa de bandera.

Pero en mal hora lo viera Margarita.

—Ven acá, Pepe, decía, dame eso, mira que me lo descompones todo. Pepe, mis armadores.

Y Pepe seguia impertérrito hácia la puerta, y la rubia pudo atrapar una trenza, y aferrándose á ella, trabóse la lucha, y Pepe gritaba, y la perrita ladraba, y sabe Dios lo que de ahí resultado habria, si doña Tecla, celosa siempre de su tranquilidad, no pusiera fin al juego dando á cada uno dos *coscorrones* y diciendo al sobrino que tuviera á bien tomar el portante.

—Sí, eso es, tia, dijo él ántes de irse, Vd. me echa de su casa; pero no saca nada en limpio, porque hoy vengo á co-

mer, y esta noche voy á presentarle á Vd. tres estudiantes mas malos que Capirote, como decia mi abuela en sus mejores dias.

—Dios te libre de tal cosa; guárdate de traer acá á esos pollitos con los bolsillos planchados, y tan amigos de meterse con todo el mundo.

—Pero ¿qué tienen los estudiantes, mamá? dijo la prieta del hoyito; casi todos son de buenas familias, y muy finos, y muchos son poetas y la mayor parte son simpáticos y buenos mozos.

—Sí, fíate de las caras bonitas y de los fluses elegantes, que paga el padre; yo no digo que sean despreciables, pero miéntras se llamen estudiantes, se les debe *zafar el cuerpo* como al diablo.

—Pues á mi me gustan los estudiantes.

—Calla, tonta.

—Pues, agur, dijo Pepe, hasta luego. Miren, muchachas, que les voy á traer á los estudiantes de derecho, y ya verán.

—Sí, atrévete, gruñó doña Tecla, que mas temía á los tres estudiantes que á veinte marineros y soldados; y volviéndose á mí, dijo: Vd. vé, Luisillo, este Pepe es un buen muchacho, y nosotros le queremos mucho, como hijo de una hermana mia que es, pero es el espolon del diablo.

—Si, señora, le respondí: bien se vé que es de genio alegre y luego estudiante, que lo dice todo.

Despedíme en seguida de aquella familia, prometiéndome en mi interior repetir la visita para contemplar la trigueña del hoyito, que me habia dejado pensativo, y robado mi tranquilidad. Salí de allí enamorado por una parte, y por otra alegre, pues no fué poca fortuna haber encontrado al primo travieso, que buscaba con mis cinco sentidos.

Cuidad, madres, vuestras hijas; desconfiad de los primos,

que son todos aficionados á las *primitas*, y bajo la salvaguardia del parentesco, pueden dar de sí mas de lo regular, y lo que de ello resultare, allá lo veredes.

¡Bienaventurados los padres que no tienen sobrinos, porque ellos verán su casa limpia de zánganos y babosas!

1863

LOS POLLOS.

A MI PADRE.

Digna de atencion y estraordinaria es la semejanza que ecsiste desde que el mundo es mundo entre el hombre y los demas animales. Fácil seria, ahora que tan en boga están los problemas de aritmética, averiguar cuales son los brutos que mas puntos de contacto tienen con muchos individuos que por ahí se andan, teniendo en cuenta sus facciones é instintos. Y á fé á fé, no es preciso ser un Solá y Camps para dar la solucion inmediatamente. Hombres se ven todos los dias en la Dominica, y en el muelle, y en las escribanías, y en los teatros y en todas partes donde los pueda haber, que mas parecen echados al mundo para ser monos y borricos, que criaturas formadas á imágen de Dios.

Entre todas las familias irracionales, habidas y por haber, las aves son las que mas se asemejan al ser racional. Prueba: el gallo de Platon, que no es sino el hombre hecho y derecho, tal como los que se usaron y usan en todas épocas y naciones. Pero Platon se equivocó; pues no todos los hombres son semejantes al gallo, ántes los hay que solo se le parecen en

que no tienen mas que un instinto perfeccionado; y no deja de haber quien ni siquiera perfeccionado lo tenga, y camine sin embargo sobre sus dos piés, y se ponga corbata y sombrero, y fume brevas de á real, y pasee en coche y sea oido con gusto y atencion cuando ladre ó rebuzne mas que un Berganza ó un Apuleyo.

Este método de clasificacion ha dado lugar á designar con el nombre de *pollos* á esos jóvenes masculinos y femeninos, que niños aun, y propios para estudiar en los colegios, entran en el mundo con los pañales todavia, como suele decirse, invirtiendo el órden natural de las cosas, y preparando con sus goces y desórdenes prematuros una generacion raquítica y sin principios morales, digna por cierto de la escandalosa Babilonia y de los últimos tiempos de la decadencia de Roma.

Los pollos se crian en casi todos los paises del mundo, siempre que haya gallos y gallinas que los engendren. España los tiene, y los tiene Francia; pero por crecido que sea su número allende de los mares, no llega ni con mucho, al de los de esta pequeña tierra tropical.

El pollo es un ser que presenta á primera vista las formas de hombre; pero que examinado con un microscopio adecuado á sus proporciones, ántes parece un individuo del secso femenino, robándoles los pantalones y la casaca á los barbudos, y ataviándose con ellos como el grajo de la fábula con las plumas del pavo. Pertenecen á esta clasificacion los mocitos que tienen de doce á quince años; época propia para aprender una carrera ó un oficio lucrativo, y no para andar en bailes y billares y reuniones, donde se absorbe en toda su fuerza el nocivo jugo de la corrupcion.

Tiene el pollo muy desarrollado el órgano del baile. Siempre anda como hormiga loca ó como corredor intruso, dando carreras en pelo de amigo en amigo, inquiriendo donde hay una *rumbita* buena; cuando hay ensayo de cuadrilla en casa de Pepe el Largo; si las Melchorizos van á seguir aprendien-

do los lanceros. O bien se dirige á algun café conocido y pregunta al mozo que para quién son esos ramilletes que están encima de la mesa, y allí donde el mozo le designe se dirige á eso de las ocho para entrar solo si es conocido de la casa ó ser presentado por algun amigo, si no lo es; y entra, y baila, y come dulces, aun cuando hubiera tenido que andar á mojicones por ello. No se da punto de reposo en cuanto á diversiones y meneo de piernas. Ya baila los lanceros en la casa de *Fulanita*, ya la cuadrilla en la de *Menganita*, ora una danza en la de *Esperenceja*. Tan pronto *culebrea* desaforadamente con una ninfa en una *escuelita*, dando mas *latigazos* que un papalote en manos de un pillo de playa; como *hace un cangrejo* con una Traviata en Tacon; ó estrecha la delicada cintura de una pollita, y *escobillea* con ella en otros salones de *medio pelo* ó de pelo entero al *sabroso* y marcado compás del *Cochino* y de *Apaga la vela.*

El baile, ese elemento civilizador que tanto progresa en nuestra sociedad; ese torbellino irresistible donde giran en contínuo y voluptuoso movimiento las ardientes sílfides y los impetuosos mancebos; esa bacanal permitida, decente, aristocrática; el baile es á los pollos lo que el agua á los peces, lo que los novios á las muchachas, lo que el matrimonio á las viudas, lo que Escauriza y Tacon á la Habana. Porque sin agua se morirían los peces; sin novios se consumirían tísicas en la soledad y la tristeza las muchachas; sin nuevo matrimonio no podrian formar las viudas el juicio de comparacion que tanto ausilia al observador en todas las ciencias, y últimamente, sin Escauriza ni Tacon se suicidarían las dos terceras partes de los desocupados, porque no habría bailes en Carnaval, ni gorgoritos, ni billares, ni podrian ir muchos de tantos á sentarse allí desde las tres de la tarde hasta las diez de la noche para contar los carruajes, ó decir adios á las *Nenés* que por allí pululan en busca del pan cuotidiano, como corresponde á todo animal que tiene necesidades físicas y

morales que satisfacer. Del mismo modo no se concibe á los pollos sin el baile, porque es para ellos el maiz mas nutritivo que de alimento servir puede.

Tiempo ha, fuí á una reunion, coreográfica se entiende, y tuve allí lugar de observarlos en su elemento. ¡Cuánta diversidad de tipos! Allí habia pollos con dos varas de nariz y cuatro de pescuezo; otros tan lampiños, que se parecian á esas damas que en Carnaval concurren á ciertos bailes disfrazadas de hombre; estos tan pequeños, que apénas si se podia caminar con tantos hombrecitos como se le metian á uno por entre las piernas; aquellos mas largos que los estudios para ciertas carreras; unos rubios, otros morenos, todos presumidos, y pedantes, y fastidiosos. Bigote, ni uno habia por toda la sala, que si á peso pagaran cada pelo, de seguro no reunieran ni medio centavo. En medio de aquel pollero ó gallinero humano, no pude ménos de parodiar á Fray Luis de Leon:

Innumerable cuento
De pollos juntos veo en un momento.

Allí estaba la música de Federico, la predilecta de los muchachos.

—Federico, decia uno, tócame el Arencon.

—Federico, gritaba otro, toque el vals de Ayer y Hoy. Hágame el favor por su madre, que estoy empeñado en bailarlo con Merced Lamparones.

—Federico, la Isla.

—Federico, Infla!

—Federico, la Cuadrilla.

—Federico, el Cochino.

Y Federico para complacerlos á todos, tocó los Lanceros, que nadie habia pedido, y empezaron aquellos niños á saludarse respectivamente y á hacer las evoluciones de costumbre.

Concluyéronse estos, y quedóme ancho campo á mis observaciones.

—Hola ! individuo, decia un mocito de diez y siete, peinado á la inglesa, á otro de la misma *estofa* que tenia casaca y gafas. ¿ Qué te parece el baile ? Has visto cosa mas *sonsa* en los dias de tu vida ? Casi todas las bailadoras son *chiquillas* de tonelete. La sociedad está desconocida, amigo Salta la Pajita.

—¡ Ay ! amigo Tomeguin, no me digas nada, le contestó el Sr. Pajita, esto es insufrible. O tempora ! O mores ! ¿Qué vendrán á buscar aquí esas pollitas, que deberian estar durmiendo á estas horas ? Yo te lo digo, chico : todavia estamos nosotros por civilizar, pues ni en los Estados Unidos, ni en Francia, ni en Alemania, ni en ningun pais del mundo, se ven tantos pollos en los bailes como aquí. Pero ¿ tú, bailarás, por supuesto ?

—Sí, compadre, por compromiso. Mariquita Calamar me ha pedido tres danzas y dos lanceros, porque está empeñadísima en bailar conmigo. Está *perdida* por mí, como tú sabes ; no me deja ni *resollar*. Y yo ni caso le hago, á pesar de no ser fea, porque con las mujeres es preciso ser desdeñoso y hacerse de rogar. Y además, chico, no es por alabarme, pero á mí no me faltan mujeres. Precisamente ahora estoy enamorando á una *hembra de bangan*. ¿ Y sabes como es el *papalote*, chico ? *De ley*. No hay mas que soltarle un poco los *frenillos* y ¡ aguanta muchacho ! Es la *isla!* Digo, y que bailamos sueltos ; la *transada* es de *onza á peso*. Ya se ve una prieta divina, en punto de caramelo, como me las manda el médico. Tú la debes conocer, hombre, de casa de Catana Longoron.

—Quién ? *Gualupe ?* Hum ! no te veo buenos papeles, porque tiene tres novios.

—Mentira !

—Me consta, chico. Y es *brava !* Por la tarde conversa con

uno en la azotea, que sabe Dios.... Con otro que es el mas mentecato, porque la ha pedido, conversa de las ocho á las diez, y cuando se va este, se la da en grande por la ventana despues de las diez y media con el tercero, que es el que está mejor parado, porque como poeta y filósofo que es, le gusta gozar con ella de la oscuridad de la noche y de la sublime soledad. ¡Si las rejas hablaran, cuántas cosas contarian! Nada ménos que anoche los ví con estos ojos que se han de comer la tierra, á las doce ménos cuarto como dos bienaventurados, cogidos de las manos y...... Por cierto que cuando me vieron, cerró ella el postigo y él salió *vendiendo listas*.

—Pero, ¿que hay? ¿*No te trasmites*? Ven á comer dulces, que ya en el comedor empezó el *revoleteo de las trompas.*

—Oh mujeres! esclamó el celoso Otelo, el desprecio es lo que merecen todas.

Fastidiado iba á dejar ya aquel gallinero, cuando me llamó la atencion el siguiente diálogo entre un pollito y su hembra.

—¿Hasta cuando, decia el mocito, repugnante y con unas quijadas de pollo goloso, hasta cuando vas á tenerme sufriendo? Yo te amo tanto, que daria por tí mi felicidad y mi vida. Contéstame que me amas, ángel de mis últimos amores, hermosa como el lucero de la tarde y casta como la luna.

—Dígame, Martinejo, y dispense que le interrumpa, arguyó la pollita, Vd. no ha *mudado la voz* todavia, verdad? Se conoce que la está mudando ahora en el sonido que le da.

—Tú si la habrás mudado ya. ¿Qué edad tienes? dijo el mozo un tanto amostazado con la pregunta de su adorado tormento.

—Qué dice Vd.? Hágame el favor de esplicarse. Y repare que está hablando con una señorita.

—No lo dije por tanto, alma mia. Quiero decir que te adoro, que eres el sol que vivifica con su calor mi existencia. Te juro....

—Sí, palabras que se lleva el viento. Vds. los hombres son muy falsos y traidores; vienen á donde está una triste mujer inocente, le ofrecen *villas y castillas* y luego, ojos que te vieron ir.

—No, Belencita yo te amo como no es creible. El fuego de tus ojos me abrasa el corazon. Quiéreme, vida mia. Seamos como Julieta y Romeo, como Norma y Polion, como Abelardo y Eloisa, como la Dama de las Camelias y Alfredo. ¿Sabes lo que es el amor, Belen? El amor es confundirse dos almas en una; reunirse dos espíritus por una atraccion poderosa y sublime; observar una tarde de Mayo, ocultos en un bosquecillo, la hermosa puesta del sol, el susurro de las palmas; gozar del canto vespertino de los pájaros, elevar al cielo entre suspiros y caricias el amor mas puro y delicioso. Ay! si tú no me amas, ¿qué será de mí en el mundo? Triste, solo, sin tu amor, ¿á dónde iré á refugiarme, que no me persiga siempre tu sombra? La muerte, Belen, la muerte, ántes que no poseerte!

—Ay! Acaba en verso; muerte y poseerte, dijo la burlona basilisco. Sabe Vd. que es poeta, Martinejo! Por qué no escribe á ver si sale algo de ahí....? Y que Vd. tiene buena forma de cabeza, cayuca. Dicen que los hombres de talento tienen cabeza *picúa*, así como Vd. Escriba, hombre, para reirme, que hace tiempo que no me rio con ganas.

—No, no quiero versos, tu amor, dame tu amor y seré feliz.

—Vamos, señor. Vaya con la música á otra parte.

—Oh! hurí celestial, divina egida que me defiendes de las pasiones del mundo, hazme feliz, á mí que soy tan desgraciado. Apaga, dulce esperanza mia, este volcan que tengo en el pecho. Fuego tengo en el corazon, fuego, Belen, fuego!

—¿Dónde es el fuego? ¿dónde? esclamó la pollita levantándose, y como si estuviera asustada, yo me voy á donde está mamá.

—Ven acá, Belen, decia él, no hay fuego en ninguna parte. Oyeme una palabra nada mas.

Pero ella, ni por esas; se escapó, dejando al amartelado mozo con tamaña boca abierta y como quien vé visiones.

Estas y otras escenas se ven todos los dias en todas partes porque los pollos son como la polilla ó el comejen, que están repartidos á mas no poder.

El pollo, como todo animal tiene su hembra que es la pollita, de la cual trataré de ocuparme si no me faltan fuerzas para concluir este artículo. Y de paso pido perdon á las bellas pollitas, que no porque sean pollitas dejan de ser bellas, pido perdon, repito, por haber dado el primer lugar al macho, pero no he tenido mas que sacrificar la política á la verdad, pues segun una ley natural y por órden cronológico y del alfabeto, está siempre el hombre ántes que la mujer.

La *pollita* es una mujer en miniatura, en menor escala, en pequeño, con malacoff, sayas, invisible, castaña, quillas, quiquiriquí y otros tantos perifollos como pueden contener las tiendas. Cuando veo á unas de estas niñas tan peripuestas se me acuerda de esos baratillos humanos, que por no dejar las prendas en casa se abruman el cuerpo bajo el peso de cadena, leontina, leopoldina, reloj, relicario, cordon para las gafas, alfiler de pecho, alfiler de corbata ; y luego, eche usted dijes : allí hay llaves de todos tamaños, carretoncitos, locomotoras, barcos, anteojos, pitos, panoramas, bolas del mundo y otras mil zarandajas.

La pollita toma este nombre desde los doce hasta los catorce años. A los doce ménos diez meses empieza á amar y á bailar, sino ántes, de modo que á los veinte está fastidiada de ámbas funciones y tiene el corazon gastado de tanto como ha querido en este mundo. Se sabe de cabo á rabo las novelas de Alejandro Dumas (padre) y sobre todo las del hijo, pero sus favoritas son la Dama de la Camelias y la Dama de las Perlas, novelas admitidas en la sociedad por su conocida

y saludable influencia en la educacion de la mujer y con las cuales muchos padres dejan que sus niñas pasen un rato divertidas y nutran su alma angelical. Lástima que no reviva aquella moda que invadió á nuestros padres, la del romanticismo, que hacia consistir la belleza en la palidez, en el histérico y en todo lo que fuera afectacion.

Risa causa y desconsuelo oir á una pollita, dando su opinion sobre el amor y el corazon, y hablando de partos y sobrepartos como una matrona ecsaminada, cuando debiera estar bordando detrás del bastidor, y aprendiendo cosas que mas fueran para engrandecerla que para ridiculizarla.

Oigamos á dos de ellas secreteando.

— Pues si, china, me han dicho que te casas con Pepillo el trigueñito de las gafas que va á casa de tus primas. No creí que estuvieras tan adelantada.

— No, hija, eso no es mas que conversacion de la gente; yo no le hago caso á ese pollito de á real y medio, que no tiene mas que una onza de sueldo. No me hagas el poco favor de creer que vaya á poner los ojos en ese arlequin... y luego con aquella melena tan asquerosa. Parece que no tiene dos reales para cortarse el pelo. Tú sí, que estás en *grandola* con Perico Salchichon. Y dime, ¿ cuándo es el negocio....? El debe haber acabado de *redondearse*, porque ya se cumplió el plazo. Tú estarás *deshechita*.... ¿verdad? Ay ¡ quién pudiera!

— Ya eso se acabó. El ha sido muy ingrato: al principio mil juramentos y ¡qué linda eres! ¡ qué ganas tengo de casarme contigo! ¡ qué felices vamos á ser! *Palucha*, hija.... Despues que se divirtió en grande conmigo, *levantó el pié* de casa, y hasta ahora. Ahí anda en relaciones con Asuncion, la hermana de José Loreto, tan prieta y tan....

— Eso es falso, y muy falso. Yo te digo que Perico te quiere á tí muchísimo, y que tú al fin y al cabo te vienes á casar con él.

— Sí, tú te figuras que yo me *mamo el dedo*? Mira que cuando tú vas, ya yo estoy de vuelta.

—¿Y yo que tengo que ver con que tú hagas ó no las paces con él? Yo si quisiera que Vds. se casaran y fueran felices....

—Ojalá! hija, pero yo lo dudo, porque soy la mujer mas desgraciada del mundo. Trece años tengo y no llevo mas que siete novios, y todos se han burlado de mí, que los he adorado á todos. Ingratos! Aquí tengo una carta para Perico Salchichon, porque, hija, yo no puedo estar sin novio. Cuando tengo al lado un hombre que me gusta, siento así, como una alegría, que sé yo.... pero oye:

"Perico de mi corazon, me decido á escribirte ántes de hacerlo tú á mí, porque no puedo estar sin tu amor. No te olvido ni un momento. Desde que me dejaste no ceso de derramar amargas lágrimas por tí. Ven, ángel mio de mi vida, ven, chino, Periquito, tan lindo, para decirte que te amo y para contemplar tus hermosos ojos. ¿Recuerdas aquella noche que conversamos en la ventana del último cuarto? ¡Qué noche! Me parece que estoy en el cielo cada vez que recuerdo aquellos juramentos......

"Ven, Perico, que me muero: la desesperacion y la tristeza que tengo me van á hacer que tome un veneno y concluya para siempre esta triste existencia. Sin tu amor ¿qué es la vida?

"Esta noche te espero. Si yo no estoy en la ventana mándame á buscar con Serapio, el calesero. Ten cuidado que no te vea *el viejo.*

"Adios, tuya hasta la muerte.

La que tú no ignoras."

Pero basta, lector. Dejemos á los pollos y á las pollitas, porque el alma se aflije con cuadros como los que acabo de trazar. Oh! si esta cuestion de pollos sigue así, preciso será corregir las leyes de Partidas, y establecer que los hombres

sean mayores de edad á los diez años y las mujeres á los ocho. ¡Cuántos abuelitos de veinte andarán entónces por esos mundos! Dichosos los que lleguen á esos tiempos y presencien tales revoluciones.

¡Oh amor, cómo te ridiculizas, tú, que los nobles pechos encendiste de Petrarca y Rafael, de Safo y el Dante! ¡Oh sociedad, que indiferente contemplas el triste espectáculo de la perdicion de tus hijos! ¡Oh juventud, como te corrompes, precipitándote ciega en el vórtice irresistible de las pasiones, cuando aun tienes en los labios la leche de la nodriza!

Sea todo por amor de Dios!

1863.

UN ESTUDIANTE EN EL CAMPO.

AL SR. D. ANTONIO GUITERAS.

Embarquéme no hace muchas semanas en un arrastra-panzas, á la sazon que un aguacero de padre y muy señor mio se dejaba caer insolentemente sobre nuestra dichosa ciudad; y mis razones tuve para obrar así, porque soy algo inclinadillo á la comodidad, como cualquiera de mis lectores, si por dicha los tengo, y por que no me gusta que lluevan sobre mí. Pero no bien me hube comodamente arrellenado en los cojines del coche, cuando reparé en una cosa blanca, que sobre los mismos cojines descansaba, y que llamó mi atencion. Hijos somos de Eva, que por curiosa, en el pecado llevó la penitencia; así es que de ella heredé *ab intestato*, juntamente con el pecado original, la curiosidad. Tengo además para mí, que conviene recojer y guardar con escrupulosidad todo escrito casualmente hallado, no tanto por lo que puede contener en sí, cuanto porque el hombre que posee un armario atestado de viejos manuscritos, aunque no los entienda ni haya leido nunca, es un hombre ilustrado, y puede ser de buenas á primeras, sócio de mérito de algun Ateneo, ó miembro distinguido de cualquiera

Academia; así como se puede poseer otro empleo sin saber de la misa la media, con tal que un padrino gordo se acuerde de uno en sus ratos perdidos.

Pues, como digo de mi cuento, tomé el papel, que era, por mas señas, una *carta abierta;* pero no á fé, como cierta carta abierta de cierto griñonista, á quien Dios libre de malos pensamientos. Ecsaminé la carta y en ella leí lo que despues se verá.

Una carta perdida no es cosa que da que pensar á los agentes de policía, en este tiempo en que un jugador esclama muy compunjido: "Ayer *perdí* treinta onzas en la valla," en vez de decir: "Ayer no tenia que hacer y eché treinta onzas por la ventana." Esto me recuerda la manía que hay por aquí de decir: "Se robaron á Fulanita," como si Fulanita fuera una gallina ó un saco de arroz, y no tuviera bastante fuerza para poner el grito en el cielo, segun es uso en las mujeres por un quítame allá esas pajas. Y no es eso lo mas gracioso, sino que los mismos que dicen "se la robaron," cuentan despues cándidamente, que al doblar de la casa habia un coche dispuesto para el *rapto*, y que ella, corriendo con sus piés que Dios le dió, burló la vigilancia de la mamá, y ojos que te vieron ir.

Digo, pues, que nada tiene de particular que una carta se estravie; lo que sí tiene, y mucho, es que yo, que ando siempre muy distraido, rezando mis oraciones de costumbre, y que no me ocupo de nadie para que nadie se ocupe de mí, haya ido á dar de manos á boca con el dichoso papel, que presentaré á mis lectores, sin poner ni quitar palabra, y es como sigue:

"El Campo, agosto...... de 1864.

Mi querido Timoteo, cediendo á las rabiosas ganas que tengo de comunicar á álguien mis impresiones *montunas*, y cumpliendo lo que te ofrecí el último dia de clase, cuando nos se-

paramos en la Universidad, aprovecho la ocasion de haberme entrado hoy el deseo de escribir, y manos á la obra.

El dia en que comenzó la *vacante*, como sabrás, me colé en un convoy que sale de Villanueva, y despues de siete horas de humo, ruido y dolor de cabeza, llegué á un paradero, cuyo nombre me callo, porque me tengo por bien criado, y quiero guardar el secreto. En tierra ya, tomé rumbo á la *taberna*, que es la Bolsa, y el café, y el teatro, y el liceo, y el todo de esos pueblos de campo, y habiendo almorzado, como lo hubieras hecho tú, me dirijí al tabernero, que es la primera persona de la poblacion, despues del teniente, y que lo sabe todo, sin saber nada. Preguntéle que cómo me arreglaría para ir á otro pueblo distante de allí una legua; y me contestó que alquilando un caballo. La noticia no era nueva, y le dije que precisamente eso era lo que yo solicitaba de él.

De allí á poco se me acercó un guia, montado en su caballo, y conduciendo una yegua tristonaza y pensativa, y que mas podia servir para las auras, que para cabalgar en ella. Pregunté al conductor cuánto tenia que abonarle por el futuro viaje, y él, despues de pronunciar un discurso muy largo sobre los salteadores de camino, sobre las aguas llovedizas, y sobre la lijereza y el brio de su yegua, me dió el *quien vive* de cuatro pesos dos reales. Yo se los dí, y me consolé, pensando que la mujer del caballo se portaría con decencia, y que mi viaje seria feliz.

Pero ¡cuánto me engañé, querido Timoteo! La meditabunda yegua resultó ser *trotona*, y tenia, segun supe despues, una matadura, que la hacia empinarse cada vez que la albarda la molestaba. Yo, que no soy jinete, sudaba la gota gorda, y llorando como un Jeremías, llamé con desesperacion á todos los santos del cielo, y á los niños del limbo y á los angelitos, y además hice *promesa* de vestirme de listado, como se acostumbra prometer en casos tales; pero nada, Timoteo, los cielos me desampararon, y para colmo de desventura, empezó á llover.

Por fin, entre brincos y oraciones, y entre latigazos y espuelas, y cabriolas mil, llegué como á las dos horas á la casa deseada, y fué tanta mi alegría al verme ya en puerto de salvacion, que turbado todo yo, y turbada la yegua seguramente, entramos ella y yo en la sala, rompimos un *quinqué*, y por poco no matamos á una negra que estaba en la cocina. Y no paró aquí todo, sino que yo casi casi le doy un beso á un sacristan que allí estaba, cuando me apeé de la yegua.

Y aquí me estoy, caro Timoteo, arrastrando una vida de delicias en compañia del sacristan de marras, que se llama el Sr. Letanía, y del cual te diré algo.

El Sr. Letanía, es un sacristan que no desmiente el tipo. Como sacristan que es, no sabe latin; pero echa de cuando en cuando su "sicut erat in principio," y su "et cum spiritu tuo," con bastante gracia. Es el ídolo de las viejas del lugar, que le llaman *Sacristancito*, y él se deja querer, porque una vela de cera vírgen que regala á alguna beata, le dá derecho para entrar en la casa, y jugar con las muchachas, pues está probado que los sacristanes gustan de muchachas bonitas.

De tiempo antiguo existe en Cuba el tabaquero, honrado artesano cuyo tipo sui generis se ha perdido. Los negros, los mulatos y los peninsulares que se han dedicado á la industria fabril del tabaco posteriormente, han introducido muchas modificaciones, y cierta heterogeneidad en esta clase, y el tabaquero de hoy no es el del tiempo de nuestros padres. No así el sacristan; la misma fisonomía, el mismo traje, las mismas costumbres hacen que el sacristan sea siempre sacristan, y nada mas. Ayer y hoy, hoy y mañana, siempre es el mismo, por mas que llueva y truene y relampaguee.

Háblote, Timoteo, del sacristan de un pueblo de campo. Letanía, personificacion de este tipo, es el todo de la sacristía; porque has de saber que un pueblo como este no tiene para su salvacion mas que un cura y un sacristan. Y como no es poco el entretenimiento que tiene el señor cura de encomendar á

Dios las almas de los justos y de los pecadores, hé aquí necesariamente que el sacristan es el solo encargado de las cosas terrenales. El toca las campanas al Ave-María, á las doce, á las tres, y dobla por las ánimas benditas á las nueve; repica, cuando hay por qué y cuando no hay por qué no repica; siempre tiene ganas de comer, y todos los dias á las doce y media, se acuesta, las mas veces sobre una tumba, y duerme hasta las tres: la *siesta* es al sacristan lo que la multa á los carretoneros de la Habana.

El sacristan de un pueblo de campo tiene un caballo flaco y maltratado por la suerte, aunque come yerba de guinea hasta no mas; y sobre él va caballero el sacristan á las fincas vecinas cuando se ofrece un matrimonio ó un bautismo, y ni el escapulario que lleva al cuello es bastante á hacer caminar al rocin, lo cual pone de mal humor al sacristan, por que lleva el alma pendiente de un peso ó un escudo con que le gratificarán.

El sacristan cree en brujas y en aparecidos; es aficionado á las *maromas* y á los jugadores de manos que visitan el pueblo, y es el primero que dá una noticia y el que mejor la comenta.

A las cuatro de la mañana, y cuando mas rodeado estoy de las agradables sombras del sueño, me despiertan los golpes que mi amigo Letanía dá en el tabique que separa nuestras habitaciones, y de allí á poco una voz alegre y regocijada como la de un.... sacristan, dice:

—*In nómine patris et filii et spíritui sancti.*

—*Amen*, digo yo, y me parece lo mas acertado.

—Buenos dias, estudiante.

—Téngalos Vd. muy buenos, sacristancito. Diga ¿qué tal se pasó la noche?

—Muy bien, con el favor de Dios y María Santísima, ¿y Vd.?

—Hombre, yo muy mal, con el favor de las pulgas y los mosquitos.

— *Libera nos domine.*

— *Amen.*

El sacristan se viste y seguimos hablando.

— Y ¿ dónde va Vd. tan temprano ? digo yo medio dormido.

— Voy á abrir la sacristía y á tocar las campanas, que es como si dijéramos *Orate frates,* ¿ no es verdad ?

— Sí, señor, sacristan, *amen.*

— *Oremus.*

— *Amen.*

Y faltándome las fuerzas me quedo dormido, y el sacristan sale á tocar el Ave-María, porque se ha convencido de que yo no sé latin. Yo sigo durmiendo hasta nueva órden.

A las seis me levanto *motu propio,* y leo hasta que almuerzo, y vuelvo á leer hasta que como, y de este modo corre mi vida. La noche no se pasa de igual manera : mas tarde sabrás como la entretengo.

Aquí gozo mucho, y al mismo tiempo deploro la ignorancia de la mayor parte de nuestros guajiros. Mas de diez individuos, entre blancos y negros, hay por estos alrededores, que curan el *mal de ojo* y que se dicen *brujos,* y como ellos mismos se lo dicen, y sabido se lo tendrán, he aquí que casi todo el mundo los cree y consulta y respeta hasta el mismo sacristan, que me dijo "*que á él lo celebró una señora, cuando era chiquito, y que estuvo á la muerte por causa de la celebracion, mácsime cuando la señora no habia dicho : Dios lo guarde de malos ojos. La fortuna fué,* añadia el sacristan, *que la negra vieja que me habia criado supo que tenia mal de ojo, y me curó, haciéndome una cruz con ceniza sobre el ombligo, y dándome un cocimiento de guano bendito, despues de rezar la oracion de San Luis Beltran.*"

Entre todos estos *brujos* hay uno, que, segun me contaron, hace milagros hasta que se cansa. Este tal es un sitiero, que estando una vez arando, se encontró un santo debajo de la tierra, y fregándolo muy bien, lo llevó á su casa, y allí habla

con el santo por medio de una mesita magnetizada. Y tan chistoso es esto, que el sitiero *brujo* no cobra nada por las consultas, como hacia por aquí la revoltosa Charito.

Y no te rias: una amiga del sacristan parece que comió mas *quimbombó con funche* de lo regular, y el *quimbombó cantaba* que era un primor; y ella consultó al santo, el cual le dijo por medio de la mesita, que se lo repitió por boca del sitiero, que ella no tenia mas que un *empácho* grande de agua *desparramado* en el lado izquierdo y un soberano padrejon, y que para ese mal no habia mas remedio que el *gálbano macho* si quien lo sufria era mujer, y el *gálbano hembra* si era varon, y que puesto que ella era mujer, le dieran el macho. Y hombres hay aquí y mujeres que se dejan curar ántes por uno de esos charlatanes que por un médico.

Afortunadamente las muchachas de este lugar son bonitas y francas y sencillas, y esto es mucho. Todas las noches visito á una familia, cuyos miembros principales son cuatro prietas, y en cuya casa se reunen casi todas las muchachas del pueblo.

El sacristan fué el que me introdujo en esa casa; por cierto que cuando las muchachas le preguntaron que *¿ qué tal era yo ?* respondió él: hombre, muy buen muchacho, ni *huele ni jiede.* Con esto te convencerás del aprecio que le deberé á esa familia.

—Vamos á *jugar á las prendas,* dijo una noche el sacristan, que se muere por jugar con las muchachas.

—Jugarémos el juego del Monigote, dijo Chepita, trigueña mas salada que....un jamon.

—¿ Cómo es ese juego ? pregunté yo.

—Venga acá, torpe, me contestó Chumba, la hermana de Chepita, ese juego es así. Se colocan todos los que van á jugar en rueda, y el que dirige el juego enciende un papel de manera que no esté mucho tiempo encendido, y se lo dá á la persona que está á su lado, diciendo:

—Vd. me compra este monigote ?

— Que tiene ese monigote? le replican.

— Tiene frio y quiere capote.

— Y si el monigote se muere?

— Páguelo el que lo tuviere.

Y aquel á quien le dan el monigote hace lo mismo con el que está junto á él, y este con el otro, hasta que el papel se apaga en las manos de alguno, que tiene que *pagar prenda*.

Jugamos ese juego mas que no quiso el sacristan, que se creyó aludido, y á mi se me apagó cinco veces el papel.

— El juego del zapato, dijo Chumbita, el del zapato.

— Bien, bien.

Y cuando, arrojando al suelo un zapato, si caia *boca-arriba*, tenian todos que reirse, yo me quedaba mas sério que un *inglés* á quien le devuelven la *cuenta;* y si caia *boca-abajo*, todos quedaban sérios, y yo reia como un loco.

— Jesus, criatura, me dijo Chumba, no parece Vd. de la Habana; siempre está perdiendo prenda.

Púsose despues el juego que dice:

— Gorrion, gorrion?

— Señor, señor.

— Fuistes al campo?

— Al campo fuí.

— Que viste?

— Un ave.

— Qué ave?

Y aquel, á quien se dirije la pregunta, tiene que dar instantáneamente el nombre de un ave con que se haya convenido en llamar á alguno de los allí estantes. Por cierto que el sacristan, cuando le preguntaron:

— Qué ave?

estaba entretenido, recitándole sin duda el breviario á una rubia, y contestó atolondrado:

— Qué ave?.... el.... la cucaracha!

Y á las muchachas se les descolgó una risa tal, que creíamos que se nos morian entre las manos.

Despues de restablecido el órden, jugamos el de:

"Por aquí pasó Beltran

Con un pez, un ave y un refran;"

en el cual volvió el sacristan á perder prenda y volvieron las muchachas á reirse.

Y por último, jugamos el que dice:

—Me dá una candelita?

—Allí humea.

que hizo salir al sacristan de quicio, y el de la "Gallina ciega," el cual metió tal ruido y algazara, que la vieja, neutral hasta entónces, interrumpió su *trisagio*, y dijo algo recelosa:

—Eh! eh! ¿qué *rejuego* es ese, señores? no mas *retozo.*

—Pues á sentenciar, dijeron las muchachas.

—Aquí está el sombrero con las prendas, saltó Chepita, yo las saco. Silencio! Mando que el dueño de la primera prenda que salga, cante como gallo. Y habiendo introducido la mano en el sombrero, dijo, sin poder contener la risa:

— Ha salido un escapulario, señores, ¿de quien es?

— Mio, contestó el sacristan.

—Pues á cantar como gallo.

Y el sacristan medio amostazado enarcó el pescuezo, y compungido, anunció la traicion de Júdas. Todos se rieron y él dijo:

—Como agraviado y no poco enojado, mando que el amo de la prenda que salga, dé tres vueltas de carnero.

— Un invisible! esclamó la sacadora de prendas.

— Es mio, dijo una jovencita.

— Pues que cambien de sentencia, saltó la vieja, que no las tenia todas consigo desde la *Gallina ciega.*

— Que pida para su boca, dijo uno.

Y ella recorrió la rueda y á cada uno preguntaba con encantadora gracia:

— Qué me dá para mi boca?

Y nadie le daba nada, porque su boca era muy linda y nada necesitaba; solo que no sé lo que le diria un enamorado, cuando sus mejillas se tornaron rojas como sus labios.

A mí me hicieron bailar el zapateo, y decir *tres veces sí* y *tres veces nó*, y *contentar* á los presentes, y hacer de *espejo* y qué sé yó cuantas cosas mas.

—Adivinador de la calabaza,
Cuál es el ave que pone en casa? gritó Chepita.

—La gallina! contestó muy contento el sacristan.

—Bobo es el que lo adivina.

—Y yo que lo adiviné
La quiero mucho á usté.

—De veras, gracioso? dijo Chepita, á quien no gustó la chanza del sacristan. Quiére medio por la gracia?

—Deme aunque sea un chico partido por la mitad:

—Ande, bobo.

Y el pobre sacristan se escurrió abochornado hácia donde estaba el "refugium aflictorum," ó sea la mamá.

Adivínenme esta, dijo Chumba:

" Chiquitica como un raton
Guarda la casa como un leon."

—La llave! Esa es muy fácil, dijo Letanía, que ya se habia repuesto del susto anterior. Tres dias doy para que me adivinen esta:

—De Santo Domingo vengo
De predicar un sermon,
Traigo los hábitos *limpios*,
Y muy *súcio* el corazon."

—El caimito! dijo uno.

—El tamarindo! dijo otro.

—La ciruela!

—El mango!

—Nada, señores, interrumpió el sacristan, no es cosa de comer. Se dan Vdes. por vencidos?

— Sí, sí.

— Pues es la mujer, que en el esterior es muy limpia y muy bonita, pero que por dentro tiene un corazon mas negro que una noche oscura.

Las muchachas se pusieron muy sérias, y si no es por mí, ¡ pobre sacristan !

Díjose tambien la adivinanza de

" En medio del cielo estoy
Sin ser sol, *astro* ni estrella." (la letra *e.*)

Y tambien aquella :

" Ventana sobre ventana,
Sobre ventana balcon,
Sobre el balcon una dama,
Sobre la dama una flor." (la *tuna*)

y otras muchas de que no hago memoria y que no interesan al caso.

— No mas adivinanzas ! Que traigan la bandurria para que Lola cante una *tonada* de la *Vuelta-arriba*, interrumpió un mozo, amante, por mas señas, de Lola, la cual tenia que ocultar las relaciones, porque doña Facunda, su madre, no *llevaba gusto.*

Trajeron la *bandurria*, y Lola la hizo gemir melodiosamente bajo sus dedos delicados, miéntras, acompañada de su novio, que la hacia de *segundo*, cantaba la siguiente glosa :

Querer estorbar el paso
A dos que se quieren bien
Es echar la leña al fuego
Y sentarse á verla arder.

Si un mozo acaso repara
En una jóven bonita
Al momento se estrepita,
Y su pasion le declara.

La madre vuelve la cara
Previniendo algun fracaso,
Mas él, que no le hace caso,
Sigue mas firme en su ardor,
Que eso tiene en el amor
Querer estorbar el paso.

Si en su cariño hay *firmeza*
Y se adoran dos cortejos,
Saben huir de los viejos
Y jugarles la cabeza.
Todo es placer y belleza
Miéntras conversando estén,
Y en habiendo mucho *tren*
Mas su pasion se acrecienta,
Porque el obstáculo alienta
A dos que se quieren bien.

La madre siempre en un grito
La dice con sus antojos:
— No fijes en él los ojos,
—No converses tan bajito;
—*Desarrímate* un poquito,
Que no me gusta ese juego,
—No te pegues tanto, y luego
No le des tanto la mano. . . .
Esto, hablando en castellano,
Es echar la leña al fuego.

Pues la madre, que inhumana,
Tras de su hija camina,
Si va para la cocina,
Si se pára en la ventana,
A la verdad solo gana

Mas aumentar su querer;
Lo contrario pretender,
Si en tal pretension se empeña,
Es echar al fuego leña,
Y sentarse á verla arder.

— Bravo! bravo! dijeron los mozos, y aplaudieron la peregrina glosa. Una tonada ahora de la *Vuelta abajo!*

— No mas canto, chilló la madre de Lola, haciéndose cargo de las indirectas de su futuro yerno. Vamos, Lola, que ya es tarde, y aquí hay muchos mozos atrevidos y mal criados. Y saludándonos bruscamente, despues de echar una aterradora mirada sobre el novio de su hija, salió precipitadamente de allí, arrastrando á la desventurada Lola, que en mal hora cantara las cáusticas décimas.

Mas tarde supe, que al siguiente dia el novio entró en la casa de su futura suegra á hacerla una visita; y doña Facunda, echando fuego por los ojos y por la boca espuma, le gritó:

— *Ahoritica* mismo se pone Vd. en la puerta de la calle.

Oido lo cual, el novio tomó con mucha calma un par de sillas, y volviéndose á Lola:

— Vamos, *china*, la dijo, que tu madre nos manda para la puerta, y se sentó descansadamente.

Y tanto hizo él, que el leon se amansó; y ahora está la vieja que no sabe donde poner al futuro yerno.

Volviendo á mis observaciones, te diré, que nada es tan cierto como el refran: *En todas partes cuecen habas &c.* Y dígote esto, porque he averiguado, que por estas malezas existen, como en la Habana, unos *tacos* tan afamados como aquellos. Los de aquí componen un *club*, llamado de la *Sociedad del Trueno*, sociedad de grandes tendencias como todas las de su clase, y que con laudable celo invierte el dinero y las fuerzas de los jóvenes en el progreso de la danza y del *voy ó van.* Que diablos! dicen ellos, mañana se muere uno, y se lo comen los

gusanos, y no ha gozado de la vida; y son como los tacos de la bodega "El Indio," *et cæteris*.

Muchos *sugar-plantations* hay en torno mio, pero ninguno he visto, porque al encontrarlos, cierro los ojos, y murmuro: *Quousque tandem?* No te ha resultado á tí, querido Timoteo, que no eres médico, entrar en un hospital y afligirte porque ves el mal y no puedes curarlo?

Adios, chiquete, que el sacristan toca á maitines y voy á rezar. Diviértete mucho en la Habana; yo trato de hacer lo mismo por estas breñas, procurando olvidar injusticias de una mujer, y desengaños de un amor perdido.

Tuyo,

Z.

Esta es, lectores, la carta que me encontré en el *arrastrapanzas*, y al pié de la letra la he copiado. Si por acaso os ha hecho bostezar su lectura, culpa es del estudiante, que sin duda estaba harto fastidiado, y tomaria la pluma febrilmente para disipar los tristes recuerdos, que como una nube negra cargada de rayos y tempestades, dejan detras de sí ruinas y tristezas, y un profundo desencanto.

1864.

UNA RUMBA.

Por vez primera, querido lector de *El Occidente*, tengo el gusto de platicar sabrosamente contigo; y juro á Dios que aunque no te conozco, ni me conoces, te quiero ya como si fueras *cosa mia*, pues no soy como doña Petrarca, la mujer de don Lauro, el del coche de los doce caballos, y del cochero con botas amarillas, la cual no gusta de rozarse con toda clase de gentes, porque su marido no quiere que se le pegue nada de nadie, en lo cual obra como hombre de juicio y sabiduría. Pero yo que no tengo marido que me aconseje, lo mismo me porto con un gallego carretonero que con el mas encopetado caballero; y cuenta que para ser fino con un centauro mitad mula y mitad carreton, es preciso tener un estómago

De mampostería y de teja,
Capaz de moler esponjas
Y hasta piedras de candela,

como dice mi primo Chicho.

Y sabe que mis razones tuve para no hablar nunca á ningun público; razones suficientes unas á obligarme á lanzar la pluma con despecho, y capaces otras de hacer penetrar en mi corazon el frio del desaliento y de los desengaños de la sociedad.

La sociedad, esa cortesana caprichosa y corrompida, no quiere sino ocuparse del presente, y reir. Ella odia la verdad, y vive por la mentira: ¿ será fuerza obedecerla, y cubrir mi rostro con el antifaz de la hipocresía y de la corrupcion.....?

"Primero como Scévola, mi brazo
Pondré sobre la pira enrojecida...."

Ríndanse los que tienen miedo del ridículo y de la ingratitud, que el premio no está en los elojios sino en el gozo interno de la conciencia.

Sentado esto, déjame pasar, querido lector, por entre la *amistosa* silva de una parte de nuestra juventud, con el fin de estudiar y dar á conocer sus costumbres. Empecemos.

Una tarde estábame en la azotea de mi casa haciendo lo que á nadie interesa saber, cuando llegó un amigo, y me dijo:

— Ola, chico, vengo á buscarte para que asistas á una *rumba* ó á un *perico ripiao*, como dicen en Camagüey, á ménos que se *encarame el perico*, que entónces sentiria hacer el viaje sin provecho.

Estuvimos un rato conversando, y cuando creimos que habia llegado la hora oportuna, dejamos la casa paterna (mia se entiende) y nos dirijimos al lugar del siniestro, digo, de la *rumba*. Llegamos, por fin, al baile, y nada hubo en él de particular, si no fué algun entusiasmo ecsajerado en ciertas bailadoras, y uno que otro ejercicio de cintura demasiado fuerte para los principiantes del gimnasio. Complacíame el ver la delicadeza de la señora de la casa, que no tenia manos para brindar cerveza y *champaña* á los concurrentes. Pero no hay dicha cumplida en este mundo, y cuando ménos se piensa, le dan á uno un garrotazo en la cabeza: las once de la noche serian, cuando hirió nuestros oidos un estrépito espantoso. Las personas que estaban mirando el baile *por fuera*, dieron un paso hácia atrás: las ventanas del vecindario se cerraron de pronto con gran

estrépito; el gas pestañeó; el techo crujió; la puerta, que estaba cerrada, se estremeció; saltó la tranca, y un ejército de suavos, vándalos y alanos se precipitó dentro de la sala del baile, poniendo á todos en gran espanto y confusion, y echando á rodar á una pobre muchacha, que no teniendo con quien bailar, se entretenia en comer pavo.

Esta horda de suavos, vándalos y alanos estaba compuesta de unos *inofensivos* jóvenes, que como no pertenecian al número de los invitados por el dueño, quisieron vengarse de él, entrando allí de ese modo, y haciendo de paso una calaverada, que nunca está de mas. Una vez adentro, no tuvo el marido de la señora otro medio sino dejarlos; y el jefe de aquella horda, se hizo presentar como un inglés recientemente llegado de Europa, á lo cual por otra parte dió crédito el amo de la casa, que era un hombre bonachon, si los hay.

Yo, como no habia ido allí á bailar, sino á pescar, pesqué la siguiente conversacion.

—Oh! mi señor *don Gollejito*, decia al pater-familias el fingido inglés; mi ser convidado á cenar por la noche una guanaja en la casa de Vd., y yo no ver el guanaja todavía.

—No, míster, no tenga Vd. cuidado, le replicó el dueño, que era tan bueno, que á todo se acostumbraba — nada ménos que en este momento fuí á la cocina, y *ahorita* está el guanajo.

—Oh! siñor, ya son pasadas las once; si Vd. lo permite yo ir á la cusin mirar cosa ese poquito.

Y diciendo y haciendo, se dirijió á la cocina. Sus compañeros, que andaban, hacia rato, dando vueltas por el comedor, se fueron tras él. Quedéme solo, y empezaba á observar que ya casi todos los bailadores se iban *tongoneando* mas de lo regular, cuando una voz dijo:

—Caballeros, á cenar.

A estas palabras mágicas, quedó la sala desierta, y yo me encaminé á donde iban todos, que era al comedor.

Allí la confusion fué completa; abalanzáronse todos al

guanajo, y sin necesidad de trinchante, sino con las manos, cojió uno un muslo, otro un ala, otro la pechuga, y en un momento quedó la fuente limpia de toda mancha.

Cuando se concluyó el guanajo, dieron principio á la destruccion de un pollo: por cierto que uno de aquellos vándalos, con un tenedor, preparábase á tomar su parte, cuando una señora, que si no era de la partida de los vándalos, era cuando ménos borgoñona, viendo que en resumidas cuentas ella no habia probado una miaja, echó mano al tenedor, diciendo al que lo enarbolaba:

— Suelte, malcriado, que primero son las mugeres que los hombres.... como Vd.... que ni un pedacito de pechuga me dejaron.

— Vamos, señora, si estaba así ¿*pa* que vino? contestó el mozo, quitándole el tenedor.

Y tanta fué la confianza que uno de los aparecidos, de pié sobre una silla, empezó á servir el aporreado de tasajo.

Concluida la cena, se aumentó el desórden: usando el dueño de su derecho, ordenó que tocaran una polka; pero rebelarónse todos, y no se oía mas que: *Danza! Juan de Dios, danza! La polka para los mentecatos.*

Y crecia el escándalo, y la música tocaba, y la señora lloraba, y su esposo se tiraba el pelo, hasta que cierto mocito que estaba á mi lado, dijo á un compañero:

— Mira que te prepares, *bachiller*, que van á apagar el gas.

No bien oí estas palabras, cuando quedó repentinamente la sala en completa oscuridad. Yo me situé en un rincon, con una silla delante de mí, para evitar sucesos lamentables.

Llegó en seguida el dueño de la casa con una vela de esperma encendida, en la mano, y era de ver la risa con que fué recibido. Pero él, determinado á hacer al postre lo que al principio no quiso ejecutar, pasó impertérrito por entre la lluvia de risotadas y rechiflas, encendió el gas, y abriendo la puerta, fué dando á cada uno su sombrero, y esclamando:

— Cuando me vuelven á cojer á mí en otra como esta!

¡Trájico fin tuvo lo que empezó con honores de idilio!

Y ¿por qué no ha de ser así, cuando gran parte de nuestra juventud deja correr sus mas bellos años por entre fiestas... y no fiestas decentes y de buenos ciudadanos, sino escándalos que los hacen microscópicos ante la consideracion de los otros hombres? Pero, mal dije: la juventud debe gozar hasta que se canse; la juventud ni en el estudio fastidioso, ni en el hogar doméstico, ni en la vida de la patria, debe pensar en el dia de mañana. Y ¿para qué? Palabras vacias son esas de gloria y de inmortalidad.

Yo, contrito y lloroso, me arrepiento de todo corazon de haber hablado tanto contra el baile y contra los que no piensan mas que en divertirse, y propongo la enmienda de nunca mas pecar, y de bailar un *cangrejo* todos los dias.

Y no podia ser de otro modo: de baile en baile, y de fiesta en fiesta, al fin se ejercitan los sentidos agradablemente, y el cuerpo se desarrolla, y el alma queda envuelta en una sabrosísima sombra de inaccion. Por mí digo, que me estaria todo el dia durmiendo, y la noche toda bailando, y haciendo calaveradas, y que despues vinieran los truenos y las tempestades; porque al fin uno es jóven, y si no se divierte ahora hasta por los codos, ¿para cuando lo va á dejar?

La ciencia es larga; la vida es corta; la patria ¿quién se ocupa de ella? Si nacemos hoy para morir mañana, ¿por qué tanto afan en estudiar y trabajar para el porvenir? El porvenir.... quién sabe.... Gocemos ahora, que mas vale pájaro en mano que ciento en el aire, y cada uno se ocupa de lo que le da la gana. Entretanto diviértase tambien la patria!

EL PARQUE.

"Juro no proceder de malicia &c."

Larga pieza de tiempo, querido lector, estuve sin hablar en prosa contigo; mas no á malas causas lo atribuyas, que ni la ingratitud ni el olvido fueron poderosos á borrar de mi corazon tu querida imágen. La *amable* Erato, muchacha traviesa por demas, y grande amiga de jugar al toro con las gentes, hizo de mí el blanco de sus juegos y burla; y juro á Dios que mas maltrecho entre sus redes estuve, que loco entre muchachos. Yo soy así, muy bueno, y prueba de ello es, que gusto tanto de que las niñas me miren, y me chiqueen, y me traigan en andaderas. Digo, pues, que cuando la maldita Erato quiso hacer conmigo divertimiento, holguéme de ello, recibí la cosa con toda seriedad, y traté de enderezar la imaginacion á un objeto cualquiera de poesía, ni mas ni ménos que si fuese un Gil Polo ó un Melendez Valdes.

Por otra parte, se cansa uno de escribir tanta prosa larga y fastidiosa que ni á la pluma da descanso, ni tregua al papel. Y luego, si la prosa se adornara con consonantes, como las muchachas con perifollos. . . . pero ¡qué! toda ella se parece á doña Bárbara Mala Casta, mi maestra de escuela, la cual tenia la cara mas fea y mas séria que un calambuco en sermon de Cuaresma, y unas correas, que al primer descuido, le caian á

uno encima, como si uno no fuera de carne y hueso. Y ademas, dice el vulgo, que "de poeta y de loco todos tenemos un poco." En cuanto á lo de loco, renuncio, porque no es muy agradable esa quisicosa; pero en lo de poeta, allá nos vamos todos. ¿Quién sinó, vió pasar su juventud, estraño á los encantos de Cupido? Y ¿quién si fué novio *de ventana* ó *de entrada*, no hizo una décima *de conseguir* ó un soneto acróstico á su Fílis, ó á su Diana, ó á su Dulcinea, que todo es uno? ¿Cuál jóven no dijo á su novia que era muy buena moza, puesto que tenia dientes de perlas, labios de coral, ojos de fuego mezclado con azabache, nariz de águila, mejillas de leche y rosas, cuello de cisne, manos y piés de enano, trenza de ébano, cintura de avispa, aliento de azahar, voz de ángel, y otras tantas desvergüenzas de este tenor? Aquel que ha sido jóven, y á mas de jóven, vasallo de la madre Vénus y del niño Amor, ese ha visto su nombre en letras de molde, haciendo centinela al pié de unos cuantos renglones desiguales en la seccion poética ó en la de comunicados, los cuales (entre paréntesis) son tormento al bolsillo de los literatos de mala ley. Y el que no ha *impreso* sus *impresiones*, las ha regalado á su novia manuscritas en papel de canto dorado, y su novia le ha dado las gracias, derramando lágrimas de gratitud, y se las ha aprendido de memoria, segun acontece generalmente.

Y dígote esto, lector, porque sepas el motivo de mi silencio. Yo he estado, pues, enamorado, y he hecho versos; y como he hecho versos, no he hecho prosa; lo cual no significa que lo uno quita lo otro; pero los versos llenan la cabeza de consonantes, y está visto que los consonantes no hacen migas con la prosa. Mas he aquí que me ha entrado en apetito el *prosear*, y va de prosa.

Y ¿qué diré que no sea sabido de todos? El amor, la mujer, la muerte, cosas son estas que llenan pájinas y libros y bibliotecas, y tan instruidos estamos como ántes de escribirse una jota de ello.... Ah! ya se me acuerda de cierto asunto

un si es no-es interesante, asunto que me ha hecho cosquillas y mas cosquillas porque lo saqué á la pública luz, y á fé que voy á darle gusto. Hablo, lector, del Parque.

El Parque de la Habana es un Parque que no es Parque, pues le falta lo principal, que es el ser Parque. Hé aquí el por qué de la cosa. Es Parque puesto que así es apellidado y Parque tiene que ser mas que le pese á quien le pesare, pues como hemos visto, no admite réplica. Y no es Parque, porque no es "el terreno ó sitio cercado para plantas ó para caza, inmediato á un palacio," ni otra de las acepciones que esplica por octava vez la Academia; la cual, como es oficial, no admite réplica. Bien es verdad que el Parque de la Habana tiene yerbas, pero eso lo que en último caso dice es, que mas sirve para pasto á los carneros de Salicio y Nemoroso juntamente, que para otras cosas.

Nueva-York tiene su Central Park; París, sus Campos Elíseos; Madrid, su Prado, y nosotros, que no somos ménos que nadie, tenemos nuestro Parque; y tanto, que le hemos hecho los honores del recienvenido y hemos trotado largo por cojer buena silla, ó por mirar los primeros á Fulanita y á Zutanita, como si efectivamente ellas se dejaran ver, ocultas como se encuentran bajo los enormes quita-soles de sus castañas y tupés, y al través del tupido velo de cascarilla.

El Parque! cosa de brujas parece que apénas salido de la infancia, tenga ya una vida propia! El, en efecto, guarda una historia como la Plaza del Vapor, como la Alameda de Paula como la Plaza de Armas; mas aun, en su fuerza irresistible ha atraïdo al Louvre, á los Portales de Tacon y á los Bajos de Escauriza. El es el museo en donde estan á la espectacion pública, durante tres horas cada noche, todo lo bueno y todo lo malo que encierra esta dichosa Habana. El usurero, despues de visitar con toda devocion el Circular, pasea amigablemente con el infeliz prójimo á quien trata de desplumar; la complaciente mamá permite que su niña se diga unos cuantos chico-

leos con el novio, pues papá debe estar ya en el quinto sueño, cuando ménos; la vieja verde, prendida con veinte y cinco alfileres, alterna *fashionablemente* con la elegante quinceña; la jóven viuda, náufraga salvada milagrosamente de un temporal horroroso (léase matrimonio,) da tregua al dolor, y escucha con sublime resignacion la filosofía de un mozalvete, el cual, murmura:

> " Recuerde el alma adormida,
> Avive el seso, y despierte
> Contemplando,
> Como se pasa la vida,
> Como se viene la muerte
> Tan callando; "

la pollita de tonelete oye la confesion del pollito de trece años, que la dice, que no vino anoche, porque papaito lo obligó á estudiar la leccion del Licenciado, y que es muy infeliz, pues en los exámenes lo *suspendieron por cuenta* de ella; los viejos forman sus reuniones y cada uno hace su código universal, pone lo de arriba para abajo y lo de abajo para arriba, y juega á su modo con el porvenir de las naciones; la jóven luce sus gracias, el jóven sus botines y su *sportman*, las viejas sus arrugas, los cocheros sus botas amarillas, los coches su lujo, y los músicos siguen tocando.

El Parque es un teatro, y todos somos público unos de otros, y así nos vamos viviendo. En el Parque han nacido intrigas masculinas, femeninas y neutras; allí se desarrolla el amor á la luz de los faroles de gas, y allí tambien estallan el odio y la venganza al calor de los celos y la ingratitud; allí la reconciliacion, como el sol de la mañana, alumbra la existencia de los enamorados; allí la fea se burla de la bonita y la bonita de la fea, lo cual no impide que cuando se encuentren se den un par de besos muy gordos y muy sonados; allí las castañas bajan hasta la tierra, y los tupés suben hasta el cielo; allí hay ninfas

y tacos; allí se canta, se rie, se coq[illegible]a, se fiinje el amor, se desprecia, se duerme, se llora, y se hace, en fin, todo lo que buenamente se puede hacer.

Yo, que soy amigo de saber todo lo que sucede, y algo aficionado á contar cuanto oigo, referiré lo que á continuacion se verá.

Cansado de dar vueltas en el Parque, y conociendo ya de memoria á todas las niñas que á él asisten, sentéme no hace muchas noches en una silla de esas que cuestan medio, y por las cuales vuelve uno á pagar otro medio, si se levanta á encender un tabaco, ó punto mas. Sentéme, pues, y tan comodamente sentado estaba, y tanto me embriagaban las dulces notas de Lucía de Lamermoor, que poco á poco fuíme durmiendo. Pero súbito dos voces femeninas hieren mi oido, y vuelvo en mí. Miré entónces, y vi á dos niñas sentadas á mi lado, rubia la una como un sol, y tostada la otra como otro sol. Miré, y no las conocí, ni aun de vista; y como no las conocia, tuve que conformarme con oir su conversacion, apesar de que dice mi tia Verónica, que eso es una mala propiedad, y cosa de gente ordinaria.

— Pues, si, china, decia la rubia, ¿*vites* por ahí, que *tonelete* se iba dando la *Pellejito*, porque iba de brazo con el tuerto ese?

— Sí, muchacha, contestó la trigueña, ya la ví, que parecia que tenia cojido el cielo con las manos.

— Tú calcula, que el tuerto ese es muy rico, y que á lo que va es á divertirse con ella. Por cierto que ella era novia de *Pepe Menudeo*, y en cuanto llegó el tuerto despachó al otro. Es una ordinarita. ¿No ves como viene con ese túnico *relavado* ya, y con el talle tan bajo? Digo, y que quiere entrar en la moda de las *patillitas*, como nosotras, y luego tan coqueta como es...

— Vamos, vamos, tú estás *picada* con ella; parece que el tuerto y tú se entendian....

—No novio, pues poco favor, mujer. No digo yo esa *plebeyona* ¿Te acuerdas cuando los ensayos de cuadrilla en casa de las *Guarirú*? Pues pregúntale á la hermana de *Sarapico*, si no es verdad que todos los mozos dejaban á sus novias y venian adonde estaba yo. *Lo que tiene* que yo ando buscando á uno que *tenga* y que me ponga coche, y todo.

—Jesus! mujer, no digas eso.

—¿De veras, *nené*? Mira que tú juegas con dos barajas. Acuérdate de la época aquella en la tertulia, y del corredor viejo que estaba enamorado de tí, y de los tres desafios.... Vamos, buena eres tú.

—Yo lo hago, pero no lo digo.

—¿Y ahora á quien le estás *echando el ojo*?

—Ahora llevo relacion con Mejengue, que tiene ingenio, y todas las tardes me manda su coche para pasear, y por la noche le lleva un mazo de tabacos á mamá. Mamá lo quiere mucho.

—Y ¿dónde lo conseguistes?

—En el teatrico de los *Molleja*; por cierto que le correspondí el dia que se acabó todo. Qué! si aquello era un barullo atroz. Unos querian que se representara Flor de un dia; otros, Don Juan Tenorio; la ama de la casa, que no encuentra quien le diga: *Por ahí te pudras*, pedia el Puñal del godo. Yo salí con novio y no se me escapa, pues yo sé donde tiene él todos sus *recovecos*, y no le pierdo pié ni pisada. Y que sabes como baila la *caidita!* Es el Perico de los bailadores.

—Ay! mira, china, interrumpió la otra, mira el *espantajo* ese que va ahí.

—Cuál?

—Esa muchacha que lleva los *cuernos* tan altos, y una cotorra vivita encima de la castaña.

—*Alabado sea en pascua!* Ay! se parece al cochinito de tia Chumba. Y ¿qué me dices de la vieja, mas escurrida que un palo de escoba, y del mozo que va con ellas, tan parecido al enano que sale en Nuestra Señora de Paris.

— De quién es esa novela?

— Yo no sé: de un tal *Torugo*.... una cosa así; parece que es forastero. Y ¿tú has leido los Tres Mosqueteros?

— Ay! no me digas nada, que me muero por *Arámis*.

— Pues á mí me gusta mas *Pórtos*. Qué gente aquella tan elegante! Ya no hay mosqueteros, verdad?

— Vamos, niñas, vamos, interrumpió la madre, que no habia abierto la boca durante el diálogo anterior si no fué para bostezar. Vamos, que ya son las nueve, y Vdes. saben que José Asuncion se queda hecho un basilisco cuando lo dejan cuidando la casa; y que *Damasio* nos dijo que fuéramos temprano. Por culpa de Vdes. perdí hoy mi sermon, que el padresito me dijo que iba á hablar contra la poca religion de los jóvenes. Mire V. ¡qué gusto! mañana me tengo que confesar.

Y sin mas se levantó, y llevóse á las dos muchachas que tan inocentemente me daban motivo para este artículo.

Esto oí, lector, en el Parque, y esto se oirá en todas partes, miéntras la mujer no reciba una educacion á prueba de insulseces y de tonterías. Y de paso manifiesto que á nadie retrato; si alguien se cree aludido, corríjase, que mis intenciones son sanas y mis deseos están encerrados en el círculo del deber y de la moral. Pocas muchachas de las que al Parque asisten se asemejan á las que acabo de pintar: muchísimas son niñas de educacion que van con ánimo de distraer la vista y deleitar el oido.

Nuestra juventud carece generalmemte de distracciones lícitas: el teatro, invadido casi siempre por cómicos de la legua, en vez de alentar, mata la aficion á las representaciones; los liceos é institutos literarios y artísticos no ofrecen esas noches en que la música y la poesía, hermanas inseparables, perfeccionan el buen gusto y morijeran las costumbres; los salones de lectura, en que el ánimo se fortifica, y se enriquece la inteligencia, son tan pocos que no hacen número; y esos po

cos cierran sus puertas á los estudiosos durante las horas de la noche. En cambio los bailes se suceden, los garitos se reproducen, y la juventud se corrompe.

Nunca tuve por oficio el criticar el baile por darla de moralista, ni mucho ménos por mendigar reputacion. Amo á mis hermanas y me avergüenzo, contemplando el baile actual; amo á mis hermanos y tiemblo por el porvenir; empero el jóven trabaja todo el dia para bailar por la noche, y la jóven sueña con la danza y vive por la danza. Bailen en buen hora, mas no hagan del baile el único objeto de su vida, y no hagan de la danza una desvergüenza. Esas niñas tan bellas, tan espirituales, tan tiernas se ven abandonadas de sus padres en medio de un salon; la música ardiente y voluptuosa penetra hasta la médula de los huesos y quema los sentidos; el jóven libertino la invita á que se despoje de su velo de pudor; la sociedad la anima con su ejemplo, y la pobre niña baila, en fin, como se baila hoy para escándalo y vergüenza de la civilizacion. ¿Llegarán á ser buenas madres de familia?

Tambien azoto el juego con el látigo de la crítica: y desventurado aquel que lo ama! En la ciudad y en el campo, de dia y de noche, en invierno y en verano ¡cuántas reputaciones se enlodan con ese asqueroso vicio, cuántas doncellas se pierden, cuántos jóvenes estudian el código de los ladrones, cuántos niños envejecen, cuántos viejos sucumben, cuántos esposos venden á sus mujeres, y cuántos padres á sus hijas!

El baile y el juego: he aquí los pasatiempos de mucha parte de la juventud.

—“Donde no hay baile ni juego no hay diversion,” dicen algunos. Por eso en la sala se baila y en los cuartos se juega; ó de otro modo, en la sala se pierde el pudor y en los cuartos la vergüenza, y mas el dinero encima. Por eso el hacendado pierde su hacienda, el jóven la de su padre, el escribano la de la viuda, el tutor la del pupilo. Por eso miéntras el padre baila la sota, la hija baila *el relajo.* Por eso interin el marido

pone cincuenta onzas á las patas de un *malatobo*, la esposa pone su honor en las manos de un libertino. Por eso estamos como estamos, porque donde no hay baile ni juego no hay diversion. Hombres! cuándo lo sereis!

Pero volvamos al Parque. Allí no hay cosa que instruya ó que fortalezca el espíritu, es verdad; mas tampoco están los vicios para corromper, ni la inmoralidad para matar. Allí no se baila; allí no se juega; allí no se bebe; allí no se gasta la vida en escandalosas orgías; allí no se encuentran, en fin, esas fuertes sensaciones ni esos goces desenfrenados que han menester las gentes que abusan de los sentidos.

Ay! ojalá los que dicen contra el órden, y cien mas, trocaran por la vida apacible é inofensiva del Parque, ó del teatro, ó de la biblioteca, la muerte infame y asquerosa que en lupanares y garitos va marchitando lentamente los mas bellos dias de la juventud; que entónces la sociedad no tendria tantos hijos que llorar, ni tanto tiempo que jemir entre las sombras de la ignorancia y de la corrupcion!

EL HURACAN DEL 65.

A MI AMIGO LUIS GONZALEZ ARRASTIA.

Cuentan las crónicas que la diosa Juno, mas grande amiga de venganzas y de enredos que la madre Celestina, no las tenia todas consigo desde que le salió tan mal aquello de Eneas y de su gente, y que revolviendo en su pecho los celos, que una vez llegados, no se van jamas, partió el domingo 22 de Octubre derecho á la Eolia, lugar, no *cobdiciadero*, sino cárcel, donde están reprimidas con cadenas las furiosas tempestades, y habló al rey de esta manera:

— O Eolo, hágote saber, que la gente enemiga mia, que navegaba los mares sicilianos, se ha salvado, y entre ellos Eneas, su jefe, y el mas odioso de los de la antigua Troya; el cual Eneas con la ayuda de Vénus, su madre, ha llegado á las costas de Italia, y ha fundado la ciudad de Roma; y aunque es verdad que el antiguo pueblo romano ha desaparecido, tambien es cierto que los descendientes de Eneas andan por la tierra, y á estas gentes de la raza latina quiero que destruyas. Sesenta ninfas tengo, apuestas y hermosas; Deyopea fué tuya en otro tiempo: ahora puedes elegir la que á todas aventaje en hermosura y discrecion.

A lo cual Eolo que se moria por lucir el taco con las mu-

jeres, y que no perdia la ocasion de rendir tributo á Cupido, contestó:

—Tus deseos son órdenes para mí, oh! esposa de Júpiter; porque á tí debo el asiento que ocupo entre los dioses, y el dominio que tengo sobre las lluvias y sobre las tempestades. Y para mostrarte el respeto grande que me inspiras, voy á complacerte.

Dijo; y levantando una enorme piedra que cerraba la oscura prision, dejó salir las furiosas tempestades,

. . . . . "ac venti, velut agmine facto
Qua data porta ruunt, et terras turbine perflant."

Y lo demas ya lo sabe de memoria el lector: nubes negras en el aire, techos caidos en el suelo, naves rotas en el mar y la Habana llorando sobre las ruinas de Tacon.

Pero no es esto, juro á Dios, lo que mas me ha descompuesto: no ha sido el agua cayendo sobre nuestras calles y anegando nuestras casas; no ha sido la oscuridad estendiéndose por la atmósfera de la tierra; no ha sido el viento desencadenado, poniendo las paredes en el suelo, y los techos en las nubes, y el espanto en el corazon. No, lo que ha descompuesto mi naturaleza toda; lo que me ha hecho pasar una noche de sábado, lo que me ha colocado á dos varas del suicidio, ó sea de la eterna condenacion, ha sido, lector.... pero escucha, y compadéceme.

Eran las ocho de la noche del malhadado domingo, cuando víctima yo de la endemoniada furia de Juno, me sentia sucumbir bajo el peso de dos huracanes: uno de agua y viento en la atmósfera, y otro en mi casa de rosarios y de letanías. El de la atmósfera no me daba pizca de cuidado: empero aquel gritar de los muchachos, aquel llorar de las jóvenes y aquel *gori gori* de las viejas, me tenian echando cada lágrima como un adoquin.

— Angel de mi guarda,
Dulce compañía,
No me desampares
Ni de noche ni de dia,

esclamaba entre sollozos una negra vieja, que presenció el huracan del 46; y una tia mia la secundaba desde el fondo de un butacon, mascando:

El trisagio que Isaías
Escribió con grande celo,
Lo oyó cantar en el cielo
A angélicas gerarquías.

Y yo, suplicando y llorando y amenazando en vano, dí mi último adios al mundo y me preparaba á morir.... Pero no estaba de Dios que yo muriera, segun dice la gente. Mi primo Chicho vino á salvarme, cuando ya era yo casi un cadáver, y mas que no quisieron las viejas, me llevó á visitar comadres, como decia él.

Salimos, pues, y en la calle fuí feliz, y respiré el aliento sublime de la tempestad; sin contar, por supuesto, con que alguna teja me hubiera acertado á dar, y hubiera trocado lo sublime en ridículo, porque de lo uno á lo otro no hay mas que un paso. Afortunadamente no hubo desgracias *personales.*

Empujados por el viento unas veces, y otras, caminando contra él, llegamos por fin á la casa de unas amigas, y llamamos á la puerta.

—¿Quién es? preguntaron del interior.

—Nosotros, contestó Chicho.

— Y ¿quien *es nosotros?* volvieron á preguntar.

—Gente de paz, volvió Chicho á responder.

—Y ¿quién es gente de paz?

—El huracan.

—Ay! papaito, no abras, interrumpió una voz, que juzgué ser la de Catuca, hija del dueño de la casa. No abras por tu madre, que son ladrones. Ay! ladrones! ladrones!

Chicho tuvo á bien interrumpir la broma y decir nuestros nombres para que abrieran la puerta; lo cual hecho, entramos, y en mal hora lo hicimos.

La sala no era sala, era un campo de Agramante, una noche de Santa Valpurjis, un infierno entero y verdadero: barras de catre diseminadas por el suelo, escaparates haciendo las veces de trancas en las ventanas, mujeres yendo y viniendo como ardillas, y sobre todo, correjida y aumentada la segunda edicion de los *gori gori* de mi casa.

—¡Qué susto me hicieron pasar, demonios! dijo Catuca, cuando entramos.

—Tan pesados, con sus jaranitas cuando hay temporal, añadió Belica, muchacha mas graciosa que el cinturon de Vénus, todo entero, y que por mas señas, estaba encendiendo una lámpara á la vírgen de los Desamparados para que no se cayera la casa de su novio Pepe, el hijo del celador.

—Pero ¿qué temporal, ni que niño muerto es ese? objetó Chicho, por tranquilizar á las muchachas: ese viento es de invierno.

—Sí; ustedes se figuran que yo soy boba, respondió Catuca; así decia tio Pancho, que era un norte que iba *á reventar*. Oye el viento, oye. Ay! papaitico, mándale á preguntar al comisario si hay temporal.

—Y ¿qué sabe de eso el comisario, niña? dijo su padre.

—Pues bien, al bodeguero ó al sereno. Por Dios mira que sinó, voy yo misma á la bodega á preguntarlo.

—Ja, ja, ja.

—Ay! no te rias, papaitico de mi corazon: ¿tú quieres que tu hijita se muera?

—Padre nuestro que estas en los cielos, decia la novia de Pepe, paseándose por la sala con las manos [illegible] la cabeza,

santificado sea tu nombre.... ay! pobrecito Pepe, sálvalo Dios mio....! hágase tu voluntad.... un pito! oye, papaitico ¡fuego! ay! ay! ay! fuego! fuego!

Efectivamente sonaba el pito del sereno.

—¿Qué será? preguntó el padre de las muchachas.

—Es fuego, dijo Belica. Ay! Pobre Pepe!

—Eso es ausilio, dijo un muchacho, que conoce á fondo la cuestion de los pitos.

—Qué ausilio! ladrones, esclamó Catuca temblando de miedo.

—Bueno, ausilio para ladrones, le contestó el muchacho.

—O se estará ahogando alguno, dijo el padre.

—Eso es que se salió el mar, añadió Chicho sonriendo.

—Ay! ay! se salió el mar papaitico, esclamo Catuca; yo me muero, vámonos, chinitico: oye el mar! Ay! Dios mio!

—Pero, ¿qué es eso, señores? interrumpí yo, ¿ustedes estan locos? Dejen que se salga el mar, y que se caiga la casa; morirémos juntos.

—Cállese hombre de palo! me apostrofó una.

—Insensible!

—Tonto!

—Hereje!

Yo cerré mi boca, y me pareció lo mas acertado.

En ésto abrió el padre la puerta para saber lo que ocurria en la calle.

—Qué hay vecino? preguntó al sereno, que estaba con el bodeguero, haciendo los comentarios al temporal.

—Nada, le contestó el sereno: un enfermo que estaba fastidiado, y se puso á tocar el pito.

—Y eso es temporal, serenito? dijo Catuca.

—Vaya que si lo es, señorita, y bravo.

—Pero se caeran las casas?

—Toma! ya se cayó el techo de Tacon.

—Yo no te lo decia, papá, yo no te lo decia, sácame de

aquí, por los huesos de tu madre. ¿ Qué será de nosotros si se cae la casa ? Ay ! ay ! ay !

— Y dígame, sereno, insistió Belica ¿ el Louvre se cayó ?

— No sé, señorita, pero el techo de las Tullerias cojió viento.

— Ay Dios mio ! ¿ dónde estará Pepe ? En tus manos lo pongo vírgen santísima de la Caridad del Cobre ; como no le resulte nada, hago la promesa de no bailar en tres meses.

— Pues, buenas noches, dijo el sereno, que sin saberlo, habia venido á agravar la situacion.

— Yo no entro mas, gritó Catuca, porque la casa se cae. Vamos para casa de mi madrina.

— Bien, hijas, saldrán ustedes de aquí. Voy á buscar un coche por el Monserrate ; ahora vuelvo.

— Ay ! no, no me abandones corazoncito.

— Pero no dices que quieres irte, niña ? Déjame ir á buscar un coche. ¿ Tú estás loca ?

— Yo no sé. ¡ Ay Dios mio ! Ji ! ji ! ji !

Por fortuna un coche pasaba y la familia se dispuso á marchar.

— Pues vamos, dijo el padre : en el primer viaje irán tú, Belica y Santiaguillo ; pero ¿ dónde está Belica ? Belica ! Belica !

— Aquí estoy, dijo Belica que, venia del cuarto, escondiendo un paquetico.

— Qué fuistes á hacer ?

— A buscar el retrato y las cartas de Pepe, y el pelo y todo lo suyo : ahora que se caiga la casa : ya yo salvé lo de Pepe. Digo ! sus cartas !

Entró parte de la familia en el coche y Chicho y yo nos despedimos, y nos encaminamos á nuestra casa atentos á la voz de Morfeo, que nos llamaba.

Nuestra casa seguia lo mismo que ántes, ni mas ni ménos : los mismos llantos, las mismas lamparitas, los mismos ora-pro-

nobis y para colmo de desgracia, no habia mas medio que dormir en la sala, porque los cuartos estaban llenos de agua.

Dormimos, es decir, nos acostamos, que yo maldito lo que pude acariciar á Morfeo, pues el viento seguia azotando la casa, y las viejas seguian tambien azotando mi oido.

En estas y otras cosas llegó la madrugáda, y Neptuno, que habia pasado la noche durmiendo como un bienaventurado, estraño á todo lo que pasaba sobre su cabeza, despertó al cañonazo, y notando con asombro la marimorena que se habia armado entre las aguas y los vientos, apareció en su carro sobre las olas alborotadas, llamó al viento Occidental y al Oriental, y....

"Sed motos prœstat componere fluctus."

Sosegó los mares, ahuyentó las nubes tempestuosas, y á todos hizo amigos; y los vientos corridos huyeron á donde estaba Eolo, y volvió el sol á brillar sobre los hombres.

Y yo, lector, sobrecojido todavia por el imponente espectáculo de lo sublime, y todavia aturdido por los gritos de los muchachos miedosos y de las miedosas mujeres, vengo á sacudir mi mojada pluma sobre la jaula del *Gavilan*, tal como sacudía sus húmedas alas la paloma del diluvio sobre el arca de Noé.

Bien es verdad que, físicamente hablando, el huracan del 65 no ha hecho destrozos en mí, pero sabe que ántes quiero ver mi casa caida, mis muebles nadando, y mi cabeza rota por una teja, que pasar media hora de temporal entre viejas como las de mi casa y muchachas como Catuca y Belica.

Empero, yo bendigo el huracan, porque el huracan ha pasado como pasa lo sublime por sobre lo pequeño, purificando todo lo que toca. El Eolo de las tormentas viene sobre la tierra, y he aquí el huracan físico; Descartes vino sobre el fanatismo, y he aquí el huracan intelectual; Jesucristo vino

sobre la esclavitud, y he aquí el huracan moral; la invasion de los bárbaros vino sobre la Europa, y he aquí el huracan físico, el huracan intelectual y el huracan moral, reunidos en uno, para purificar el mundo por medio de la revolucion. Por eso la atmósfera es mas pura despues del huracan de los vientos; por eso los hombres son mas puros despues del huracan de Descartes; por eso las sociedades son mas puras despues del huracan de Jesucristo.

Bienaventurados sean los huracanes, por que ellos vienen con lo sublime, y porque ellos traen sobre los aires la salud, y sobre los hombres la moral.

Habana, Octubre de 1865.

EL MATRIMONIO.

A MI AMIGO AURELIO ALMEIDA.

Matrimonio, palabra fatídica generalmente, y suave y armoniosa muy pocas veces; melopea que el jóven de veinte años canta alegre y lleno de ilusiones, inspirado por los acordes sublimes de su corazon; cántico divino que la vírgen eleva al cielo en sus sueños de amor y felicidad, en esos sueños puros como el alma de un niño, en que la doncella enamorada contempla al objeto de su cariño en la nube que pasa lijera, en el pintado pajarillo que bebe el almíbar de las flores, en la brisa que besa sus mejillas rosadas como las nubes del crepúsculo, en el cielo y en la tierra, en la luz del dia y en las sombras de la noche; imprecacion que el marido lanza al infierno, contemplando con tristeza el lecho nupcial que otro tiempo fuera paraiso de sus glorias, y que hora yace mudo y abandonado por una mujer muerta ó por una esposa infiel; plegaria que el soltero de cuarenta años dirije á Dios, pidiéndole una dulce compañera; *memorandum* que el viejo lee con los lentes de la edad y de los desengaños; abismo impenetrable á donde el hombre se lanza buscando la dicha y encon-

trando muchas veces la muerte; matrimonio, yo te adoro, aunque no sé quien eres, como adora el náufrago la tierra distante que nunca ha visitado y el esclavo la libertad que no conoce. Y ademas yo soy jóven, y ¿por qué no he de amar, si el poeta dice:

"Porque amor casto entre dos
Es colmo de las venturas,
Y unirse dos almas puras
Es ver á Dios"?

Yo debo, pues, amar, y como amar es verbo activo transitivo, y como todo verbo transitivo supone un objeto sobre que recaiga su accion, he aquí necesariamente que yo debo amar alguna cosa. Sujeto, *yo*, verbo *amo*, objeto ó complemento directo, *algo*. Pero este algo ¿qué es? Un hombre? No, porque los hombres son muy prosaicos y á mí me gusta la poesia; luego es una mujer. ¿Pero una mujer así como quiera, vieja, fea, coqueta? No, una mujer jóven, bonita y buena. Hasta aquí no ofrece dudas la cuestion. Y ¿para qué debo yo amar á esa mujer? Para ir á su casa todos los dias y sentarme enfrente de ella, y decirle que ayer llovió, y que hoy hubo mucho calor, y fastidiar á la madre, y fastidiar á toda la familia, y fastidiarla á ella? *Mais non.* Luego yo no la quiero para fastidiarla, luego la quiero para casarme con ella; de lo que se deduce, que yo amo el matrimonio, porque quien quiere lo mas, quiere lo ménos, quien quiere lo principal, quiere lo accesorio.

Dícese que en el matrimonio, se juega un albur de uno contra noventa y nueve. Esta es una gran verdad, porque las mujeres son como los gatos (perdónenme los gatos la comparacion); miéntras son novias tienen las uñas escondidas, pero despues que tienen al hombre del lado de allá, sacan algunas las uñas, se quitan la careta, y entónces no que-

da mas recurso que el real de soga y el medio de sebo. Cuantos conozco yo, pobres jóvenes, que impulsados por una fuerte pasion, se arrojaron en el abismo del matrimonio, sin conocer los defectos de la mujer, creyendo que todo seria glorias y placeres, y hoy son dueños de unas prendas, que de valde son caras.

Muchas y grandes son las delicias que promete el matrimonio, pero tambien son grandes y muchas las desgracias que suele ofrecer despues. Alguien ha dicho que el corazon de la mujer es un libro abierto: tanto temo que sea esto cierto, como que no lo sea. Si efectivamente el corazon de la mujer es un libro abierto, lloremos, que ó el hombre no sabe leer, ó es un animal bruto que no puede contener sus deseos, porque ¿ quién es aquel, que si se acerca á una jaula de fieras que tenga un rótulo que diga: "No entreis porque aquí hay serpientes y tigres y panteras," quien es, repito, el que ose entrar en la jaula? O es un ignorante ó un bruto. Sin embargo el hombre lee el rótulo y entra. Y si el corazon de la mujer no es un libro abierto, lloremos tambien, pues ¿cómo sabrémos quien es la mujer buena que puede hacer la dicha de nuestro hogar doméstico? No por sus palabras, porque ella puede mentir; no por sus lágrimas, porque sabe finjir: hagamos entónces como el físico; observemos sus acciones, y sí ella es tan mala que con sus acciones engaña, entónces.... entónces, sálvese el que pueda.

Algunos matrimonios hay felices, pero tambien hay muchos desgraciados. Celos, venenos, remordimientos, odios, peripecias son de los sangrientos dramas representados en el seno de la familia, delante de los hijos, atribulados espectadores. Unas veces el hombre, otras la mujer, muy á menudo hay un ser que maldice su ecsistencia, que se arranca los cabellos con desesperacion, que en la oscuridad de la noche lucha en la cama con el demonio de los celos, que siente rujir las ideas, como ruje la leona á quien han arrebatado su cachorro, como

ruje el huracan atronador lanzándose impetuoso por sobre la tierra amedrentada.

El matrimonio es poético, y conviene por tanto hacer todo aquello que no sea prosa. La mujer, que al mes de casada se presenta á su marido, sin medias, con abandono, despeinada é indicando pereza y negligencia; la esposa que es descuidada en sus deberes de familia; la que no sabe hacer durar en el esposo las ilusiones y el amor, mostrándose por el contrario fria é indiferente, esa coloca la primera piedra del edificio de la discordia. Cuidado, cariño, órden y co mpostura son los elementos de la felicidad conyugal. Así del esposo. El hombre es fuerte y la mujer es débil, del hombre es pues, prestar ayuda y consejo y ser bueno y delicado con la esposa. El hombre hace á la mujer; nada mas cierto: si la mujer falta, cúlpesela, pero cúlpese tambien al hombre descuidado que no supo conducirla dignamente por el camino del bien. ¡ Pobres mujeres! El hombre os corrompe, la sociedad os condena, y vosotras subis inocentes al cadalso de vuestra ignominia. La sociedad es como aquel tirano de Roma que dictaba leyes muy severas, y las hacia imprimir con letras pequeñas, en carteles colocados en los edificios mas altos de la ciudad, para que los ciudadanos no pudieran leerlos. La sociedad es una madre desmoralizada, que prostituye á sus hijos y les niega el alimento de la educacion y es osada despues á juzgarlos y á imputarles faltas de que solo ella es responsable. Ella sabe prostituirlos. Millares de novelas en que el vicio se presenta triunfante y hermoso; millares de fiestas y diversiones desordenadas en que gozan los sentidos y padece el alma, estas son las armas poderosas de la sociedad. La ignorancia y la esclavitud para la mujer, la sabiduria y la libertad para el hombre, los crímenes y la discordia para la familia, y la oscuridad para las generaciones futuras.

Hombres hay que no ven en la mujer mas que una esclava de sus placeres; para mí ella es el objeto mas bello y mas

dulce de la creacion, el móvil de todas las acciones del hombre. Buena hija, cariñosa hermana, idólatra madre, ¿por qué no es tambien amante esposa? Si es amante esposa; mas ¿qué puede ella contra su ignorancia, contra su abandono, contra los vicios del mundo? Ella es ignorante y el vicio es tan hermoso! Se siente sucumbir; pide ausilio á su esposo y su esposo le vuelve la espalda; llama á la sociedad y la sociedad le responde con una carcajada; vuelve la vista al crímen y el crímen le brinda goces y delicias; sola, débil y abandonada, llora amargamente, y sucumbe. Esta es la historia de todos los matrimonios desgraciados: una mujer débil, un marido sin conciencia y una sociedad viciosa. Y sin embargo toda la vergüenza, todo el oprobio, toda la maldicion cae sobre una triste mujer.

Si una niña es coqueta y pisotea las flores de su pudor, culpa suya no es. Mirad sinó el baile actual, tan vergonzoso y degradante. ¿Qué madre buena ve indiferente á su tierna hija lanzarse en ese torbellino? Las niñas bailan tan desvergonzadamente porque sus padres se lo permiten; y, á fé, que no lo harian si el abandono no fuera la dote principal de muchos padres de familia.

Penetremos en el hogar doméstico.

Doña Cándida Alma de Dios, era una señora que cuando murió contaba cuarenta inviernos. Llamóse en sus primeros dias *Candita*, y mas tarde *Canda. Sic volvitur illis.* Candita fué jóven y bonita, y como era bonita y jóven, item mas, rica, tenia muchos pretendientes que *pretendian* unos su dinero, y otros...... su dinero. Entre todos el preferido era un buen mozo, de esos que *fuman en pipa* y echan espuma por la boca, que desprecian á las mujeres por darse tono, que lo hablan todo sin saber nada, que critican al prójimo los mismos defectos que tienen ellos, que son tontos *de capirote*, brutos, bárbaros, mentecatos, que embisten, y dan coces, y rebuznan. Era el mozo pobre, y por añadidura haragan,

que no tenia tras que caerse muerto, como decia su suegra. Sin embargo Candita lo quiso, por sus muchas *mataduras* sin duda, que en eso no hacia mas que seguir la costumbre de muchas mujeres.

Llamábase el tal Leon Cañonazos de los Rayos y Centellas, y se casó con Candita. El primer mes todo fué luna de *miel (de fleur)*, y néctar y elíxir y ambrosía, empero despues......

Despues ¿qué habia de resultar? que D. Leon Cañonazos de los Rayos y Centellas dijo: Aquí estoy yo, y empezó á gastar el dinero de Candita, pero como todo se acaba, se acabó el dinero; él entónces vendió las joyas, y como las joyas se acabaron lo mismo que el dinero, y él no podia vender lo que nunca habia tenido, que era la vergüenza, quiso vender la de Candita: ella se resistió porque estaba hecha á toda prueba; él juró y gritó y dió coces, pero en vano. Entónces figurándose que Dios habia dicho á Adan cuando le regaló á Eva: "Aquí tienes esta mujer, para que la trates como mula de alquiler," cojió un palo y se atrevió á dejarlo caer sobre Candita, la cual se escapó y se refugió en casa de su madre. Tiempos despues estando D. Leon Cañonazos de los Rayos y Centellas de buen humor, fué á la casa de Candita, y le propuso la confederacion, y ella que era buena y lo queria, transijió. A poco murió su madre, único refugio de la esposa desgraciada.

D. Leon Cañonazos de los Rayos y Centellas, adquirió pronto una nueva confianza con Candita, y se dejó ver en todo el esplendor de sus vicios. Unas veces se aparecia á las doce de la noche dando traspies y lleno de lodo, y hacia á su triste esposa juguete de sus chanzas de mal género y de sus vicios. Otras, reunia en su casa á esa turba de gentes ociosas y corrompidas, y pasaba la noche tallando y consultando el Oráculo de las cuarenta, miéntras Candita se encerraba en un cuarto llena de miedo, con sus hijos, á quienes besaba, y so-

bre cuyas mejillas dejaba caer las lágrimas del dolor y de la desesperacion. Otras (pobre Candita!) la llamaba imperiosamente y la decia:

— Mira, mujer, ponte el túnico mas viejo que tengas, échate una manta por la cabeza, y ve á pedir para una *promesa* ó para un hijo enfermo. Si no traes dinero, prepárate.

Y Candita salia y pedia limosna y lloraba amargamente; y cuando él recibia el dinero, iba á apostarlo á un *jiro* ó á un *malatobo*, ó á regalarlo á la *sota* ó al *As*, dejando á sus hijos sin pan.

Por desgracia D. Leon Cañonazos de los Rayos y Centellas, no jugaba á los toros, y por tanto no le dieron nunca una cornada, ni se cayó de algun tejado, ni lo enviaron á presidio.

En cambio Candita era delicada y los golpes físicos y morales la postraron en el lecho. Allí murió sin remedios y sin cuidados, mas pronto de hambre y de sed que de la enfermedad.

¿Qué resta de ese matrimonio, de esa sociedad conyugal, como la llaman los jurisconsultos? Vicios y crímenes para el padre; desnudez, ignorancia, hambre y un triste porvenir para sus hijos, y gusanos y putrefaccion para el cadáver de Candita.

Otro ejemplo, y conculyo.

Pepe Saramagullon era un jóven pobre, pero trabajador, que ganaba cuatro pesetas diarias: era soltero pero un dia dejó de serlo, y se casó.

Su novia tenia el libro del corazon abierto para que Pepe leyera: en el libro estaban escritas unas cosas muy malas con letras muy grandes, que hubieran hecho correr al mas guapo; pero Pepe no le tenia miedo ni á los toros y se quedó, ó quizás lo hizo porque no podia leer: el amor le habria empañado los espejuelos. Su novia se reia *por dentro*, y las cosas iban de mal á peor para el pobre muchacho.

Un dia se encontró Pepe á un amigo, que le dijo:

— Qué hay *Pepon?* Ya sé que estás *transado* con una hembra *superlativa.* Cuándo te enganchas?

— No entiendo, dijo Pepe.

— Qué cuando *haces fusion?*

— Ahora te entiendo ménos.

— Qué cuando te casas?

— Ah! dijo Pepe y dió un salto, porque á pesar de estar enamorado, lo habia pensado todo ménos casarse.

Cayó en la cuenta de que nunca se habia ocupado sobre la materia, y se ocupó. Desgraciadamente Pepe era de esos hombres que dicen y hacen. Así fué que dijo: *Me engancho,* y se enganchó, pero ¿cómo? Pepe reunió cuanto dinero tenia, y preparó la *bola* y boda. Alquiló una casita de veinte y cinco pesos, de esas para cuyo alquiler se exije fiador, tres meses en fondo y cuatro adelantados, los retratos de toda la familia y ademas obligacion de vivirla un año. Compró media docena de sillas, dos sillones, un catre, un jarro, media docena de platos, dos cubiertos un candelero de cobre, un baul, una *jaba,* un cubo con su soga para sacar agua del pozo y otras cosas que son indispensables para vivir, no en la pobreza, sino en la miseria. No hay duda, Pepe estaba muy enamorado.

El dia señalado fué un dia de bola; Pepe se mostró *gerundio,* como le decian sus amigos, y les dió un almuerzo de tasajo, mondongo, plátanos asados, arroz y pan con mantequilla, todo muy sabroso. Al oscurecer fueron todos á la iglesia (los pobres no se casan por la madrugada) y el padre les echó la bendicion y les dijo que podian irse en paz. Volvieron á la casita y siguió la bola hasta las nueve. Al otro dia se levantó Pepe á las diez (porque se habia quedado dormido), y llamó á su mitad, la cual abrió los ojos, se estiró, dió una vuelta en la cama y volvió á roncar. El entónces la llamó segunda vez diciendo:

— Vamos, china levántate, que ya es hora de almorzar.

Ella conoció la personalidad y se levantó.

— Ahora, alma mia, dijo él, vamos á conversar. Yo no tengo mas, como tú sabes, que cuatro pesetas al dia; de eso tengo que pagar la casa y la comida; así es que no puedo tener criados. Tú me ayudarás cosiendo para *fuera*. Con que vamos, china, á repartir el trabajo entre los dos: yo friego los platos y tú fries los huevos, ó yo frio los huevos y tú friegas los platos.

— Quién? Yo? saltó la nueva esposa, yo? Ni á prodijio! ni frio los huevos, ni friego los platos.

Pepe quedó petrificado, pero era un maula y la queria, y frió dos huevos y fregó dos platos.

Esta escena tuvo lugar tres dias; al cuarto, viendo Pepe que la funcion iba adelante, no frió mas que un huevo y no fregó mas que un plato; y dicen las crónicas que ella al fin se amansó, pero solo por unos dias, porque quien malas mañas ha, tarde ó nunca las perderá.

Este privilegiado matrimonio ha *corrido* una *tiberia espantosa*, segun espresion de un amigo mio. Calculen Vds. una muchacha que el dia de torna-purga, digo de torna-boda, no quiere fregar los platos ni freir los huevos....

Muchas cosas quisiera referir de este par de alhajas, pero ni el tiempo lo permite ni las columnas de este periódico tampoco.

Otras clases hay de matrimonios, dignos de cualquier cosa. Esos matrimonios en que el marido tiene coche porque la mujer es bonita; esos en que se cambian los papeles y en que el marido se pone papalina, manteleta y camison y se pasa el dia cojiendo los *puntos* á las medias de los muchachos, y en que la mujer se pone pantalones y sombrero y zapatos de tacon, y va á la escribania, y corre con los alquileres de las casas y con el dinero, esos matrimonios merecen, no un artículo seco y mal zurzido como este, sino una obra de cincuenta volúmenes, en folio con prólogo y prefacio y advertencia y notas y comentarios y caricaturas.

Y sin embargo el matrimonio es bueno y yo conozco espo-

sos que son felices. *Rara avis.* Son felices, y ¿ porqué no? En el mundo hay todavía algo bueno.

O tú, mozalvete, si acaso me has leido, oye un consejo. Cásate, pero mira primero con quien lo haces, porque los lazos del matrimonio no pueden ser desatados por las leyes, y es vergonzoso hacer una cosa de la cual tenga uno que arrepentirse.

Doncella, si por dicha has fijado tu mirada en este artículo, cásate y ama á un hombre que sepa engrandecerte y no ridiculizarte; procura realizar el deseo tan pocas veces cumplido: amar y ser amado.

Tres y cuatro veces feliz el que nunca se arrepienta de hacer una cosa! Y tres y cuatro veces desgraciado aquel que encuentre disgustos en donde creyó hallar placeres; aquel que encuentre los celos en donde buscaba el amor; aquel que encuentre las sombras en donde buscaba la luz; aquel que encuentre la nada en donde lo buscaba todo!

GEOGRAFIA.

LECCION UNICA.

HABANA.

Preguntará el maestro. — Decid, niño, ¿cómo os llamais?
Responderá el discípulo: Pedro, Juan ó Francisco, &c.

P. Dónde nació Vd?

R. En la Habana.

P. Qué otro nombre tiene la Habana?

R. Babilonia.

P. Cuál es su clima?

R. Un delicioso verano reina constantemente sobre ella.

P. Cuáles son los vientos que la soplan?

R. Por la mañana brisote de tasajo en el muelle, y en las calles de Mercaderes, Oficios, Baratillo, etc; por la noche huracan deshecho en los puertos del Hermitage y del Hotel del Cerro.

P. Cómo se divide la Habana?

R. En dos partes: dentro y fuera.

P. Será estable esa division?

R. No señor, porque una gran obra que llevarán á cabo

las generaciones futuras, con el favor de Dios, y la intervencion de la vírgen de los Desamparados, unirá el departamento intramural al estramural.

P. Cómo se llama esa obra?

R. El "Tumba-Murallas."

P. Qué poblacion tiene la Habana?

R. Tiene chinos, negros, mulatos y blancos.

P. Podria Vd. decirme qué nombre se da á esa mezcla heterogénea?

R. Sí, señor: la familia feliz.

P. Por qué es notable la Habana?

R. Por sus rios, lagos, montañas y derriscaderos.

P. Cuáles son sus principales rios?

R. En el departamento estramural los siguientes: el Aguila, tiene dos brazos, uno que atraviesa el barrio de Jesus María, y otro que baña el de Colon, y forma una cascada de treinta metros de altura en la calle de Neptuno; es navegable por goletas; el rio Blanco, nace en la calle de las Virtudes y desemboca en la del Trocadero, con puerto para cabotaje; el Crespo, tiene su orígen tambien en la calle de las Virtudes y desagua en la del Trocadero; el Trocadero, es el mas caudaloso porque recibe las aguas de los ya mencionados; corre de E. á O. en la calle de su nombre, y tiene cinco cuadras navegables por bergantines y fragatas y el resto por embarcaciones pequeñas.

P. Cuáles son los del departamento intramural?

R. El Obispo, el O-Reilly, el San Ignacio, el Cuba, el Empedrado, el Tejadillo, que son temibles por sus tiburones y por sus grandes crecientes.

P. Hay lagunas en la Habana?

R. Si hay: la laguna de los Fosos, cerca de la Puerta de Tierra; tiene abundante pesca de calenturas; el lago Verde, junto al Torreon; se llama tambien lago de las Epidemias, por las muchas que ocasiona. Existen además en los barrios

de San Nicolás, los Sitios y Jesus Maria grandes lagunas notables por sus patos.

P. Cuántos son los manantiales mas célebres?

R. Tres: el de Lealtad, el de Escobar y el de Gervasio.

P. Cuáles son las lomas y derriscaderos?

R. Las lomas del Aguila en Jesus María; el derriscadero de la Estrella; la loma de la Maloja y la de los Sitios de trescientos pies de elevacion; el pico de Pueblo Nuevo, á quinientas varas sobre el nivel del mar, y otras varias lomas esparcidas en toda la ciudad.

P. Cuáles son los monumentos históricos?

R. El Templete, espacioso edificio que puede contener hasta diez mil personas, y ha sido llamado por antonomasia "El Monumento de América"; está abierto una vez en el año ó ántes....; la estatua de Colon, invisible, porque Colon no quiere *jarana*, y mandó que no lo pusieran en ninguna plaza, porque sino al momento se armaria la rumbantela; la Pila de la India que está pidiendo á gritos que la alumbren un poco, porque no vé, y que le quiten de su lado á los delfines que se hacen los graciosos y no la dejan dormir; y no mas.

P. Qué edificios de entreteminiento puede Vd. mencionar?

R. El Louvre, célebre por sus tacos; Escauriza, academia de primeras letras en donde se hacen los sabios y los patriotas; l'Hermitage, teatro en donde se representan novelas á lo Dumas, y en donde la juventud halla agradable entretenimiento; y muchas *escuelitas* de baile, llamadas tambien escuelitas de moralidad por la que en ellas se predica.

P. Existen otros lugares de recreo?

R. Sí, y son: la biblioteca que no divierte y está desierta como los arenales de la Libia; sus libros mueren vírgenes de puro no ser tocados; la plaza de toros, águila de la civilizacion que ha atravesado los mares y se ha posado sobre el redondel de nuestras manolas y de nuestros toreros; la valla ó sea la bolsa siboney, en donde se juega la fortuna bien ó

mal adquirida, y se pone el honor de la familia en el espolon de un "jabao;" la manigüita que tan pronto planta sus reales en los aristocráticos salones como en los cuartuchos democráticos, y que cuenta un sin número de aficionados; y últimamente, en cada esquina un café, y en cada café un billar y en cada villar el cubano porvenir.

P. Tiene la Habana ateneos?

R. Tuvo uno que pudo servir al pais, pero como vió que no lo cerraban, se cerró él solo para no caer en la tentacion: era muy bien criado y sobre todo prudente.

P. Qué le gusta al mono?

R. Baile.

P. Y despues del baile?

R. Baile.

P. Y hasta que se muera?

R. Baile.

P. Hay colegios en la Habana?

R. Hay varios, y en esos varios hay directores que.... en fin, cualquiera puede ser director porque todo el mundo sabe para enseñar, aunque no sepa para saber.

P. Tiene la Habana Universidad?

R. Muy poca si tiene alguna.

P. Para qué sirve la Universidad?

R. Para aprobar, suspender y reprobar.

P. A quién? á los maestros?

R. No señor, á los discípulos.

P. Y por qué nó á los maestros?

R. Porque los maestros saben y por eso son maestros, porque todo el que es maestro es porque sabe, y no se puede ser maestro sin saber.

P. De lo dicho; que se infiere?

R. Que los maestros que saben mas que los discípulos, pueden aprobar, suspender y reprobar á los discípulos, que saben ménos que los maestros.

P. Qué produce la Habana?

R. Calambucos y tacos.

P. Qué son calambucos?

R. Son las almas que vienen á purgar á este mundo los pecados que han cometido, que cometen y que cometerán.

P. Son útiles los calambucos?

R. Si señor; ellos se disputan los faroles y las velas en las procesiones, ahuyentan los perros que interrumpen la novena; lloran á lágrima viva en los sermones, y se suenan la nariz.

P. Cómo se llama la hembra del calambuco?

R. La devota.

P. Qué hace la devota?

R. Lo mismo que el calambuco, pero en género femenino.

P. Qué son tacos?

R. Los hombres de mañana.

P. En qué se emplean?

R. En tentar á los hombres y hacerles ofender á Dios.

P. Qué piden los calambucos y qué los tacos?

R. Los calambucos quieren que el rosario de Guanabacoa pase á la Habana, y los tacos desean que la Habana sea un Louvre muy grande, para no salir jamás del Louvre: los calambucos van en la procesion por las velas, y los tacos van por las muchachas en la prosecion; los calambucos ofrecen el dinero al 15 p. %, y los tacos lo tomán al 20; últimamente los calambucos tienen lástima á los tacos, y los tacos hacen mofa de los calambucos.

P. Qué mas produce la Habana?

R. Indianos y siboneyes.

P. A quiénes se dá este nombre?

R. A los que no saben mas que bailar y cantar décimas, y maldito lo que se cuidan de la patria y del porvenir.

P. Qué mas produce?

R. Esposiciones y contra-esposiciones, y la carabina de Ambrosio.

P. Qué mas?

R. Poetas que mas parecen nacidos para labrar la tierra que para hacer versos; escribanos que dan fé; abogados que juran no proceder de malicia, y pobres que esperan como el santo advenimiento que se empiese á invertir el dinero del Bazar, y sobre todo un pueblo contento y feliz, como el pueblo de Babilonia.

P. Puede V. decir algo mas sobre la Habana?

R. No señor.

P. Porqué?

R. Porque no.

P. Y porqué nó?

R. Porque la maestra tiene en la mano unas tijeras muy largas y....

P. Quiéres ir á jugar?

R. Sí, señor maestro.

Discípulo.—La bendicion, señor maestro?

Maestro.—Dios te haga un santo.

Discípulo.—Amen.

1865.

CARTA A SEMPRONIO.

Habana y Marzo 12 *de* 1863.

Bien haya una y mil veces, querido Sempronio, quien inventó los muchachos, que á no haberlo hecho algun hijo de su madre, ni se le hubiera antojado á la mia echarme al mundo con el genio que tengo, ni mucho ménos te habria mi persona enderezado esta epístola, en que llevando por norma la justicia y por fin el enderezamiento de los entuertos, critico todo lo criticable y de todo lo risible hago mofa. Qué tengo de hacerme? Yo soy así como tú sabes, y me pinto solo para eso de encontrarle á cada hijo de vecino su lado flaco; y no creas por eso que á mi me falte el mio, que yo á Dios gracias, lo tengo tambien, tanto que en ese lado todas mis culpas almaceno; y juro á Dios y en ánimas que si por él no fuera, perplejo andaría en el modo de echarme á cuestas tantos pecadillos como en sus ratos de ocio me endilga el amigo de los cuernos.

Yo, Sempronio amigo, como debes tú suponer, y como cabe á todo prójimo, nací de mi padre y de mi madre; y no vayas á creer que el dia de mi nacimiento hubo eclipse total de Sol durante veinte y cuatro horas (cosa nunca vista,) ó salió la luna por el Norte, ó se apareció una gran columna de fuego que estuvo alumbrando toda la noche por el Oriente, ó fueron

echados del templo (social) los mercaderes, porque vendian á ocho lo que valia dos, y á dos lo que no valia pizca, como es uso y costumbre entre gentes tan dadas á la economía. No señor, nada de eso hubo el dia en que nací yo. El Sol salió, como le habian enseñado desde el principio del mundo, por el Oriente; la luna ni siquiera salió equella noche, sin duda porque no se lo mandarian, que en materia de astronomía no soy fuerte; los lecheros vendieron la leche tan pura como el agua con que estaba mezclada; los bodegueros siguieron con su café de garbanzos, su palo de Campeche, y su interés de tres libras en cada arroba; los usureros.... en fin, todo siguió como habia empezado, y nada hubo de particular aquel dia, sino que un ser habia abandonado las regiones de la nada, para entrar en las de la muerte, que es la vida, como sâle una mariposa del capullo para encontrarse encerrada en un vaso ó para caer bajo el yugo opresor de algun travieso muchacho, que la priva de preciosa libertad, tan preciosa para ella como para su inhumano verdugo.

Así fué que considerando yo que mi aparicion habia de hacer tanto ruido en el mundo como un grito en la Catarata del Niágara, me resolví á nacer para reirme; á bien que *non dale*, que si postestad mia fuera, al diablo daria la risa y la crítica y el escándalo y todo este mundo de mis pecados.

Y sabe, amigo Sempronio, que no me trae cuenta andar con los tontos al morro sobre si debian hacer esto, ó lo otro, ó lo mas allá y en mi ánima que me pesa tenérmelas tiesas con unos tan despreciables entes; que siempre fuí amigo de la paz y enemigo de los chismes y enredos. Pero tan mal rumbo llevan las cosas, que pone lástima ver el fraude y la mentira y la desvergüenza y la corrupcion enseñorarse de todo lo humano, y aun á los mas pobres de espíritu se les esfuerza el ánimo y les entran deseos de tronar contra tamaña decadencia.

Pero ¡necio! qué digo? Tengo ojos y no veo, tengo oidos

y no oigo. *Le monde marche*, la civilizacion adelanta, y la mentira y la corrupcion son reemplazadas por la verdad y las buenas costumbres. Mira sino tantas sociedades bienhechoras, tantas empresas tan bien organizadas. Mira el desinterés reemplazando á la usura; el Rigodon cediendo su puesto á la Cachumba, Escauriza huyendo avergonzado y vencido ante el Recreo de Colon. Mira tantos bailes honestos é inocentes, qne recuerdan aquellos sabrosos dias del Siglo de oro. Bien hayas tú, siglo de los cañones rayados, de los gorgoritos á sesenta onzas, del Cangrejito y de la Caringa.

Ay! Sempronio amado, ¡cuánta lástima te tengo! Como echarás de ménos la vida tranquila de la Habana, cuando la compares á la turbulenta y agitada del campo. Aquí es donde moran la tranquilidad, la decencia. Si te viniere á las mientes dar un paseo por acá, de seguro olvidabas las regiones de Céres y plantabas tus reales á orillas del Almendares. La ciudad! oh! la ciudad es el foco de la riqueza, de los honores, de los goces, del desinterés, del amor, de todo, en fin, cuanto bueno hay y puede haber en este pícaro mundo por siempre jamas amen.

Si hubieras estado aquí durante estos últimos meses habrias gozado en nuestro teatro de Tacon, de una compañía de ópera sobresaliente, habrias recreado tu vista con decoraciones propias y lujosas, habrias tenido el placer de conocer al empresario mas amable y desinteresado que vieron jamás ojos humanos, y sobre todo, amigo del alma, habrias tenido el bolsillo siempre repleto, pues los precios de la ópera eran módicos, nunca vistos, al alcance de todas los claces de la sociedad, desde el opulento magnate hasta el jornalero mas pobre.

Sí, Sempronio, admírate, pásmate, espelúznate, horripílate llora á lágrima viva. Ya pasó el tiempo en que se hacia algun aprecio del dinero, ya solo se vé en la Habana, la largueza, el desinterés, la generosidad, el amor al prójimo. Sabes cuanto ha costado el abono de un palco? Sesenta onzas, pálidas, ama-

rillas ó mulatas, que para el bolsillo del abonado es cuestion de nombre.

Aquí entre nosotros, digno hijo de Bainoa, comprendes tú el fabuloso desinterés del empresario de la tal empresa? En cuanto á mí, te juro que maldito si entiendo jota de lo que ha pasado. Estoy en el pueblo y no veo las casas. He tenido á la vista los precios de las óperas pasadas y digo *necquaquan*. En fin, lo único que puedo decirte es, que tú debiste haber cojido esta ocasion por el único cabello que le quedaba y haber venido á disfrutar de las bien desempeñadas partituras á precios fabulosos.

Y el baile de que eras tú gran enemigo? Ven ahora para que veas el grado de perfeccion que ha alcanzado ese ramo. Aquí tenemos, gracias á la aficion decidida de las gentes, institutos médico-ortopédico-gimnástico-coreográficos, donde por medio de ejercicios saludables y fáciles adquieren las piernas un desarrollo estraordinario y la cintura una flexibilidad y una soltura que transforman á los hijos de Adam y á las hijas de Eva en majaes y culebras. En esos institutos se ha resuelto el gran problema de desarrollar el cuerpo, sin necesidad de barras ni poleas, y sustituir al gimnasio, medio bruto y anti-elegante, la danza actual, ejercicio muy significativo y decoroso. Si vale verdad, la idea es sublime, pues ¿qué cosa mas chocante é impropia, que ver á una aérea niña de quince, saltando en el trampolin, haciendo planchas de Moreau y dando vueltas en los anillos? La danza por otra parte no requiere ese desenfado; tiene sus entradas de cintura, es verdad, pero en cambio está libre de vueltas de carnero y de saltos por la vida. En un solo ladrillo, como se dice y usa ahora, sin mudar de lugar, se ve á una pareja de bailadores hacer sus ejercicios gimnástico-coreográficos delante de sus papás, á las mil maravillas.

¡Oh tiempos aquellos en que nuestros tontos abuelos se recreaban con el simple rigodon y el ridículo minuet, y baila-

ban la danza sin la sandunga y la malicia de estos dias! Qué! Ahora la danza es de ley. Yo, que soy amigo como el que mas del órden y compostura en las acciones de la juventud, me complazco en observar los saludables efectos y los goces que este inocente entretenimiento proporciona á los que á el se entregan.

¡Cuántos se recrean los sentidos y cuánto ensancha el alma un dulce sentimiento de pudor el contemplar á dos jóvenes abrazarse amorosamente, y al compás de un sabroso tango, ébrios de amor y de placer, imprimir al cuerpo un *decente* meneo y sacrificar su decoro en áras de.. ni se sabe! Y á sus papás y mamás se les cae la baba y contemplan enternecidos los adelantos de tan precoces nenes.

Afortunadamente para la danza actual, para los bailadores y para el bienestar físico y moral de la sociedad entera, los ejercicios gimnástico-coreográficos han obrado directamente sobre la patria potestad, y el carácter romano de algunos padres va decayendo á influjo de los saludables efectos del baile.

Ah! y ¿qué te diré de los nombres sandungueros y picantes con que son bautizados dichos ejercicios? Oye esas notas suaves, pero abrasadoras: esa es una danza, se llama la *Remeneona.* Y quiéres saber quiénes la bailan? La bailan.. pero no, no te lo digo, que peor es meneallo. El que tenga ojos para ver, vea; el que tenga oidos para oir, oiga, y despues calle. Y esas otras danzas cuyos compases tan marcados y tan melodiosos infiltran la voluptuosidad hasta la médula de los huesos? *La Sabrosa, La Revolcona, Toma chinito, Otra mulata,* y otras mil y otras mil que hacen mover el cuerpo de diversos modos.

No hay duda, caro Sempronio, nuestra sociedad avanza, es preciso que deshechos esas ideas tan anti-sociales que tienes. Sal de esas batuecas de Bainoa, donde no ves mas que cielo y monte, azul y verde, nada entre dos platos. Ven aquí donde todo es alegría, bailes, ópera, elegancia, lujo, coches, fran-

queza, amor, y amistad. Ven aquí donde no hay intrigas ni pasiones desenfrenadas, ni concursos, ni quiebras; aquí donde el abogado honrado se ve en la opulencia y el pícaro en la miseria; donde no hay usureros que te cobren el cincuenta por ciento, ni mercaderes que roben, ni pobres que lloren, aquí, en fin, donde todo es justicia y felicidad, donde se premia la virtud y se castiga el vicio.

Sempronio, adios, basta por hoy. No dejes de venir cuanto ántes para que revivas al soplo saludable de nuestro progreso, y engordes tomando los puros aires de las cloacas, y de otras muchas cosas que no son cloacas, pero que tienen aires puros.

GENTE ORDINARIA.

Probado está que todo el mundo tiene el derecho de escribir lo que se le antoje, y que puede hacer cada uno relacion de la feria, segun le va en ella. Es cierto que se suele tropezar con inconvenientes, grandes unos, insignificantes otros, pero tambien dice el pueblo que el que no se atreve no se embarca, y que en ciertas ocasiones, no vale saber, sino medrar.

Yo, que me tengo por aficionado, como el que mas, á sacar trapillos al aire, cuando deseo que una mala costumbre desaparezca de nuestra sociedad, soy grande amigo de andar corriendo por esos trigos, y oliendo donde guisan, para criticar todo lo criticable, con el ridículo, que tanto rehuye este mundo de mis pecados.

El que se propone estudiar las costumbres para intentar correjirlas, buscarlas debe donde quiera que se encuentren: ya en los misteriosos y dorados salones de la opulencia, ya en la modesta morada de los pobres; ora en los actos y en las conversaciones de las personas mal educadas, ora en el buen comportamiento de las gentes de instruccion; y en todas partes debe penetrar la investigadora mirada del escritor de costumbres, para hacer salir de todas partes el gusano de la mala educacion, que de tan hermosos frutos priva el porvenir.

Y digo esto, porque tratando hoy de pintar las costumbres de la *gente ordinaria*, y habiendo menester para dicha pintu-

ra, de colores, no muy finos, y de brocha un tanto gorda, justo es que aquellas personas que á todo hacen asco, sepan á qué atenerse, y abandonen al llegar aquí, la lectura de este artículo, si creyeron encontrar en él pinturas poéticas y románticas descripciones. No es la relacion de un baile de gran tono lo que brotará de mi pluma; no es tampoco la noticia de las fiestas de la clase media; es, sí, la pintura de las costumbres, que una parte de la sociedad, en su lastimoso abandono, conserva en medio de sus dolores y de su alegria, no sabiendo si llorar ó si reir. Dichosa ella, si comprende lo que debe hacer! Empecemos.

Al darse por primera vez de manos á boca, con las dos palabras *gente ordinaria*, cree cualquiera que las personas así nombradas, son como todas las demás deben ser, ó son, es decir, como *lo ordinario;* pero ahí es un grano de anis: precisamente *la gente ordinaria* no se porta lo mismo que las otras gentes; visto lo cual, debia llamarse ántes *gente estraordinaria*, porque no hace lo que hacen ó deben hacer los demás porque se separa del órden. El órden es que todo el mundo tenga educacion, y sepa vivir en sociedad; es así que la llamada *gente ordinaria*, no procede, segun lo que marca el órden; luego no le cae muy bien el nombre de ordinaria. Pero *gente ordinaria* se llama, y *gente ordinaria* es fuerza llamarla.

Ciertas personas, ricas de dinero, pero pobres de sentido comun, tienen la preocupacion estúpida, ó finjen tenerla, de creer que todo el que es pobre es ordinario. Muchos individuos del sexo femenino, que tanta educacion necesita entre nosotros, mantienen viva y robusta, mas que nadie, esta preocupacion, y así no es estraño oirlas decir:

—Qué! *Fulanita* no es decente, porque no se viste á la moda, ni está abonada á la ópera, ni se pone prendas buenas, ni tiene carruage siquiera.... Qué! *ordinarita*....

Y á estos discursos no hay mas que oponer el silencio del desprecio y de la compasion.

El ser pobre no es deshonra; ó como dice el refran: *pobreza no es vileza*; pero el ser ordinario es vergüenza, en los pobres y en los ricos. El pobre honrado y decente vale tanto como el rico decente y honrado. Sean honrados y decentes los ricos, y serán hombres buenos; sean decentes y honrados los pobres, y serán buenos hombres; que tanto pesa en la balanza de la justicia el rico que no llena sus deberes sociales, como el pobre que los olvida. Al grano.

Doña Escarrabaldada es una señora de bigote y pera con mas *centímetros* que un carretonero, y con tanta fuerza de músculos, que la juzgo poderosa á levantar cinco arrobas con mas brio que un cargador del muelle, y á vencer en la lucha á los mas afamados atletas. Tiene gracia particular en el boxeo, y se pinta sola para eso de dar un *galletazo*, como dice ella, á cualquiera que no la mire con buenos ojos.

Hija de padres descuidados y sin educacion, pasó *Doña Escarrabaldada* los primeros años de su vida, jugando al *capú, fuerando*, con el hijo de *seña Colasa*, la partera, ó empinando papagayos en union de quince ó veinte mulaticos y negritos, que le enseñaron lo que lució despues en sus mas bellos dias. Hasta los trece años anduvo desempedrando calles, sin perder casamiento, ni bailecito, y en los bautizos era ella quien primero subia al carruage de los padrinos, ya gritando:

"Padrinito *pechicato*,
Suelta medio *pa zapato;*"

ya:

"Madrinita de Carraguao,
Túnico nuevo, camison *bordao;*"

y hasta se cuenta que tomó parte en varias guerrillas entre los pillos de su barrio; aunque en esto último, no están de acuerdo las tradiciones.

A los quince años era *Doña Escarrabaldada* una muchacho-

na bastante desenvuelta, y hasta esa edad, habia tenido, segun sus cálculos, diez y seis novios, sin contar por supuesto, los *noviecitos* de cuando era niña, que en los corazones de los trópicos suele nacer el amor muy temprano. Uno de sus novios mas constantes, y no por cierto el último, fué el dueño de una bodega de la esquina de su casa, que la tomó cariño, porque la vió nacer, como quien dice, pues ella se educó sobre el mostrador. El bodeguero era mozo, y *Doña Escarrabaldada* muchacha, y su madre, vieja ordinaria, y vino el diablo, y tiró de la manta, y quedó don Pancho mas enamorado que estudiante de veinte años.

Nunca tuvo él momento de reposo. Cuando mas entusiasmado estaba, pronunciando á *Doña Escarrabaldada* un discurso sobre las ventajas del monopolio aplicado al amor, oia detrás de sí la voz de su suegra futura, que le decia:

—Hombre, don Pancho, ¿ me *cambea* un escudito? O, mire, mejor, emprésteme aca dos pesetas, que ese condenado de mi marido no *parece ni por el forro.*

Ni se crea el lector que esto tenia lugar solamente miéntras don Pancho estaba en la casa de su novia, no señor: á su misma bodega iban los valientes á atacarlo.

Tan pronto era un muchacho, sin camisa ni zapatos, y tostado por el sol de Tallapiedra, quien lo atacaba de este modo:

—Don Pancho, dice la *mae* de su novia, que le haga el favor de emprestarle un medio hasta luego, y que le mande un poco de carbon y otro de sal.

Tan pronto era la encargada una negra, con este trabucazo:

—Dice la niña, su corteja, que *sumercé* le mande una botella de aceite de comer para peinarse, y que eche en el jabuco el queso, la mantequilla y las aceitunas que le ofreció anoche. Y dice que no vaya *sumercé* allá hoy, porque tiene que *dir* al *Villanó* á casa de la niña Chumbita, la hija de *ño Meterio*, el de la carniceria, que anoche le pusieron la vela, porque tenia flucsion, y se mojó, y dice el médico que se va á

morir.... Ah! que le mande cuatro reales para la volanta, y un mazo de tabacos para la señora.

Y don Pancho sudaba, y se retorcia como una culebra, y se arrancaba el pelo; pero ello es que *Doña Escarrabaldada* conservaba siempre su despensa bien surtida, y que don Pancho, al fin y al cabo, hubiera doblado el cuello bajo el peso del amor de su novia, á no ser por circunstancias imprevistas.

Despues de don Pancho vinieron otros novios y otros, hasta que encontró *Doña Escarrabaldada* á don Homobono, que ni mandado hacer para ella; y se unieron para siempre, gracias á la bendicion del cura. Ya han pasado algunos lustros, y ahora tiene *Doña Escarrabaldada* cincuenta años y ocho hijos, capaces de dar al traste con la paciencia de todos sus prójimos. Don Homobono vive, y es padre de los hijos de *Doña Escarrabaldada;* y tiene dinero, pero se conforma con mantener á sus hijos, porque lo que es darles educacion ni hace falta, ni conviene que los muchachos vayan á la escuela, pues en cuanto salen de ella se figuran que pueden saber mas que sus mayores, y disputan con ellos los muy *mocosos;* y las muchachas no aprenden mas que á leer y se hacen literatas. Con tales bases, juzgue el lector cómo estará el edificio de la costumbre en aquella familia. Todo sin perjuicio de que Don Homobono sea bastante rico, y gire su dinero como Dios le da á entender, pero no el amor del prójimo.

Acompáñeme ahora el lector, á la mansion de esta familia feliz, y tendrá oportunidad de verlo todo como yo lo he visto.

A las siete de la mañana se levantan de la cama lo muchachos, y á esa hora empieza la tarea de tomar café con leche. Una negra, maestra de ceremonias en tan interesante acto, va sirviendo á cada niño su taza de café con leche y pan; pero como allí siempre el diablo anda suelto, siempre tambien se altera la pública tranquilidad.

— Juana, dice Monona, una deliciosísima hija y futura heredera de *Doña Escarrabaldada*, de siete años,— negra, la leche.

Y Juana trae la leche, y le llena la taza.

— Mas, grita Monona, mas.

— Pero, niña, mire *sumercé* que se derrama.

— Mas, *simbelgüenza, bemba de ajiaco, jutia conga,* mas. ¿Tú eres quien compras la leche?

— Yo no quiero este café, esclama Pepillo, otro delicioso descendiente de *Doña Escarrabaldada*, el cual se pasa el dia jugando á los caracoles con los negritos de la ciudadela que está junto á su casa.

— Pero niño, un cuartillo de café ¿cómo vá á salir fuerte para tanta gente?

— Anda *ves* á la bodega y trae otro cuartillo, y házmelo en el momentico, porque sinó se lo digo á mamá, y te *suena.*

— Pero si en la bodega no dan nada sin dinero....

— Ahora verás, perra. Mamá, mamá, mira Juana me está diciendo que no me dá mas café, porque no le dá la gana.

— Juana, una taza.

— Juana, la mantequilla.

— Juana, el pan.

Y la infeliz Juana anda de Herodes á Pilatos, y tiene que darles á todos lo que pidan, porque de lo contrario ¡pobre Juana!

Esta funcion dura generalmente dos horas. Entretanto se han levantado las muchachas, y cada una toma parte en el escándalo general: Guadalupe toca el *piano-guitarra*, Cheché conversa por la ventana con el novio, Teita *chifla* la Jóven Moribunda, y los muchachos, cuando acaban de tomar el café con leche, tocan una marcha en una regadera vieja, para regalo de los vecinos. *Doña Escarrabaldada*, que no les va en zaga en eso de ser ordinaria, puesto que ella misma fué quien los enseñó, y sabe por lo tanto mas que ellos, se coloca en sayuela, á la puerta de la calle, esperando á los vendedores ambulantes. El primero que llega es el aguador.

— Ven acá, José, le grita ella, echa los dos barriles que faltan para completar el real, que desde anoche estamos con la garganta *pegada*.

— Mira, María, esclama al acercarse la vendedora de carne, despáchame lo mismo que ayer: la masa de ternera y los tres reales de mondongo.

En esto llega el *viandero*.

— Gracia á Dios que parió Catana!

— Y que parió macho, le contesta el vendedor, que sabe con quien habla.

— Desde que me dió aquella berengena podrida, no ha vuelto por acá. Vamos á ver, écheme aquí (presentándole un canasto) un real de *recado*, y un medio de quimbombó con ají dulce, y la contra de ají picante. Despues de echar el vendedor en el canasto lo vendido, y á un descuido suyo, introduce ella la mano en el *seron*, y saca un chayote muy hermoso: pero el vendedor, que tiene cien ojos, la dice:

— Vamos, señora, suelte el chayote, que yo no lo tengo para espender, sino para un encargo de la mujer del boticario, que está con *antojos*.

— No sea *sicatero*, hombre, deme el chayote de contra.

— No puedo.

— Pues tenga, condenado, esclama ella arrojándoselo; con lo cual se va el vendedor.

Y siguen pasando vendedores, y sigue *Doña Escarrabaldada* comprando hasta la hora de almorzar.

El almuerzo y la comida abundan en peripecias: llantos, riñas, gritos, maldiciones, fuentes caidas, vasos rotos, platos tirados, un verdadero huracan en las Antillas. Por eso dice *Doña Escarrabaldada*, que no hay dia en que no *se le atraviese el bocado*.

Una tarde tuve ocasion de ser espectador á una de esas funciones, y hé aquí lo que ví.

Era por cierto dia de fiesta, en que obsequiaban á un

primo de las muchachas, por parte de madre, el cual habia llegado del campo hacia pocas horas.

Sentáronse todos á la mesa, y al sentarse, dijo don Homobono:

— Dieguito, tú eres de confianza, y es menester que sepas que aquí no se gastan cumplimientos: te puedes *echar* lo que te dé la gana. Somos parientes.

— Sí, somos parientes, caballeros, gritaron los muchachos; y escudados por el parentesco, se abalanzaron sobre la fuente del *ajiaco*, y cojió cada cual un pedazo de maiz.

Dieguito estaba inmóvil, esperando una inundacion de frijoles ó de ajiaco. No tuvo lugar aquella entónces, pero continuó el drama.

— Ay! dijo Monona, Dieguito hace una hora que está con un pedacito de carne en el tenedor, y no quiere comer, porque lo estamos mirando.

— Poque es guajiro, dijo Pepillo.

— Eh! guajiro, suelta los pollos, guajiro, esclamaron todos los muchachos.

— Vamos, niños, interrumpió *Doña Escarrabaldada*, coman con tranquilidad, porque sinó dirá Dieguito que nosotros *semos gente ordinaria.*

— Qué disparate! se apresuró á contestar Dieguito — ¿cómo voy yo á decir que ustedes son *gente ordinaria?* Y se rió porque era lo único que podia hacer el infeliz.

No habia acabado el primo de reponerse, cuando tomó Pepillo la palabra, y dijo:

— Mamá, yo quiero yuca.

— Pero, muchacho de los demonios, arguyó su madre ¿tú no comiste ajiaco?

— Sí, pero no comí yuca.

— Pues toma yuca, y revienta.

— Sí, y yo quiero otro mollete.

— Y ¿tú no tienes mollete, Lucifer?

— Yo quiero dos, como Monona.

— Pues no hay mas.

— Entónces le quito el suyo á Monona.

— Ven, si eres guapo, dijo Monona, preparándose para el combate.

— Piedad! esclamó Dieguito, contemplando sus pantalones, porque al ir Pepillo á quitar el mollete á Monona, se volcó la fuente de los frijoles y ¡ ay de Dieguito !

Y Pepillo tiraba de un lado del plato del mollete, y Monona de otro, y se declaró el huracan.

— *Abel*, lechuza, *cara de aura-tiñosa*, *flacuenca*, decia Pepillo.

— Suelta, *guanajo con piojillo*, cobarde, que pelea con las mujeres, le contestaba Monona.

Dieguito se levantó, limpiando, como pudo, sus pantalones, y se puso á ver la funcion. *Doña Escarrabaldada* se ponia las manos en la cabeza, las muchachas se reian, los chiquillos gritaban, y aquello prometia ser un combate á muerte. Larga pieza duró la accion, hasta que, felizmente, pudo Don Homobono separar á los contendientes, y un gato, que seguia con interés la marcha de los negocios, se comió el mollete caido al suelo, en medio de la refriega. ¡ Cuántos gatos como este hay en el mundo !

Tales escenas tienen lugar en esta casa, *mutatis mutandis*, dos veces al dia.

Sigamos la pintura. Despues de comer y de vestirse, se sientan las muchachas en la sala á esperar á los novios, y *Doña Escarrabaldada*, á la puerta, llama á todo el que pasa, por tener con quien conversar.

— Ven acá, Chuchú, dice á un conocido suyo. Dile á tu madre, que no sea *simbelgüenza*, y que no se *enfuñingue* conmigo, porque yo no le he comido su bien-me-sabe, y que venga á verme.

— No, le responde Chuchú, ella no viene, porque Chito es-

tá en cama de resultas de una tragedia que tuvo, y le rompieron la cabeza.

—Y Catuca? La *botates?*

—Por supuesto, como que á mí no me gustan las mujeres tan *chispoletas* como ella; y luego, que he sabido que me hizo fiestas á mí, por darle *caritate* á José la Cruz. Nada ménos que la otra noche, por cierto que estábamos jugando al *cargatasajo*, llega el muy sucio, tan *paluchero*, que al darle la mano á Catuca, por poco la *tumba*. Yo me *volé*, y no le *metí la mano*, por lástima. Catuca se puso á defenderlo, y desde entónces se acabó el altarito.

—Hombre, Chuchú, ¿sábes quién me pregunta por tí cada vez que me vé? Fefa; la pobre está en la última.

—De veras?

—Sí; y ¿tú no sabes lo que sucedió? Pues mira que hasta los perros lo supieron. ¿Te acuerdas de aquel mocito, que venia acá y queria hacerme tragar que tenia ingenio, y qué sé yo? Pues bien; ese fué su novio, y como hay madres para todo, resulta que la de Fefa estaba *traginando* una noche por allá dentro, sin cuidarse de la hija, y ¿qué hace Fefa? *Pega* la carrera para la esquina, y la esquina fué, que estuvo tres dias, que ni los polvos. Y el novio no se quiso casar despues, y calcula; pero la culpa no la tiene ella, sino su madre. Por eso yo no le quito los ojos á las muchachas, cuando están con sus novios, porque el diablo es el demonio.

Cuando es ya de noche, van llegando los amigos de la casa, los cuales, capitaneados por D. Homobono, y por *Doña Escarrabaldada*, juegan en el patio la brisca ó el tuti, sin perjuicio de echar alguna *cachucha* ó un *voy ó van*; y miéntras tanto, las muchachas y sus novios estan en la sala, diciendo, que *solus cum sola non cogitabuntur orare pater noster.*

He aquí á la *gente ordinaria*, pobre ó rica, que tan *gente ordinaria* son los ricos como los pobres, cuando son *gente ordinaria.* El cuadro de costumbres, que he pintado, es sin duda

un cuadro de brocha gorda, pero así debe ser. Cada paisaje tiene su pincel, y cada situacion sus colores. Si hubiera presentado conversaciones mas cultas, y hubiera retratado usos mas decentes, no me habrian salido las costumbres de la *gente ordinaria.*

He procurado colocar á *Doña Escarrabaldada* en primera línea, y con mas vivos colores, porque es el tipo mas interesante, el de la madre de familia, que ignora los deberes que tiene que cumplir respecto de sus hijos y de la sociedad, y porque ella, mas que nadie, influye en los hábitos buenos ó malos de la familia, y mas que nadie, ha menester de correccion.

A quién debe ella el título de mujer ordinaria? ¿A ella misma? No, indudablemente. ¿A sus novios, que pudieron, tal vez, quitarle su decencia? Tampoco; porque si es verdad, que los novios tienen á veces el don de mancillar con deseos y conversaciones impuras el candor de la mujer, tambien es cierto que no son los novios quienes dan á la mujer la mala educacion. Un novio podrá, no haciendo caso de los ruegos de una inocente niña, y desoyendo la voz de su propia conciencia, hacer de una niña pura, una mujer corrompida; pero nunca de una jóven decente, una muchacha ordinaria. A sus padres, y solo á sus padres, debe ella su mala educacion. Ella fué como su madre; y como ella serán sus hijos y los hijos de sus hijos, miéntras ocupe la mujer el puesto que ocupa en la sociedad.

El hombre vocifera contra el monopolio en el comercio, y monopoliza los derechos de la mujer; truena contra la tiranía, y tiraniza á la mujer; hace odas á la libertad, y niega á la mujer su emancipacion. La educacion, señores filósofos, no es para aquel solamente, ni para este; la libertad no es para este solamente, ni para aquel; la educacion es para todos como el sol, y como el sol, para todos, es la libertad.

POESIA POPULAR.

A MI AMIGO ANTONIO SELLEN.

En todas partes cuecen habas y en mi tierra á calderadas, puede decirse con toda confianza, al ver que no solo en otros puntos se cantan romances y boleros malos, y al observar los progresos que hácia atrás está haciendo en esta isla la poesia popular, con perdon de los poetas populares sea dicho, los cuales, por otra parte, de todo se ocupan, ménos de escribir para el pueblo.

Fuera de dudá está que el pueblo necesita, á ciertas horas, dedicarse á entretenimientos lícitos, y cantar, porque no siempre ha de ser uno serio, máxime, cuando lo que sobra es dolor, en este valle de lágrimas.

Sentado lo que digo, nada tiene de particular que hoy en casa de Pedro, y mañana en casa de Juan, se verifiquen en todos los pueblos de la *Perla*, ciertas reuniones, en las cuales se suele cantar, lo que está muy bueno, miéntras no se altere el órden público. Pero aquí está el mal, en que en todas estas reuniones, uno le dá un toletazo al buen gusto, otro una mordida

al sentido comun y todos dejan á la literatura con mas averias que la capa del estudiante. Y no es esto un decir, como dicen las viejas; porque la verdad es que en tales funciones se cantan unas *ocurrencias tan desgraciadas* y unos *sucesos tan lamentables*, que la comedia acaba en *tragedia* entre los honrados vecinos y la gente del Parnaso.

Estos sucesos lamentables y estas ocurrencias desgraciadas corren por esos trigos en forma de canciones, y tan canciones son, que se cantan y se *recantan*, por jóvenes y viejos, por niños y muchachas, con gran apuro de los oyentes y dolor de las nueve hermanas.

Penetrémos sinó, en casa de *Fulano*. *Fulano* puede ser el que quiera el lector, porque rara es la casa, rica ó pobre, donde no tienen lugar los hechos escandalosos que registra el libro verde de la comisaria literaria. Treinta túnicos y otros tantos pantalones están allí conversando, riendo y enamorándose, porque la ama de la casa parió varon, ó porque el primogénito se recibió de doctor *in utroque*, ó simplemente porque es dia de recibo, que si en algun punto sobran pretestos para reuniones, es en esta tierra de mis pecados. Despues de bailar sus dancitas, donde hay de todo, como en la viña del Señor, un mancebo, que toca el piano *de aficion*, y quiere lucir los dos ó tres *acompañamientos* que sabe, esclama:

—Señores, á cantar.

Y todos se levantan, y rodean el piano.

—Venga, Anita, dice el *tocador* á una niña, que tiene voz de serafin, segun diria un poeta, á pesar de no haber oido nunca cantar á los serafines.

—Ay! yo no sé, contesta la jóven.

—Vamos, alma mia, no se *haga de rogar*, que aquí todos sabemos que Vd. lo hace muy bien.

—No: ¡qué disparate! Ese es favor que Vd. me quiere hacer.

—Eso es justicia, corazon,

—¡Pero, *señor*, cantan ó no cantan, interrumpe una hermana de la Anita. —Jesus, Ana, canta.

—Canta tú, Concha, le contesta Anita.

—Si yo supiera, cantaría.

—Y yo tambien.

Despues de muchas súplicas y conversaciones, se deciden á cantar las dos hermosuras.... Mas ¡oh triste desengaño! ¡oh fria realidad....! cantan una cancion de música muy linda, como es la de casi todas ellas, pero de una *letra* tan *gótica*, que no la entienden ni las mismas que la cantan; una cancion, de esas, que todo el mundo sabe y que repite todo el mundo, y que para nada son buenas, por ejemplo, la siguiente:

1ª *La Jóven Moribunda*, que es preciosa, en cuanto á la música, pero que, con respecto á la parte literaria, tiene esta estrofa, que el público va á juzgar:

"Cinco lustros apénas fulguran,
De mi vida la senda escabrosa,
Y mi alma intranquila y quejosa,
Del helado sepulcro va en pos;"

y esta otra con que acaba:

"Juventud, de tus brazos me arrancan
Combatiendo el dolor mas profundo,
Que no existe mortal en el mundo
Que no acate las leyes de Dios."

Concluida dicha cancion, que tan popular se ha hecho, otras dos niñas cantan:

2ª *El Hijo Desgraciado*, el cual es un muchacho que fué al teatro, y como vuelve tarde á su casa, encuentra la puerta cerrada, y le dice á su padre:

"Abrelas, padre, lo manda Dios,
Oye mi acento como retumba, etc."

y viendo que no se dan por aludidos los de allá adentro, canta otra vez:

"Despierta, vamos, si estás dormido,
Y con la fuerza de tu poder,
Abre las puertas á este afligido
Para que cese su padecer."

Ignoro si al fin le abrieron la puerta, pero lo que sé es, que para demostrar el sentimiento de un hijo que quiere volver al amor de un padre airado, se han hecho unos versos indignos del objeto.

A esta cancion sigue por riguroso turno:

3ª *La Luna.*—Esta es una muchacha, que está á media noche en la azotea de su casa, *cojiendo la luna* (frase muy usada), y como la luna se parece á todo el mundo, ella se acuerda de su novio entónces, y le dice:

"Me olvidastes adverso y perjuro,
Olvidaste mi amor y tus votos,
Y te fuistes al prisma remoto
Donde estás infelice sin mí."

esponiéndose con estas boberías, no á cojer la luna, sino á atrapar un constipado de marca mayor.

Cántase despues:

4ª *La Holguinera.*—Nació en Holguin, y su novio, cuando *la vieja* no está delante, por supuesto, dice á su muchacha:

"Dame, dame esa prenda que es mia,
Pues sin ella no puedo vivir etc."

y como ella no le da esa prenda, que será un relicario, ó lo que sea, él se desespera y grita:

"Solo tú, solo tú ¡oh parca inhumana!
Serás quien, serás quien lo podrás impedir,
Mas amándote, amándote hasta el morir
Sí, sí, sí, muero amando mis labios dirán."

Viene en seguida, puesto que de lo que se trata es de llorar:

5ª *El patrimonio.*—Como su padre no le dejó nada, y el pobre muchacho no tiene *patrimonio*, llora su desventura, quejándose, por no haber nacido mayorazgo, de este modo:

"Llorar, llorar, he aquí mi patrimonio,
Mi ventura, mi amor, mis ilusiones,
Y el prisma de mis férvidas pasiones
Son recuerdos de mi tierna juventud."

Siguen las muchachas y los mozos llorando á lágrima viva, y aunque á la puerta está un órgano tocando *Suelta el peso*, ellos cantan:

6ª *La Despedida.*—Este era un novio que se iba, y como sabia demasiado que *á espaldas vueltas, memorias muertas*, daba ántes que dieran, es decir, *peleaba* con su novia, ántes que ella *peleara* con él, y la consolaba así:

"Cuando recuerdes las palabras tiernas
Y el dulcísimo amor que te tenia,
Al hablarte de amor y poesía,
Cual habla un ángel de virtud á Dios;

No vayas á llorar entristecida,
Ni ménos sollozar porque me ausente,

Alza á los cielos tu serena frente
Y dá á los cielos mi infeliz amor."

La tristeza todo lo invade, y los desengaños están á la órden del dia; así, que tambien tiene su lugar en la reunion:

7ª *La Amelia.*—Amelia vive en los *quintos infiernos*, por lo cual el enamorado que va á pié, se queja, como es natural:

"Yo vengo Amelia de muy distante
Vagando errante sin porvenir,
Y soy el ave que sus cantares
Son los pesares de mi existir."

8ª *La Firmeza.*—Llega, siempre firme, diciendo:

"Y tus labios cerrados me dicen:
Yo te adoro, mi pecho se inflama etc."

y para que mejor la entiendan, agrega:

"Lazo dulce, indisoluble y eterno,
Que del tiempo será respetado,
Porque el nudo es tan firme y sagrado,
Que ni aun la muerte podrá desatar."

Tanto va el cántaro á la fuente, y tanto llora la reunion, que para no morirse de pena, hay que pensar en cosas alegres, y nada mejor que cantar:

9ª *La Candelaria.*—Es de noche, y el novio, que no "tiene la entrada en la casa," le dice, desde la ventana, á la niña:

"Ven á oir los preludios del harpa,
De la luna la luz macilenta,
Do mi canto apacible se ostenta
Derramando contento y solaz."

Pero la muchacha dice que son las diez y media y que no puede ir; por lo cual el enamorado canta:

10ª *El Sueño:*

"Duerme, duerme, mujer adorada,
Sin que nadie perturbe tu mente,
Duerme, sí, que el que duerme no siente
Los tormentos que sufro por tí."

Pasan las diez y media y las once y las doce, y llega:

11ª *El Alba:*

"Oye, bella, los dulces acentos
De las aves que en dulce armonia
Pues cantan con su melodia
Anunciando feliz tu natal."

Ya los cantadores están cansados, pero nunca es tarde si la dicha es buena, y ellos mueren al pié del cañon con:

12ª *La Esperanza:*

"Es tu amor como el manso arroyuelo,
Como brisas que mecen las flores,
Como estrellas que brindan fulgores
A la luna y al sol en su abril."

Y aunque esto no tiene que ver con la esperanza, nadie les quita el derecho de cantar:

13ª *El Cuatro de Noviembre:*

"Léjos del fausto populoso y vano
De la vida social goza el poeta,

Y eu los delirios de su mente inquieta
Goza ilusiones dulcísimas de amor.

* *
*

Naturaleza de esplendor se viste
Y entre el follaje de la selva oscura
Un eco blando sin cesar murmura:
Mi Cuba espera un porvenir de amor."

Para coronar la fiesta, los entusiastas cantan:

14ª *La Fatalidad.*—Por mal nombre *Tirano velo*, cuya letra escribiré aquí toda, porque es tan original, que no se debe perder de ella nada: dice así:

"Tirano velo de la suerte impía,
Que horror fulgura de mi vida airada,
Y el sacrificio de la tumba helada
Será el consuelo de tanto padecer.

* *
*

Yo soy ejemplo de martirio y pena,
Contrarios mil rodean mis pasiones,
Pasaron ya las bellas ilusiones,
Solo un recuerdo quedó de lo que fué.

* *
*

Cadena cruel aferrolada y fiera,
Desata el yugo que oprime el pecho mio,

Dame la calma y el dúlcido albedrio
Para pulsar las cuerdas del laud.

* *
*

Oh! sacrificio, decreto del destino,
Que vuela audaz al espacioso mundo,
Goza, tirano, en mi dolor profundo,
Que yo tan solo sufriendo viviré."

Despues de esto el cólera.

Y he aquí, lector pio, lo que son las canciones cubanas. Solo me he ocupado de las mas conocidas, pero cuenta que todas ó casi todas se parecen á las citadas aquí: rebozando amor, penas, sacrificios, muertes y suicidios, llenas de faltas de gramática, y lo que es mas, huérfanas de buen gusto y de sentido comun, corren de boca en boca, dando una tristísima idea de nuestra poesia popular.

Concluida una de estas ocurrencias desgraciadas, se sienta la *cantatriz* tan satisfecha como si hubiera cantado una poesia de Byron, y los oyentes aplauden y las musas se ocultan, llorando su desventura.

Ni se diga que la culpa es de los que copian y cantan dichas canciones, los cuales cambian las palabras y vuelven lo de abajo para arriba y lo de arriba para abajo; pues sabido es, que así las hicieron sus padres, y aparte dos ó tres defectos debidos á la poca instruccion de los que cantan, todos los desatinos son hijos de los padres y no del vecino de enfrente.

Léjos de mí la idea de hacer una crítica razonada, pues son tantos los defectos y tan corto el papel, que solo puedo presentar las peores estrofas de las mas conocidas canciones para que el público juzgue, para que los que no saben, oigan lo que de ellas se dice, y para que las muchachas sepan que

causa risa ver y oir que de una boca pequeña y rosada que pertenece á esos serafines sin alas que se llaman mujeres, salgan unas palabras que nada en sustancia dicen, unos versos tan defectuosos, unas canciones, en fin, tan ridículas y tan indignas de las personas ilustradas.

Y lo mas lamentable es que casi todas estas canciones tienen una agradable música criolla, peculiar solo de este clima, y que si tuvieran buenos versos, podrian cantarse en todos los salones, repetirse por todas las bocas, y ser una lejítima espresion de las aspiraciones del alma y de los afectos del corazon.

El mal no es incurable: á nuestros poetas populares toca el ocuparse mas del pueblo, y el componer buenas canciones que lleven justamente el título de poesia popular.

A CIRIACO.

CARTA PRIMERA.

EL ABOGADO-TACO.

Mi querido Ciriaco: me dices en tu última carta, que "has llegado á la edad en que tu razon se ha concluido de desarrollar," y que siendo muy limitado el horizonte de la Mocha, piensas venir á esta populosa ciudad de la Habana, esperando encontrar aquí ancho campo donde lucir, y una *posicion* en que medrar. En realidad de verdad, y con perdon de los maestros que me enseñaron, maldito si entiendo jota de lo que me dices; pues todo eso de la *posicion* me tiene sin sosiego desde que lo leí, y júrote que me voy poniendo mas pensativo y melancólico de lo que conviene á un hombre de mis bigotes. ¿Buscas una *posicion*? Echale un galgo, y encomiéndate á Santa Rita de Casia, abogada de imposibles, que ella, y no yo, será quien pueda sacarte en bien de tan arriesgada empresa; pues de mí sé decirte que ni siquiera sé lo que pretendes, porque como tu solicitud no viene con ínfulas de memorial, no la entiendo; y así viniera con su *digo que*, y con su *á V. S. suplico*, que tampoco la entenderia, segun costumbre entre la gente de memoriales.

Pero he aquí, que como de la Habana que soy, me veo obligado á contestarte, porque la gente cree que los de la Habana lo deben saber todo. Por tanto, protestando el uso de cuantos consejos me permita la observacion, voy á poner ante tu consideracion una por una las carreras, artes oficios, empleos, que usan los hombres para medrar ó para morirse de hambre, empezando por la abogacia, que es la carrera mas favorecida, segun se dice hoy.

Dícesme que quieres que el dinero entre en tu bolsillo, como Pedro por su casa; que las gentes se quiten el sombrero cuando te vean; que te digan Sr. D. Ciriaco, y que te regalen cajitas de dulce de guayaba y cajones de tabacos y cajas de azúcar. Todo esto lo conseguirás metiéndote á abogado, por supuesto, de los malos, que de los buenos, no se hable.

Pero ántes de seguir adelante, te haré unas cuantas advertencias sobre los abogados. Los hay de ellos, instruidos, y sin instruccion, honrados y sin conciencia. Los *instruidos honrados* son los verdaderos abogados, que abogan por los intereses de los desgraciados, y de estos hay aquí muchos. Los *honrados sin instruccion* ni huelen ni hieden y llegan con el tiempo á ser los *firmones:* si tienes algun pariente en la cárcel, dile que no nombre de defensor á ninguno de estos, porque si el fiscal le receta cuatro meses de encierro, él lo manda á presidio, y todo con la intencion de salvarlo. Los *sin instruccion* y *sin conciencia* se hacen de un procurador de agallas, y ahí se van viviendo. Y últimamente *los instruidos sin conciencia*, que se llaman *abogados-tacos*, son los animales mas dañinos de la creacion, incluso el usurero: si además de la instruccion, tienen talento, no hay mas que hablar.

Yo supongo que tu sabes algo, y te doy por ello la enhorabuena. Si escojes la abogacia para medrar y quieres tener una posicion de *abogado-taco*, ven cuanto ántes, y trae contigo una resma de papel para los memoriales, una garganta de

cuero para las súplicas, y unas rodillas de goma elástica para las genuflecsiones; que al fin y al cabo, puede suceder que salgas del taller hecho un abogado de la clase que quieras.

Cuando tengas ya licencia para defender á los demás, encontrarás dos caminos por donde navegar en el *mare magnum* de la vida pública: ó te arrimarás á un abogado con quien practicar, haciéndole escritos que él firmará, y en los cuales lucirá, por supuesto, mas que tú, ó pondrás desde luego tu bufete, esponiéndote, si te andas con escrúpulos de monja, á morirte de hambre; pues los Gayos y los Papinianos andan siempre por aquí, dándose garrotazos, por conseguir buen puesto en la tasacion de costas.

Si escojes el primer camino, es decir, si te arrimas á un abogado de fama, búscalo tambien *taco*, de esos que comen de todo, y allí irás aprendiendo; pero que sea ello cosa de poco tiempo, pues si te eternizas en bufete ageno, no sacarás ni para las luçes.

Una vez establecido tu bufete, te comprarás una bomba, una casaca y una caña de puño de oro; pondrás á la puerta de tu casa la plancha indispensable, y en la silla del bufete, un agente, el cual es tan necesario como la plancha, y como el baston y como la casaca y como la bomba; porque abogado sin agente, quiere decir médico sin coche; equivalente: médico sin enfermos, abogado sin pleitos.

Jamás digas: *esta causa es fácil:* ántes dí que el negocio es peliagudo, pero que tu empeño y deseo de hacer bien te harán triunfar; que entónces pondrás en cuidado al cliente y será mas grande despues el agradecimiento de tu defendido, y mas estraordinario el asombro de tus amigos, y mas gordos los regalos.

Cuando la causa que pesques sea mala, y los contendientes ricos, vuélvela buena, que tú lo podrás, y honorarios con ellos; y si es buena, cójela sin embargo, con tal que tu cliente tenga pecunia.

Si te consulta algun ricacho, dile que tú eres muy buen abogado, y que donde llegaste tú se acabó el carbon, que vayan á paseo Justiniano y Ciceron, cuando tú te plantas, que si él quiere, tú lo defenderás, y que todo es que tú quieras y él afloje.

Algunas veces oirás decir que *mas vale una mala transaccion que un buen pleito;* pero no hagas caso, porque esos son cuentos de brujas; y tú sabes de memoria que en no habiendo insolventes de por medio, los peores pleitos son mejores que las mejores transacciones, pues si la mitad del género humano no estuviera dándose de toletazos con la otra mitad ¿de qué vivirian los abogados y los escribanos y los procuradores y los oficiales y los agentes y todos los demás discípulos y profesores del colegio de escribanos?

Si puedes cruzarte, crúzate, que nunca está demás y como tú te pondrás la cruz por delante, serás entónces el abogado-taco-tipo, por aquello de que detrás de la cruz va el diablo.

No defiendas á los pobres mas que los dos ó tres primeros meses de tu carrera; despues podrás poner cuantos honorarios te diere la gana, y en cuanto á ello no te pares, pues nunca se coje demasiado, y de ménos nos hizo Dios.

Antes de todo sé hombre de corte; es decir, que tengas á tu alrededor á cinco ó seis individuos sin oficio ni beneficio, á racion y sin sueldo, para que en los cafés y reuniones pregonen con la trompeta de la fama, y hasta con la lira y la bandurria, si fuere necesario, tus hechos, virtudes y saber; y hagan relacion de tus escritos atrevidos y de tus magníficos estrados.

De los estrados casi nada te digo: muchos insultos á la parte contraria; mil desvergüenzas al abogado contendiente, y nada de pruebas que eso es paja, y tú vas á buscar el grano, vulgo, dinero.

Cada vez que te visiten los clientes pídeles para espensas, que es como si dijéramos *para los avios;* y si te visitaren cin-

co veces al dia, cinco veces al dia les pedirás, porque como tienes que corretear tantas diligencias y los cocheros son tan exijentes, y los caminos están tan malos y hay tantos empeños y gratificaciones que hacer, no sería justo que tú lo pagaras todo. Con esto le darás importancia al negocio y dinero al bolsillo.

Echale el anteojo á alguna tutela ó curatela de menores ricos, y vive con ellos, prefiriendo á los locos y á los mentecatos; porque aunque de estos hay muchos en el mundo, los que *dejan* mas, son los recibidos y aprobados, únicos que tienen licencia para ser mentecatos y locos.

Para concluir, te diré algo parecido á lo que dijo no sé quien, con ocasion que sé yo de qué: estas cosas que te pinto, son las cosas de los abogados tacos; si haces todo lo contrario, serás abogado de concepto. No aspires á mas *posicion*, que á la que dá la honradez: con ella serás rico ó no lo serás, pero te estimarán todos, que es á lo que aspiran los buenos abogados, los abogados de conciencia. Y no mas, sino que me despido: hasta el domingo.

YO QUIERO SER NOVELISTA.

A MI HERMANO FEDERICO.

La noche del 15 de Octubre de 18.... era *infumable*, como diría un pillo. Siniestras nubes, cual enormes pájaros negros, estendian sus alas sobre nuestras cabezas, y tanta era el agua que dejaban caer, que tal parecía que las once mil vírgenes estaban apesadumbradas, y soltaban aflijidas la vena del llanto. Rios eran las graciosas calles de nuestra graciosa ciudad, pero no de arenas de oro, sino de corrientes fétidas, que estancadas despues por espacio de quince y veinte dias, proporcionaban abundante pesca de calenturas y de dolores reumáticos. La naturaleza toda estaba de un humor insoportable: cerraban su cáliz las flores; y los pájaros no cantaban, sin duda porque como era de noche, estarían durmiendo, y además, porque en toda la vecindad no habia mas pájaro que uno que tenía el bodeguero de la esquina, y ese no cantaba. Sentado yo á la ventana de mi casa, entreteníame en ver llover, y como veía llover, me puse triste. ¡ Qué triste es ver llover, sobre todo, si el agua le coje á uno en su casa!

Triste púseme, pues, como digo, y traté de sacudir la melancolía que se entraba por mi casa, como Max por la de los Aztecas, diciéndome: "Aquí estoy yo porque he llegado." Empecé por separarme de la ventana, y en seguida subí á mi

cuarto. Allí procuré leer, y para ello tomé al acaso un libro: era una novela romántico-fantástico-caballeresca, de aquellas de castillos feudales, y señores *incorruptibles*, y caballeros en la quinta esencia de la caballería, y nobles horriblemente nobles hasta las médulas de los huesos.

Empecé á leer la antedicha novela por curiosidad solamente, que no por gusto; pero no había aun acabado de pasear mis miradas sobre el primer capítulo, cuando me abstraje completamente de todo lo que en torno mio pasaba, y el libro se fué resbalando de mis manos, hasta que cayó en el suelo. La causa de mi abstraccion fué una idea, que como un relámpago, iluminó mi mente, dejándola turbada, como dejan á una niña de quince las palabras de un enamorado, que no es del todo indiferente. La idea que me tomó por asalto fué la de hacer una novela: sí, lectoras, quería ser novelista. Pensaba, y mas pensaba, y luchaba por no pensar, porque á la verdad el asunto me tenía sin sosiego; pero la idea erre que erre y quieras que no quieras, serás novelista. Por fin, despues de una encarnizada lucha, venció el demonio invasor, y yo me ablandé, y blando ya, me puse á pensar de esta manera.

—Qué diablos! dice un escritor que para hacer una novela, no hay mas que estacionarse uno en un café, y de allí seguir á la primera persona que salga, que ella por mas que camine, al cabo llegará á su casa, y que en su casa encontrará uno lo que desea, porque cada casa es un estante, y cada vida, una novela; que una sola persona cuya historia íntima se sorprenda nos proporcionará datos y peripecias para *in fólios*; que por el hilo se saca el ovillo, y que de ménos nos hizo Dios.

Todas estas verdades me anonadaron por un momento: poco despues seguí reflexionando.

—Yo novelista! Como quien dice Periquito entre ellas, porque á nadie quieren tanto las muchachas como á los autores de novelas. ¡Qué placer tan grande es decir que el baron de la Cloaca era capaz de jugar la vergüenza, si la tuviera,

y que su mujer cantaba la palinodia; asegurar en letras de molde que el vizconde de las Agallas se tragaba á los pobres como si fueran sardinas; ser llamado por los periódicos el distinguido, ilustrado, correcto y aplaudido Fulano, émulo de Alejandro Dumas, la estrella matutina de la novela cubana; pasearse uno por el Parque con la boca llena de risa y mirar á las muchachas con aire protector cuando al pasar uno, digan: "Ahí va el simpático autor de los amores de Rosaura y Adalberto." Qué placer! Yo quiero ser novelista!

Así pensando me quedé dormido. Llegó la aurora del siguiente dia con su nácar y su grana y sus pajaritos; en seguida, vino el medio dia, y el sol ardiente y el viento sur; y por fin, apareció la noche magníficamente ataviada, como una viuda rica que quiere *pescar*. Apénas tocó la Oracion mi vecino el Monserrate, salí de mi casa, armado de un lápiz y una cartera, ni mas ni ménos lo mismo que hacen los que escriben las *magníficas* descripciones de los bailes de las Puentes, Marianao, &c. &c. Fuime al café mas cercano, y allí convertíme en ajente de policía que cumple con su deber.

Entre todos los que allí estaban cuando yo llegué, el que me pareció mas fácil de seguir fué un señor, que haciendo mil visajes, concluía un sorbete. Creí conocerlo ya de fama; y era el tal, segun malas lenguas, un usurero, grande enemigo del prójimo como pocos, que se confesaba todos los sábados; que asistía al circular con mas puntualidad que un monigote; que conocía á todos los monacillos y sacristanes y perreros, y que se quedaba sin comer por cojer buen puesto en las procesiones y llevar el guion cuando ménos. Asistía á todos los entierros por devocion y era miembro nato de todas las archicofradías. Por un lado desplumaba el gallo de la pasion, y por otro se daba recios golpes de pecho, cuidando de hacerlo sobre un medallon que del cuello se colgaba, por no lastimarse.

Sentéme en una mesa que estaba junto á la del *señor*, y para engañar al tiempo pedí una taza de café con leche. Fija en

él la mirada, seguía todos sus movimientos, cuando he aquí que de repente se levanta mi hombre y sale para la calle. Dejar yo la taza de café á medio tomar y correr en su seguimiento todo fué uno. No sé por que motivo iba él á toda carrera; asi fué que yo tambien tuve que alijerar el paso. Atravesamos calles, y plazas, y callejones, y llegamos, por fin, á una de las primeras, por donde él caminó mas despacio, hasta que al llegar á una casa bastante misteriosa, en verdad, tocó la puerta, se abrió esta como cosa de magia, y entró él, cerrándola tras sí y dejándome solo al aire libre, entre gentes que no conocía, aunque al parecer todas inofensivas.

Con la firme intencion de no abandonar mi empresa, puesto que la había comenzado ya, y dispuesto á seguir al usurero-calambuco hasta el fin del mundo, hice centinela á la puerta de la casa misteriosa, creyendo que los acontecimientos llegarian naturalmente y que mi novela sería al postre un hecho.

Miéntras tanto, y como por vía de entretenimiento, púseme á observar la *cuadra*, en donde me hallaba, y á fé, que era digna de observacion. Pequeñas eran casi todas las casas, pero no de muy pobre apariencia, y los vecinos gozaban la grandísima ventaja de poder dormir la siesta en el medio de la calle sin temor de ser estropeados por los carruajes, pues tan deplorable era el estado de dicha calle, que años venian y se iban años, sin que los cocheros ni los caleseros osaran atravesar aquel infierno de piedras y lagunas y derrocaderos. Los vecinos conversaban de una acera á otra; los muchachos de veinte calles á la redonda, establecian allí sus tiendas de campaña, y jugaban estrepitosamente á los toros; las muchachitas gritaban, dando mil saltos:

Lunita, lunera,
Cascavelera,
Cinco toritos
Y una ternera,

ó jugaban á la "Comadrita la rana"; en una casa un negro viejo *rascaba* un violin, y unas cuantas parejas *guataqueaban* con gran escándalo de la moral; en otra algunos desocupados jugaban la lotería de tres cartones por medio; mas allá cuatro viejas solteronas, sintiendo no haberse casado, y no teniendo en quien vengarse legítimamente, lo hacian sobre una pobre negrita, dándole sin cesar pellizcos y *coscorrones*, solo por que la negrita era niña y se iba á jugar con las otras muchachitas. Y grande era el escándalo, y no se oian mas que gritos tales como:

— Han salido los *espejuelos de Pilatos*; ocho con ocho.

— Danza, danza, caballeros, á bailar.

— Toma, perra, *jutía conga*, sinvergüenza, para que las *apruebes*.

— Huy toro! Que lo mate Gaviño!

— Pues *sopiti pon, sopiti pon.*

Y muchachos y muchachitas, y hombres y mujeres, todos se esforzaban por escandalizar, y yo estaba aturdido con aquel huracan de voces humanas; pero por bien fué, pues paño tuve que cortar y tipos que observar minuciosamente.

— Buenas noches, comadre, decía en tono de orquesta una mujerona, que por cierto tenía una berruga grande en el pescuezo, á otra que estaba parada en un balcon de enfrente, ¿ cómo estás?

— Bien *¿y á tí?* le contestó la otra. Y los enfermos?

— Qué, comadre! aquí siempre con el hospital á pleito. María Justa está un poco mas *alentadita*, pero *José el Cármen* me tiene sin sombra con su *itiricia.*

— Y cómo fué la enfermedad de *José el Cármen*, comadre?

— Nada, hija *diabluras* de los muchachos. Resulta que Pancho Tallullo se lo llevó para la *gallería*, porque no tenía quien le *tusara* los gallos; y *tusao* fué que el muchacho se estuvo tres dias haciendo *torerías*, hasta que me lo trajeron con *tabardillo*. Yo al principio no quise llamar médico, porque esa

gente se vuelve *palucha* nada mas, y ¿qué mas médico, que Taita Piloto, que sabe curar cuanto hay, y que le cojió los moldes al médico brujo? Así fué que él empezó á curarme á *José el Cármen*; pero cuando ya estaba mejorcito, ¿qué hace el muy bruto? coje y se larga á la cocina, y se da un *atracon* de tasajo *sancochao*, que poco revienta. Y por supuesto no hizo *ni ji ni ja*, y cayó redondito. La fortuna, que á fuerza de cataplasmas y de quinientas medicinas, volvió en sí, pero ¡cómo volvió, hija! con una *itiricia* que se lo come.

— Ay! comadre, no me diga *naitica*, que ese es un mal que cuando se pega *de buena gente*, se muere uno, y todo. Pero la enfermedad de su niño empieza ahora, y tiene remedio. Mire comadre, voy á darle uno que me dió *taitica* (que en paz descanse), y como con la mano: todas las mañanitas saque á *José el Cármen*, y lo lleva á la zanja real; se sienta con él á la orilla, y hace que se coma él un medio de *plátano* maduro, y que eche las cáscaras en la zanja, para que se divierta viéndolas correr junto con el agua; que eso que él tiene no es mas que *aprehension* y *chiqueo*. No deje de hacerle el remedio, mire que eso es tan cierto como me llamo Tomasa, para servir á V. y á Dios, y soy hija de Serapio Cartuchera, que fué hombre de muchas campanillas, y de lo *principalito* de la Habana. Y si no que lo diga la gente gorda que ha jugado con él en Guanajay. Lo que tiene, hija, que como ahora *semos* pobres y dicen que los pobres *jieden*........ ¿No ves el tono que se da esa gente que se mudó *los otros dias* en la casa de dos ventanas?

— ¿Has visto, mujer, que gente mas *perra*? Cuándo yo ví llegar los *tarecos*, dije: tate, vecinas tenemos, y me puse á mirar por el ojo de la llave para ver si pescaba algo, y al poco rato llegó una muchacha mas *refistolera*, y que se quería cojer toda la calle con el malacoff; y luego se traía un *teje madeje* con unos mozos que estaban parados en la tabaquería...... Alabado sea el verbo!

—Nada, comadre; *gentuza* que se quiere dar *tonelete*. La morenita que vive en la accesoria del lado entró allá el otro dia con disimulo, y dice que comen sin mantel y que la muchacha es un *cocorioco*, y que segun le contaron no es muy católica, y ha dado mucho que decir......

—Y hablando de todo un poco, dijo la de la berruga señalándome con el dedo ¿quién será el *espantajo* ese que está parado hace una hora en la puerta del vecino?

—Lo que es él no es de este *patio*, le contestó la otra despues de mirarme descaradamente; será algun enamorado bobo y si es así, trabaja para el *inglés*, porque buenos son los mocitos de por aquí para que vengan de otro barrio á enamorarles á las muchachas.

—Comadre, sabe que me está *cargando* ese mocito, y que voy á hacer con él lo que hizo Bertoldo con el hombre calvo cuando estaba en el balcon el rey? Voy á escupirle en el sombrero á ver si así se espanta.

Yo ví entónces que el ataque era directo, y á contestarle iba ya á la buena señora, cuando oí una voz afeminada que me dijo: "Jóven, palabra, fuera dinero."

Me volví, y miré al que así me hablaba que era un verdadero mocito de barrio, muy bien peinado á la inglesa, y propio para la Seccion de artes y oficios. No pude ménos de sonreirme, y le pregunté:

—¿Qué se le ofrece, jovencito?

—Dígame, y dispense, me replicó, ¿es verdad, que V. anda diciendo por ahí que es novio de mi hermana *Nita* y que mi madre parece un pescado?

—Y ¿quién es V. y su hermana Nita, y su madre? y ¿dónde vive toda esa gente?

—Pero dígame si es verdad, porque á mí me lo dijo *Biaquita*.

—Y ¿quién es *Biaquita*?

—*Biajaquita*, hombre, ese que vive por aquí.

— Ya: estoy enterado. Pues mire, ni á V. ni á su hermana *Nita*, ni á su madre, ni á *Biajaquita*, ni á nadie que viva por aquí conozco; ni sé si su madre de V. es pájaro ó es pescado, como le han dicho. Esas son cosas de su amigo *Biajaqüita*, que es muy maldito.

— Pues V. dispense, jóven.

Y se fué á donde estaban sus amigos á contarles la *maldad* y á reirse á costa mia. Yo los dejé reir, y me puse á pensar en mi pobre usurero-calambuco, que no se daba por aludido y no abría ni siquiera un postigo de la casa en donde se había colado. Contemplaba tristemente las puertas, cuando interrumpió mi observacion un ruido de voces, que salía de la casa contigua á la de mi hombre-usurero calambuco. Era una madre *regañona* que reñia á su hija, porque esta tenía un novio y sospechaba que fuera yo el galan.

— Ya te he dicho, decía la vieja, que no quiero mas sombras chinescas ¿ eh ? *San Seacabó!* Que vaya el muy pillo á buscar madre que lo *envuelva*, porque tú no estás aquí para que Juan primero venga á enamorarte.

— Pero mamá, le contestaba la hija, si él ya no viene.

— Tú te figuras que yo soy boba, muchacha? Y ese que está ahí parado, quien es, sino él? decía la madre, dirijiendo la vista hácia donde estaba yo. ¿ Tú te figuras que yo estoy ciega de los ojos, no?

— Pero *barántula*, mamá.......

— No hay mas pero, sino que tú eres una muchachita mal criada y él un *sinvergüenzon*, sin oficio ni beneficio; y tú estás hecha una *guanaja* con él, como si fuera un Dios. Nada ménos que la otra noche, cuando te llevé al sermon, en vez de oir al *padrecito* que habló tan bien, que hasta á la mujer del maestro de escuela se le *aguaron* los ojos, te pasaste toda la *santa* noche mirando al *zángano* ese, que estaba detrás de los escaños. Ahí está él (y me miraba,) dile que venga si es *guapo*, para darle todas sus cartas y *restregárselas* en el *jocico*.

Vaya muy enhoramala el muy pillete, que dice que yo soy pescado.

Comprendí entónces, que la vieja era la madre de *Nita* y recordé toda la escena de *Biajaquita*. Temiendo por la hija, y dispuesto á sacar á la señora del error en que se hallaba, quise terciar en el asunto; pero apénas me acerqué á la ventana, vino ella como una loca, y me gritó:

— *Lárguese* Vd. de aquí en el momento, sino llamo al sereno para que lo metan en la cárcel.

— Señora, díjele, no hay porque incomodarse: yo solo vengo á decirle que no soy......

— Vd. no tiene que decirme nada, y lo mismo se me dá *con* que Vd. sea Juan como Diego; yo lo que sé es que Vd. no pasa de ser un *pelagatos*, que tiene la lengua que se la pisa, y anda publicando por ahí que es novio de Nita, y le dijo á *Biajaquita* que yo era pescado. Insolente! ¡ yo *pescao!*

— Pero señora, si yo no conozco á ese *Biajaquita* que Vd. dice; ni he sido novio de su hija jamás.

— Y me desmiente Vd. atrevido. Diga Vd. que es cierto aunque no lo crea; porque yo digo mas verdad que Vd. y basta que yo lo digo para que sea el evangelio. Ahoritica llamo á mi marido para que le enseñe á tratar á las señoras. ¡ Nicanor! Nicanor! Ven pronto; Nicanorcito de mi alma, que un hombre me ha puesto de *vuelta y media* y me va á dar un insulto. Nicanor! Nicanorcito! *Cito!* Pero Nicanor estaba dormido, y en contró que era mas cómodo seguir durmiendo.

Yo tomé el partido de retirarme de la ventana, porque aquella señora estaba preocupada, y contra su preocupacion de mujer se sabe que no hay razones.

Volví pues á la puerta del usurero-calambuco, y seguí esperando los acontecimientos.

— *Lar* diez y media! chilló el sereno.

Este grito fué un golpe eléctrico para mí, pues me incorporé y me decidí, aunque bien tarde por cierto, á pasar el Ru-

bicon, y á tomar un partido decisivo llamando á la puerta de la casa de mi hombre-usurero-calambuco. Dí dos golpes con el picaporte y esperé el resultado; pero pasaron dos minutos sin que nadie diera señales de vida en aquella casa. Dí en seguida otros dos golpes, y siempre el mismo silencio. Por fin al tercer par, oí un ruido confuso como de personas medio dormidas.

— Va! dijo una voz, que tal parecía salir de una garganta de ochenta años.

Al poco rato un marcado *chancleteo*, me anunció que una mujer se acercaba, y en efecto, la puerta se abrió un poco y la misma voz de marras dijo:

— Quién es? ¿el lechero? espérese *casero*; ahí va el jarro para que me eche un real de leche, y mire que la de ayer se *cortó* en cuanto se puso á la candela. Y al mismo tiempo me alargaba un jarro.

— Señora! le interrumpí, ¿Vd. está soñando? Son las diez y media y quiere que venga tan temprano el lechero?

— Pues entónces ¿qué busca Vd? y ¿porqué viene á molestar á la gente que está durmiendo?

— Perdone, señora, pero yo busco al dueño de esta casa, que me dijo esta noche en el café.... que viniera hoy á tratar de un asunto de importancia, y me ha sido imposible el venir mas temprano.

— Qué dice Vd. hombre de Dios? Si mi marido, que es el dueño de esta casa, puesto que su dinero le cuesta todos los meses, está enfermo hace mas de un mes, y no sale no digo yo al café, ni á la ventana.

— Cómo! su esposo no entró aquí á las siete y media?

— No señor. Aquí no ha estado esta noche mas animal viviente que don Tragalon, que nos presta dinero á escudo la onza, y á quien Dios confunda, amén.

— Pues, señora, Vd. perdone....

— Sí, Vd. perdone despues que se levanta una en camison con la noche como está....

Adios blancas ilusiones! adios refulgente gloria! Adios mi hombre usurero-calambuco ¿dónde habrás ido á hacer tu nido, pájaro de mal agüero? así esclamé al ver que se me habia escapado el héroe de mi futura novela y al mirar tronchadas en flor mis mas bellas esperanzas.

Pensativo me separé de la puerta, y maldiciendo en mi interior al infernal *Biajaquita*, pues sin duda durante alguna de las disputas que por causa de él tuve, fué cuando mí hombre-usurero-calambuco se escapó.

Dirijíame ya á mi casa, pero sin duda el demonio habia desatado contra mí aquella noche á todas las lejiones de diablos, porque ántes de salir yo de aquella *cuadra* maldita, los muchachos, que jugaban á los toros, y que no tenian ya en que entretenerse, me vieron, y viéndome no me conocieron y no conociéndome me quisieron *torear*. Rodeáronme mas de veinte entre mulaticos, negritos y blanquitos y gritaban:

—Eh! zacateca! suelta la casaca!

—Bomba! dónde es el fuego amigo?

—El de espejuelos! Fuera!

Y yo me ví mártir; pues cuando iba á apresar uno, el otro me tiraba de la levita, y como eran tantos, y todos saltaban á la vez y gritaban juntos, no sabia yo á cual atender primero. Y como donde hay muchachos hay perros, estos ladraban miéntras aquellos chillaban, y las puertas se cerraban estrepitosamente, y las viejas decian ¡ Ataja! hasta que vino el sereno y logró despues de sufrir tambien su rechifla, que los muchachos y los perros se retiraran.

Libre yo entónces, salí apresuradamente de aquella cuadra en donde habia estado desde las siete hasta las diez y media; tomé rumbo á mi casa sin mirar para atrás; y juré no seguir jamás á ningun hombre-usurero-calambuco, y no pararme donde haya mujeres que lean á Bertoldo y me escupan sobre el sombrero, y no tener nunca que ver con mocitos que se llamen "Biajaquita," ni con viejas que me digan "casero," ni

con mujeres que no quieren le digan "pescao," y abogar porque se manden á los talleres ó á las escuelas á todos los pillitos que pululan por nuestras calles, y que le gritan á uno "Zacateca," y "el de la bomba," y porque se eduque mejor á las niñas y no se las deje jugar en el medio de la calle con muchachos desvergonzados; y sobre todo juré, y vuelvo á jurar no hacer novelas miéntras me quede una gota de sangre en el cuerpo, pues el recuerdo de la noche maldita vivirá en mi memoria, miéntras la memoria viva en mi alma.

A CIRIACO.

CARTA SEGUNDA.

EL MEDICO-BRUTOPATA.

Mi querido Ciriaco: bien dijo quien dijo que no hay sábado sin sol, ni viuda sin arrebol, ni doncella sin amor; y aunque es verdad que tú no eres ni viuda, ni sábado, ni doncella, sino Ciriaco, tambien es cierto que te estás poniendo de tal modo, que me temo de tí las tres cosas: viuda, porque andas buscando una *posicion;* doncella, por lo melindroso; y sábado, porque eres mas pesado que un cobrador.

Apénas recibiste mi carta, cuando me la contestaste; y eso nada tiene de particular, pues al fin y al cabo, uno escribe para que le contesten; pero lo que sí me dá pena es que no quieres la *posicion* de *abogado* que te pinté el domingo anterior, y que me exijes que te pinte otro mozo de chapas, que tú lo pensarás, como dicen las muchachas cuando no tienen nada que pensar. No quieres ser abogado? Pues sé médico, y salga el sol por donde le dé la gana.

De los abogados te dije, que habia cuatro clases; los médicos, te digo, que no pertenecen mas que á dos: *los que saben* y *los que no saben;* y aunque hay quien diga que todos pueden reducirse á la primera, esto ni es exacto, porque no uno, sino muchos doctores hay, que estudian y saben y son verda-

deros salvadores, ni convendría decirlo, si fuera cierto, si atendemos á que nosotros no somos mas que unos sacos de enfermedades, que necesitamos cada rato de los médicos.

Claro es que no podrás curar ó matar sin tener ántes un título, que (entre paréntesis) no te darán de valde; pero lo conseguirás con la resma de papel, y la garganta de cuero y las rodilleras de que te hablé, cuando te aconsejaba que fueras abogado. Además no yendo nunca al Hospital, y no estudiando, puedes llegar á ser alguna cosa en la cuestion que nos ocupa. Verdad es que si tu quisieras estudiar y asistir al Hospital, seria ello lo mismo que si no estudiaras ni asistieras, pues no hay allí muy buenos gabinetes por cierto, ni elementos para hacer grandes hombres. No te aconsejo que vayas á Paris, porque á Paris se va á estudiar, y eso es precisamente lo que tú no debes hacer.

Empieza á curar desde el primer año de medicina, y si puedes, ántes, porque así te vas formando tu clientela, y te irá la gente conociendo, sino porque cures, al ménos porque mates, que todo es conocer.

Pasados los once años te recibirás de Licenciado, y despues, lo mas pronto, de Doctor, pues aunque supieras mucho, si no fueras Doctor, nadie te llamaría, solo por el delito de ser Licenciado á secas, y constante es que la ciencia y la conciencia no vienen del estudio, si que del doctorado.

Doctor ya, te resultará lo mismo que á los que se atreven á ir á un café de dia, que son atacados por un ejército de billeteros: es decir, que apénas entres en plena carrera, te saldrán al paso y te darán tarjetas y te limpiarán la levita, y te dirán señor doctor, varios individuos, que te parecerán billeteros, pero que no serán otros que *la homeopatía, la alopatía, la hidropatia, la brutopatía* y demás familia. La *homeopatía* te dirá que similia similibus, que un clavo saca otro clavo, y que si te rompes la cabeza, te curarás volviéndotela á romper: y sinó, ¿porqué cuando cae aguardiente en la caoba, se

acostumbra quitar la mancha con frotaciones del mismo aguardiente? La *alopatía* te plantará en la cara una cataplasma para que te convenzas de sus maravillosos efectos, y te dirá que la gente no se cura con globulitos, sino con sinapismos y cáusticos y ventosas; que el calomelano resucita á los muertos y el mercurio, su padre, los *desentierra;* que no hay instituto mas benéfico que una botica, y sino que lo diga el boticario. La *hidropatía* vendrá con una bomba echando agua á todos, y dando de beber hasta á los perros de la calle. No le preguntes por su método, porque inmediatamente te echará un chorro y te hará beber dos barriles de agua, por via de experimento, y despues te esplicará como él se curó una peritonitis, no mas que bebiendo agua fresca ; y que los cuatro elementos son, agua, tierra, fuego y viento, de los cuales han caido en desuso los tres últimos, pues la tierra solo se aprovecha en la fabricacion de casas, el fuego no se usa mas que para los incendios, y el viento para los temporales ; que solo el agua es de constante aplicacion ; que sino hubiera agua nos moririamos todos y que el método es sencillo y barato, pues hasta ahora está el agua á tres barriles por un real. Añadirá que bebiendo mucha agua se espone uno á quedar hidrópico, pero que eso no es cosa, porque despues que haga su efecto la medicina, será *bombeado* el enfermo, y ahí se las den todas; para concluir te echará otro chorro de agua, y te dará á beber otros dos barriles. La *brutopatía,* que es una mezcla de las tres anteriores, no dirá nada : sin embargo te llevará al cementerio, y te enseñará á todos los que ha curado, pero que desgraciadamente se han muerto, pues nadie está en el mundo para semilla. Tú entónces, como hombre prudente, te decidirás por la brutopatía.

Hecho ya todo un doctor *brutópata,* no te quedará que hacer mas sino comprar un coche y arreglarte con un boticario y un sepulturero á cuenta de medio partir. Al boticario le mandarás recetas, y al sepulturero muertos, y el mundo será para los tres un estenso hospital-cementerio.

Puede resultar que al principio no tengas muchos enfermos: pero dí que los tienes y todos te creerán bajo tu palabra. No estés nunca en tu casa, para que se figuren que es muy grande tu clientela. No te laves nunca, ni te vistas á menudo, y si te preguntan, dí que no puedes mas con los enfermos, que te vas á morir, que no tienes tiempo ni para vestirte, ni para nada, en fin; y sino que te vean. Con esto, lloverán clientes, y se enriquecerá la botica, y se desbordará el cementerio.

Si te llama alguno, y te dice que el otro dia comió carnero sin sal, y que tiene indigestion, dile que no hay tales carneros; que él lo que tiene es un horroroso padrejon, ó una gastrítis ó una hernia estrangulada, que ni él sabrá lo que son estas cosas, ni tú tampoco, pero sí la agencia funeraria, y váyase lo uno por lo otro.

No vayas á las juntas, porque en las juntas se habla, y tú no ignoras, que *al buey por el tarro y al hombre por la palabra:* es decir, que digas que sabes mucho, pero que no lo pruebes.

Búscate cuanto ántes nn sereno ó un carretonero que te ponga un comunicado en cualquier periódico, en el cual te dé las gracias por la operacion que le hiciste, y te llame Galeno, Hipócrates y San Rafael, y te desee mil bendiciones y prosperidades; procurando repetir la cosa lo ménos dos veces al mes.

El dia de San Ciriaco dedícate cinco ó seis sonetos firmados por otros tantos enfermos, tales como Jaime Wicoff, el de la zarzaparrilla.

No te olvides de las especialidades. Cuando te anuncies en los periódicos, acuérdate de poner al fin: *especialidad* en los ojos, y en las orejas, y así en todo lo demás, de manera que te tengan por *especialista* en todo, y no seas tú bueno en nada, que es la mejor de las especialidades.

Mas tengo que decirte, pero el papel se va acabando. Concluyo diciéndote lo que de su padre confesaba don Gregorio Guadaña, y es como sigue: "Si un enfermo habia menester un

jarabe, mi padre le recetaba diez, y si una medicina, veinte; y con este arbitrio estaba de bote en bote la casa llena de dinero á pura receta baldia.... Cuando un enfermo decia que no podia tomar purga, mi padre le recetaba píldoras, y sino gustaba de ellas, las conmutaba á pócimas, y de nó á jarabes; y cuando el enfermo estaba en su opinion, él se despedia, y de esta manera obligaba á todos á beber ó reventar, que todo es uno, cuando él recetaba. Nunca fué único en los remedios; porque hubo dia de veinte y cuatro, á hora por remedio, ó á remedio por hora, y sin remedio los iba despachando á todos. Cuando él conocia una enfermedad corta, le largaba la rienda, y cuando caminaba mucho, se tiraba, y entre andadura y trote, no le dejaba llegar á la posada de la salud, ántes la rodeaba por el camino de la muerte, sesteando todo en casa de mi tio el boticario."

Este es el tipo del médico brutópata; si te gusta, con tu pan te lo comas, y contesta.

SUEÑOS.

A MI AMIGO RAFAEL MORALES.

Yo sueño, lector, lo mismo que tú y que todo el mundo, aunque no todo el mundo sueña del mismo modo, que hay personas que no lo hacen sino despues de haber comido bastante bien y de haber hecho algunas reverencias á la respetable *Viuda Clicuot*, la cual señora se me parece á esos mozalvetes que trastornan la cabeza á las muchachas, quedando ellos como si tal no hubiesen hecho. Todos, pues, soñamos, y cada uno estornuda como Dios le ayuda; quiero decir, que unos sueñan cuando se acuestan boca-arriba, otros, cuando boca abajo, esotros, cuando del lado del corazon, y algunos hay que de ninguna de las dichas maneras lo hace, que en esto, como en todo, hay su mas y su ménos, y para gustos se hicieron los colores.

Dicen las gentes que el hombre sueña por la noche sobre aquello que mas impresion le ha hecho durante el dia; tambien hay quien diga que la última idea fija que aparece en el cerebro al tiempo de dormir es la que despues luce mas ó ménos variada durante el sueño; y por último, se afirma que ni las sensaciones recibidas durante el dia, ni las dominantes al tiempo de empezar á dormir, influyen en ese fenómeno que tanto dá que pensar á los filósofos, pues que se sueña sobre

cosas estrañas y que nunca han fijado nuestra atencion. Yo ni creo, ni dejo de creer, y para quedar bien con todos, sueño, lo mismo que hacen los que disputan, que es todo lo que puedo hacer. Lo que sí sé es, que pienso durante el sueño con las ideas algo mas confusas, y nada mas.

Y eso que no soy sonámbulo, como aquel mozo que estando durmiendo en su cama á pierna suelta, se levantó de repente y siempre dormido, cojió pluma, papel y tinta, y compuso un sermon de tres bemoles; ni como aquella señora que se levantaba á media noche, en paños menores, y escribia versos ni mas ni ménos que si estuviera despierta; ni como un monigote que, dormido *como una piedra*, entraba en el cuarto del Cura y le robaba los Agnus Dei y las pesetas, y despues que las guardaba en el baul, se acostaba muy tranquilo, y al otro dia se figuraba que efectivamente eran suyas; ni soy, en fin, como todos esos sonámbulos que cantan y tocan la guitarra y representan comedias, y lloran, y comen y pelean, y hacen cuanto pudieran hacer á las doce del dia y con los ojos abiertos. El sonambulismo bien mirado, proporciona una ventaja sobre los demás hombres, porque así como aquellos guardas de la fábula dormian con un ojo y velaban con el otro, del mismo modo un sastre, por ejemplo, sonámbulo, que no concluya una casaca durante el tiempo que esté despierto, puede miéntras duerma ponerle las mangas y los botones y hasta aplancharla; lo mismo que puede un marido celoso hacer centinela alrededor de su tormento, sin dejar de dormir un instante.

Y apropósito de sonámbulos, yo tengo un amigo que lo es, y voy á referir lo que con él me sucedió. Cierta ocasion que habia yo ido al campo, con el objeto de gozar de los bienes de natura, como dicen los poetas, y de huir del calor y del bullicio de la ciudad, hospedéme en el cafetal de ese amigo que, franco y atento, me brindó todo cuando poseía, lo que rehusé porque no soy como D. Próspero Gorron que celebra

una prenda para que su dueño le diga : — " Está á la disposicion de Vd., " por política solamente, despues de lo cual la acepta con la frase consoladora de : — " Gracias, la guardaré como cosa tuya. "

El primer dia de mi estancia en el cafetal pasó como pasan todos los primeros dias, y por la noche, despues de jugar un rato el ajedrez, deseé una buena noche á la familia, como bien criado, y me retiré á mi cuarto, en el que habia dos camas, una para mi amigo y otra para mí. Yo, que no conocia sus *máculas*, me alegré de lo ocurrido, porque entre varias costumbres que practico ántes de dormir, una es la de conversar ó leer durante media hora. Acostámonos, y habiendo conversado un rato, quedó mi amigo dormido, con los ojos medio cerrados, los dientes *rechinando*, y roncando que era un primor. — Malo vá esto, dije yo, algo amostazado. Traté de despertarlo, pero sin que él conociera que lo hacía *ex-profeso*; ya escupia, ya tosia fuertemente, ya daba un recio golpe sobre la almohada, pero, nada, el ronquido seguia, y él no se daba por aludido. Cansado, en fin, de dar golpes sin obtener resultado alguno, determinéme á dormir, y cubriendo mis oidos con ámbas manos, pude conseguirlo, despues de un momento de lucha entre el cansancio y la actividad. Vagando estaba ya mi imaginacion por esferas desconocidas, é inmóvil mi cuerpo entre las garras del sueño, cuando el aire, que sin duda es un espía que Dios ha puesto fuera de nosotros para darnos aviso del peligro, condujo á mis oidos un estrépito de mil demonios; el tímpano que siempre está *á la que se te cayó*, dió el alerta al alma, la cual medio azorada puso todos mis miembros en movimiento, y desperté. Pero mi alma es muy prudente, y no dando crédito entero al oido, que algunas veces es chismoso y enredador, llamó en su auxilio á la vista, como recomiendan los filósofos, y mi alma, es decir, *yo*, abrí los ojos y ví. . . . á un fantasma medio desnudo delante

de mi cama que me miraba feroz, y que gritaba blandiendo un sable:

— Ya te cojí, pícaro, bribon, mal nacido, que ahora me pagarás lo que me debes.

Yo creí que mi amigo (pues lo reconocí) se habia vuelto loco, y de un salto me puse fuera de la cama, y tomando una silla, coloquéla delante de mí á guisa de escudo. Entónces se trabó entre los dos la lucha mas graciosa que se trabó nunca en el mundo. Repentinamente y en medio de los tajos y mandobles que tiraba al aire aquel nuevo D. Quijote, se me ocurrió que mi amigo podia ser sonámbulo, y haciendo memoria de un remedio que cierta vieja amiga mia me habia recomendado para casos semejantes, corrí á su cama (de mi amigo, por supuesto) puse junto á ella, en el suelo, un zapato boca-abajo (como si un zapato tuviera boca,) el cual remedio es infalible, segun la opinion de la vieja era infalible, pero en esta ocasion fué falible porque el sonámbulo no se despertó: cojí entónces el zapato y sobé con él á mi amigo en la boca, segun me habia enseñado otra vieja, pero, nada! O las viejas me habian engañado, ó se habian engañado ellas. Despues de luchar y sudar y gritar en vano, aproveché un momento en que mi amigo se hallaba fatigado, abrí la puerta, salí, volvíla á cerrar, y me senté en el suelo del *colgadizo* en un estado capaz de hacer sonrojarse á un marinero. Mi amigo encontrándose solo tuvo á bien acostarse tranquilamente.

Al siguiente dia le conté todo lo ocurrido durante la noche, y le rogué que miéntras yo estuviera allí me dejára dormir solo en el cuarto. Reímonos mucho de la ocurrencia, y mas tarde, haciéndole el cuento á una señora, me dijo que el sonámbulo no se habia despertado sin duda por no haber hecho yo ántes la señal de la cruz, que era preciso hacer primero dicha señal, rezar despues la oracion de San Benito y dar en seguida tres golpes en la boca de la persona á quien se quiere despertar, con la suela del zapato, diciendo al fin del

primer golpe "Jesus," al del segundo "María" y al del tercero "José," y que este era el mejor modo de espantar al diablo que se colaba en el cuerpo de los sonámbulos para hacer de las suyas.

Así lector, ten entendido que no me llevo bien con los sonámbulos y que no lo soy, desde luego. Sueño, sí, pero muy tranquilo en mi cama, sin dar que hacer á nadie, y sin temer que el dia ménos pensado por despertarme me rompan tres ó cuatro dientes.

Dice Calderon que la vida es sueño: no sé si será esto verdad, pero se ven unas cosas en el mundo, que lo mejor es figurararse uno que está durmiendo y echarse el alma á la espalda.

Y ya que de sueños hablo, voy á referir el que tuve noches pasadas.

Soñé que sin saber como, me encontraba en medio de una ciudad magnífica. Sus calles eran limpias y transitables, su cielo azul y sin nubes, y sus costumbres sencillas. En los edificios, en las tiendas, en los habitantes, en todo se veía la mano bienhechora de la industria, del progreso. Millares de carruages corrian en todas direcciones y los cocheros tenian vergüenza y eran bien educados; habia carretones y mulas para llevar los carretones y carretoneros para llevar las mulas, pero ni los carretones hacian ruido, ni las mulas se rendian bajo el peso de veinte quintales, ni los carretoneros pagaban cincuenta pesos de multa, diariamente: todos eran gente de muy buena crianza.

Me llamó la atencion no encontrar á esos jóvenes que se usan hoy, que se visten á la inglesa, y se peinan á la inglesa, y caminan á la inglesa, y comen á la inglesa, y duermen á la inglesa, y tienen perros á la inglesa, y dicen desatinos á la inglesa; á esos jóvenes que no trabajan y emplean las horas del dia en desacreditar las buenas reputaciones, y las de la noche en los cafées y en la *manigüita* y en la corrupcion.

Tampoco encontré á esas niñas bellas y vaporosas que á los trece años se saben de memoria el calendario de los amantes; que van al paseo, y al teatro y á los bailes medio desnudas, enseñando descaradamente lo que pudorosamente debian ocultar, que son dignas de lástima y de desprecio, que representan en el baile un papel tan triste y tan degradante, imprimiendo al cuerpo indecorosos movimientos y desgarrando el velo de la vergüenza y del pudor. Vi por el contrario órden y compostura donde quiera; los jóvenes eran hombres y las niñas eran mujeres; la instruccion, la amistad y las buenas maneras brillaban por todas partes, y la falsedad, la ambicion y la coquetería eran estrañas á aquella ciudad dichosa.

Pregunté si allí habia *Escauriza* para bailar el *chiquito abajo*, y *Hermitage* para cenar y pasar la noche en *rumbantelas*, y me contestaron, que en cuanto á *chiquito abajo* no sabian lo que significaban esas dos palabras; que allí habia Liceos en donde se representaban comedias para instruir y deleitar al pueblo; que en esos Liceos habia bibliotecas públicas y se enseñaban las artes y las ciencias á todo el que quisiera aprender. Y que con respecto al Hermitage, tampoco lo habia; que allí cada uno cenaba en su casa y nadie pasaba la noche en orgias, gastando su cuerpo y embruteciendo su espíritu.

Atónito estaba yo al ver á unos hombres pensar bien en pleno siglo XIX, en este siglo en que casi todos piensan mal y en que nadie lo hace como su vecino.

Recorrí las calles y las plazas, que podian ser recorridas á pié despues de caer una lluvia abundante, porque estaban bien adoquinadas y niveladas y no tenian basuras ni inmundicias. Los letreros de los establecimientos no eran desatinos, y á nadie se pedia por los efectos mas que lo justo. En un edificio espacioso y en el cual podía penetrar todo el que quisiese, noté que muchas personas estaban reunidas, y casi todas me parecian jornaleros y artesanos. Aquello, segun me

informaron era una esposicion ó feria que se celebraba anualmente en las ciudades y en la cual se admitian todos los productos del talento, del trabajo y de la paciencia del hombre. Yo no quise creer que aquello era una feria, porquo no ví allí ni juego de lotería, ni *banca fallusta*, ni los dados, ni la perinola, ni el gallo, ni oia aquello de "meter, meter, el que mete saca, con su medio cinco medios, con su peso cinco pesos, cen su onza cinco onzas," ni lo de "¿quién vá un escudo al ambo?" y otras frases semejantes. Solo ví telas y sombreros y animales y objetos de platería y de carpintería y de herrería y otras cosas. Pero me dijeron que efectivamente aquello se llamaba féria, y yo entónces comprendí que era un ignorante, porque no sabia lo que era una féria.

Pregunté si allí habia abogados para defender y escribanos para dar fé, y me contestaron que cada uno se defendia por sí solo, y que escribanos no lo necesitaban porque todos decian verdad, y era inútil que otro diera fé.

Habiendo mostrado asombro por no ver en las esquinas muchachos sucios y andrajosos jugando á los *caracoles* ó al *picado* ó pintando en las paredes letreros indecentes, y por no ver tampoco pordioseros que caminan en cuatro piés, ni mujeres infelices pidiendo limosna, ni muchachitas en *chancletas* aprendiendo la profesion de fé de boca del mismo *bodeguero*; habiendo mostrado asombro, repito, me dijo uno que en la ciudad habia escuelas para los niños pobres, que eran obligados á asistir á ellas, y talleres en que las mujeres infelices encontraban trabajo, y en que los imposibilitados tenian un asilo en donde encontraban alimento y cuidado, y en donde podian morir sin las angustias del hambre y de la necesidad.

Pregunté si conocian la ópera, y me respondieron que sí, que estaba entre sus favoritas diversiones porque eran bien desempeñadas, y además costaba poco la entrada al teatro.

Fuí á los mercados y todo era aseo, abundancia y baratez,

y noté que en ningun establecimiento se cobraba un real por cambiar un escudo.

Habiendo preguntado si tenian usureros, me respondieron que no me entendian; espliquéles que los usureros eran unos pájaros de mal agüero que se introducian furtivamente en las chozas de los pobres, y les brindaban dinero siempre que despues le pagaran el doble. Dijéronme entónces que nunca los habian tenido y que ellos poseian escopetas para espantar esos pájaros.

Embebido estaba contemplando un edificio llamado Museo, cuando sentí un estremecimiento en todo el cuerpo y oí una voz suave que me decía:

— Son las seis, hijo, despierta para que vayas á la clase.

Miré entónces, y ví á mi madre que siempre cuidadosa y llena de cariño habia turbado mi sueño. Luchando aun con las impresiones de la vision me figuraba estar todavía en la ciudad feliz; pero la voz *clase* me despertó completamente y empecé á vestirme para luchar con la realidad y con el código penal y con Gomez de la Serna, y con el Cavalario y con Heineccio.

Dulce fué el sueño, que como vision, desapareció á los primeros rayos del sol. Pensativo quedé con su recuerdo, y al dirijirme á la Universidad, miéntras observaba la Habana, me puse triste. De allí á poco entraba yo en la cátedra murmurando entre dientes con Milanés en el conde Alarcos:

Y despierto y no es verdad.
Maldiga Dios tan buen sueño!

A CIRIACO.

CARTA TERCERA.

Mi querido Ciriaco: tantas veces vá el cántaro á la fuente hasta que por fin se rompe, y tantas *posiciones* hé de ofrecerte que al fin y al cabo tendrás que decidirte por alguna. Ni quiero ser abogado-taco ni médico-brutópata, dices: lo primero, porque puedo chuparme cuatro años de presidio, cuando miren con anteojos la manchas al sol de mi justicia; lo segundo porque á fuerza de matar gente, cuando ménos lo necesite, puede matarme á mí un aire colado de policía, y porque bien mirado, aunque poco siempre hay que estudiar algo, siquiera sea para saber buscar las leyes ó para conocer los nombres de los remedios. Esto dices: y si en lo que dices tienes ó no razon, yo no lo sé, ni te lo diría aunque lo supiera; y puesto que ni *abogado-taco* quieres ser, ni *médico-brutópata,* me lavo las manos, cojo el pincel y te pinto otro: este otro es *el boticario.*

Pero dirás tú: si no quiero ser abogado, ni médico, ¿cómo voy á querer ser boticario? Vuelvo á lavarme las manos, no porque no las tenga limpias, sino por lo de Pilatos, y comienzo mi pintura sin andar al morro con los que gusten de disputas, pues no es mi obligacion preferir carreras, sino pintarlas todas, porque todas las conozcas; sin contar con que el boticario como otro cualquiera, puede tener *posicion,* que eso no consiste sino en saber el secreto de las *posiciones.*

Los boticarios pertenecen á dos clases, es á saber: *los boticarios-químicos* y *los boticarios-cocineros.* Los boticarios-químicos son los que saben, pero como para saber, se necesita estudiar, seguro estoy de que tú no deseas ser de esta partida. Los boticarios-cocineros, á los cuales pertenecerás, si te decides por la botica, nunca fueron al colegio y si fueron, malditos si sacaron nada de él, ántes él sacó de ellos algo, que fué el dinero.

Tú eres jovencito, pues, y no sabes nada; por lo cual te encuentras en aptitud de ser boticario-cocinero, que es como si dijéramos, galopin de botica; y por si te gusta ello, voy á poner ante tu vista la vida de este mozo, desde la infancia, pues tú sabes, y como tú todo el mundo que el boticario no nace sino se hace, aunque no deja de haber quien diga que hay hombres que vienen al mundo *ex-profeso* para ser boticarios: de los cocineros hablo. Oye, pues, como se hacian estos bichos, allá por los años de 1842, segun decia en su artículo titulado: *Vaya ese emplasto, señores boticarios*, el escritor de costumbres José Victoriano Betancourt, mi padre, el cual me permitirá copiar cosas suyas, siquiera sea en gracia de la etiqueta, pues como nos tratamos ahora en público, fuerza es andar con políticas y con cortesanías y con urbanidades. Hé aquí lo que de ellos hablaba el citado escritor:

"El boticario, lectores mios (en buena hora lo diga, y el diablo sea sordo) es un animal racional hecho y derecho: su mision sobre la tierra es hacer cocimientos y emplastos, que vienen á ser en resúmen todas las operaciones farmacéuticas. Ha de saber química y botánica: algunos han cursado estas ciencias; pero hay muchísimos que de la botánica solo conocen la *bota*, y de la química ni la *Q*.

"Nace el boticario cabezon y pelon como nacemos todos, y hasta los once años, nadie puede adivinar que es un embrion de boticario, el rapaz que se vé jugando un papalote.

"A esta edad por lo comun, pónenlo en una botica para

que aprenda prácticamente, lo que debian enseñarle en las clases: los primeros ensayos del mancebico son hacer desaparecer, como por ensalmo caramelos y trocitos de palos orosuz, hasta que la abundancia de esas golosinas, tan apetecidas por los muchachos, le causa hastío, porque es condicion de la humana naturaleza aburrirse de lo que á mano tiene, y andar tras de lo que es trabajoso de alcanzar.

"El primer dia que llega mi aprendiz á la botica, le ponen en las manos un librote de tres arrobas, que se llama *Farmacopea*, la cual está escrita en bárbaro latin, que ha de leer el neófito sin estudiar el idioma; luego que le dice el boticario que allí es donde debe aprender á *cocinar* las medicinas, lo lleva á la *rebotica*, y lo pone á moler semillas de higuereta en un mortero de bronce, cuya *mano* pesa dos quintales: el aprendiz suda por un año, queda descoyuntado por un mes, y se duerme á la oracion para no despertar hasta rayar el alba, que le llama el boticario ó el mancebo principal para que sacuda los pomos, el mostrador etc. Al mes de estar moliendo semillas de higuereta, asciende por rigurosa escala á hacer jarabe simple, empleo mas dulce para él, porque se la pasa comiendo azúcar durante la operacion. Asi que está bien instruido en el arte de hacer jarabes, lo pone á hacer ungüentos, y luego que ha progresado lo suficiente en el arte de la *faldela* sube un escalon mas, y va al mostrador á aprender lo mas interesante del arte, esto es, á confeccionar los brebajes.

"A los tres ó cuatro años es un portento boticario, tan adelantado, que con los ojos cerrados distinguirá por solo el tacto, el magüey del espino, y una hoja de col de otra de calabaza: ¡ya se vé, la práctica!

"Despues que haya rayado á tal punto de instruccion, sale para el campo, y pone su botica, con poco capital, porque no se necesita mucho dinero para un establecimiento de estos en el campo: un pozo, un saco de raspadura, un haz de malvas, un fuelle, un almirez, ocho ó diez chinas pelonas pulverizadas

y distribuidas en quince ó veinte pomos cada uno con su rótulo en un pedacito de papel, y ya está la botica."

De esto modo se hacian, querido Ciriaco, los boticarios, cuando tales cosas contaba el escritor á que me refiero. Hoy por hoy (frase muy en moda) resulta lo mismo, con la diferencia de que en vez de irte al campo, puedes venir á la Habana, y hacer lo que en el campo hacian los otros; sin perjuicio de que estudies farmacia en la Universidad que te dé la gana, en cuyo caso no te olvidarás de aquello que dos ocasiones te he dicho sobre los memoriales y las súplicas y las genuflexiones, que estos son elementos tan necesarios como el oxígeno y el carbono.

Puesta ya la botica, lo primero que harás en abriéndola, será igualarte con un médico: y sobre el que elijas nada te digo, porque él vendrá á tu tienda, y en viniendo, simpatizarás con él y conocerás tú que él es de los tuyos, y él que tú eres de los suyos, pues probado está que no tienen mas que verse un médico y boticario, para entenderse.

De los precios, no se hable: nunca están bien pagados los boticarios, pues ellos, juntamente con los médicos, son los salvadores de la humanidad. Solo te digo que no le fies á nadie porque nadie es de fiar, y si el enfermo no puede pagar al contado que se muera, que tú tambien tienes que morirte, y *que haya un cadáver mas ¿ que importa al mundo?*

Hazte amigo de un bodeguero, y sorpréndele el secreto de *juntar*, que cobrando tu trabajo á peso de oro, no fiando, igualándote con un médico, comprando medicinas baratas, aunque sean malas, no gastando el dinero sino en lo puramente indispensable, y *juntando*, podrás obtener, no la eterna bienaventuranza sino la bienaventurada *posicion*, que es á lo que tú aspiras, y como tú mas de cuatro pasteleros en este mundo de mis pecados.

Reflexiona, y hasta el domingo.

BAILE DE MASCARAS.

Aturdido por los ruidosos acordes de las orquestas, y mareado por los movimientos de la poblacion toda, vengo á hablar hoy con aquellos que hayan tenido la dicha de conservar sanos sus sentidos durante los últimos dias de diversion. Porque la verdad es que hemos pasado por la canícula del desenfreno, por el equinocio de la licencia, por el Golfo de las Yeguas de la locura. El Carnaval que pudo muy bien no haber nacido nunca, y que siempre fué un abuso y una ridiculez, ha llegado á ser un pretesto en los jóvenes para bailar, en los libertinos para seducir, en los viejos para perder el juicio, y en todos para dar broma ó sea *embromar* al género humano. Lo bueno que el Carnaval haya producido, no lo conozco; lo malo ¿quién lo ignora? Y puesto que todo el mundo tiene el derecho de hacer locuras en estos tiempos, perdónenseme las que pueda hacer yo, en gracia del contajio de la enfermedad.

Locuras dije, y me ratifico; porque si locos veo en los infelices que están encerrados en Mazorra, mas locos me parecen los que sin un objeto laudable, se pintan y se transforman, y corren, y bailan, y gritan, como si tuvieran el diablo metido en el cuerpo. Y no á humo de pajas aventuro esta opi-

nion. Cuéntase de un turco, que preguntado sobre lo que habia visto en sus viajes por Venecia, contestó, haciendo referencia al Carnaval: — En esta poblacion se vuelven locos casi todos los habitantes durante ciertos dias: corren por las calles con el rostro cubierto y vestidos con ropas estravagantes. Cambian el modo de hablar, dan alaridos desesperados, y llega á tal punto el estravío de su razon, que se ven obligados á untarse ceniza en la frente al cuarto dia, con lo cual consiguen que les vuelva el juicio, y pueden entónces dedicarse á sus quehaceres.

Ello verso no será,
Pero verdad si que es;

y tan verdad; que todo el que tenga ojos puede ver, y todo el que tenga oidos puede oir las cosas que se hacen y se dicen en los dias de las Carnes-tolendas.

Entre nosotros, lo mismo que en el viejo mundo, el Carnaval campa por sus respetos. Ayer habia tres dias de Carnes-tolendas; despues venia la *Piñata,* en seguida la *Vieja,* y por último la *Sardina*; hoy no hay *Sardina* ni *Vieja,* pero hay Piñata y tres dias de Carnes-tolendas, y váyase lo uno por lo otro. Ayer se disfrazaba la gente para dar broma y bailar; hoy se disfraza para bailar y dar broma. Ayer la *Piñata* era una cazuela colgada del techo, y el que aspiraba á ella, tenia que andar por toda la sala con los ojos vendados y con un garrote en la mano, hasta que le daba un toletazo; hoy la Piñata es una figura de losa ó una vaca de carne, que se rifa entre los que paguen su dinero, por cuyo medio se consigue protejer el arte de hacer figuras de loza, y fomentar la cria de ganado vacuno. Ayer el Carnaval era bendecido; hoy es adorado. *Mutatis mutandis,* ayer es hoy.

Así como no se concibe el Carnaval sin las máscaras, no se conciben las máscaras sin el baile. De cada cien individuos

que se disfrazan, noventa lo hacen para bailar; como si el que baila desvergonzadamente, ganara algo con cubrirse la cara. Carnaval, suple baile; es decir, que por lo malo se calla lo peor.

El baile, puñal agudo que penetra en el corazon y hace salir las lágrimas á los ojos, para llorar lágrimas de sangre; abismo cubierto de rosas por donde corre la muchacha sin ver que resbala, y se hunde, y desaparece; mónstruo que con la flauta atrae al jóven, y lo estrecha entre sus garras, y lo aprieta, y lo ahoga, y lo mata, el baile es la tumba de la inocencia, el sepulcro del honor, el panteon de la moralidad.

En los dias que no son de máscaras, yo he visto á la niña inocente y tímida lanzarse en brazos de su amante, al través de una atmósfera emponzoñada, aspirando el corrompido aliento de la materia, entregando al placer impuro su vírgen corazon, y deshojando, frenética, las bellísimas flores de su alma; yo he visto al jóven volar ébrio de amor en pos de una sombra engañadora, rasgando delirante su túnica viril, desoyendo los gritos de la patria, y manchando con la impureza á la mujer que es su hermana, que es su esposa, que es su madre; yo he visto á la juventud, tan fuerte, tan generosa; yo he visto á la esperanza del universo, correr desatada como un torrente, y lanzarse ciega en el abismo de la corrupcion. Y el alma se há nublado, y el corazon se ha entristecido, y yo he llorado sobre la tumba de la juventud.

A esto agregad la careta. Un baile de máscaras es un delito con una circunstancia agravante. Sabeis lo que es un baile de máscara? Figuraos el huracan que se desencadena, trayendo por delante la alegría, el placer, la felicidad; pero dejando en pos de sí un rastro destructor de hastío, de desengaño. Imajinaos sombras de otros tiempos que hablan, cantan, se rien, lloran, se visten y se desnudan, gritan y se callan, y son arrastrados por el torbellino. Despues el jóven,

que se viste de mujer; la niña que se viste de hombre; el viejo, que se disfraza de muchacho; el muchacho que se disfraza de viejo. Y luego unos que relinchan como el caballo, otros que embisten como el toro, estos que tienen la cara de mono, aquellos que salen con las orejas de asnos. Porque quieren parecer varones los que son mujeres; quieren parecer mujeres los que son varones; no quieren parecer hombres los que son hombres.

¿Qué música es esa, infernal, al mismo tiempo que deliciosa, que llena los aires, enerva los sentidos, y penetra hasta las médulas de los huesos? ¿Qué sombras son esas, pálidas, al mismo tiempo que encendidas, que van y vienen, y dan vueltas, y se disfrazan, y parecen diablos bailando una danza infernal? ¿Qué fiesta es esa? Es la fiesta de Momo, que se casa con Vénus; es la fiesta de Satanás, que se casa con la Bruja; es la fiesta de la locura que se casa con la corrupcion.

El baile ayuda á la máscara, y la máscara ayuda al baile: tal para cual. La máscara es loca, el baile es inmoral; la máscara quita el juicio, el baile hace perder el pudor. Mezclad el descaro con la demencia; unid un cerebro desorganizado á un corazon gastado; amalgamad el baile, esto es, la corrupcion, con la máscara, es decir, la locura, y tendreis un baile de máscaras.

Despues, seguid bailando.

Bueno es que la gente se divierta, y mejor será lo que se dice de que las penas se distraen con la diversion; pero juzgo que si estuviéramos bailando todo el año para olvidar los dolores, bueno andaría el mundo. Que este mundo es un valle de lágrimas, lo sé; pero tambien aprendí, que no está el mérito en olvidar las penas, sino en vencer los elementos que se oponen á nuestra felicidad. Divertirse para olvidar viene á ser lo mismo que confesarse vencido; tenerle miedo al destino. ¿Qué habría sido de Roma, si Mucio Scévola, en vez de

volar al socorro de la patria espirante, y haber aterrado con su valor á Porsena, se hubiera embriagado para olvidar los infortunios de su querida Roma? ¿Qué habria sido de Aténas, si Miltiades, en lugar de fulminar los rayos de la guerra contra Dario, se hubiera puesto á danzar con las vacantes para olvidar las desgracias de su amada Aténas? ¿Qué habria sido de Esparta, si Arquidamo, el vencedor en la *batalla sin lágrimas*, en vez de atacar la traicion de Sicomedes, se hubiera entregado á los desórdenes del amor para olvidar las desventuras de su adorada Esparta? ¿Qué habria sido de los hombres, qué habría sido de los pueblos, qué habria sido de los mundos, si los mundos y los pueblos y los hombres hubieran vencido el dolor, ahogando las lágrimas entre el placer y la danza y la risa y el amor? Los que oigan latir en su pecho un corazon noble, los que sientan arder en su cerebro un alma inmortal; los que contemplen la sociedad en el presente y se atrevan á adivinar lo porvenir, vengan y digan que conviene reir para olvidar, vengan y esclamen que conviene bailar para vivir.

Es verdad que el sol de los trópicos abrasa el corazon, inflama la cabeza, hace hervir la sangre en las venas; pero ¿qué es la razon? qué la voluntad? ¿qué la conciencia? La razon juzga, la voluntad obra, la conciencia se arrepiente: hé aquí el hombre. La razon se oscurece, el instinto manda, la conciencia huye: hé aquí el bruto. El que deja que la materia venza al espíritu, que el instinto venza á la inteligencia, que el bruto venza al hombre; qué bien hace á la patria? ¿qué amor tiene á los hombres? ¿qué leccion dá á la humanidad?

Dice alguien que miéntras el sol abrase, y suene la música, y un corazon palpite en el seno de Cuba, la supresion del baile es imposible. ¡Imposible! Cuando el gas corre por las entrañas de la tierra, y el vapor sube al través de la atmósfera, y la electricidad vuela por las profundidades del Oceano,

cuando el niño sale, luchando, de la miseria, y el hombre, luchando, ahuyenta la ignorancia, y luchando, la mujer se emancipa de la prostitucion; cuando la idea nueva brilla en las aulas, como el sol que empieza á salir, retumba en la tribuna como el trueno del Apocalípsis, y se lanza impetuosa al espacio en alas de ese gigantesco Mercurio que se llama el periodismo; cuando millares de hombres y millares de castas y millares de generaciones, despues de haber estado sufriendo por una eternidad y por una eternidad trabajando, depositan un tesoro de lágrimas y de sufrimientos á las plantas del siglo XIX; cuando el siglo XIX, esa personificacion del trabajo, ese Vulcano de la humanidad, enciende las fraguas con el soplo de la civilizacion, deja caer el martillo con la fuerza del entusiasmo, y venciendo al tiempo y al espacio y á la naturaleza, venga los sufrimientos y las lágrimas de los pasados siglos, y en ménos de un dia, reconstruye el universo entero; cuando todo lo bueno se alza triunfante; cuando todo lo malo cae hecho pedazos ¿eterno ha de vivir el baile? Los que tengan hermanas, contesten; los que tengan hijas respondan; los que tengan patria decidan.

El presente es un segundo; el porvenir es una eternidad. Aspirar es respirar, dijo La Luz. Por eso los hombres del presente que no aspiran, viven un dia, una hora, un segundo, nada: no viven; porque el que no aspira no respira; y así como el aire que se respira es la vida para el corazon, así el mañana á que se aspira es la vida para el alma. Ellos no viven: son los fuegos fatuos, que nacen de la putrefaccion de los cementerios; son los muertos, que andan por el mundo, son los siglos pasados, que vienen á turbar el reposo del siglo XIX.

Mirad. Una sombra ha pasado por delante de nuestros ojos. Es una nube blanca, un ángel, todo espíritu, una mujer pura. Mujer pura, mujer pura, ¿dónde vas? tú, tan hermosa, tú, tan inocente. Vas á la fiesta? Detente.... Pasó.

P. m. -

A CIRIACO.

CARTA CUARTA.

Mi querido Ciriaco: bien dice la gente, que no se tomó á Zamora en una hora; y contigo mas que con nadie, es esto verdad, pues ó no me entiendes, si me esplico, ó me entiendes, y entónces eres mas difícil de tragar que un usurero. Digo esto, porque son tres ya las cartas que te he escrito aconsejándote sobre el modo que tienes de pescar una *posicion*, y tú te haces el sueco, y en dimes y diretes me estás haciendo gastar el tiempo, y lo que es mas, el papel, ahora precisamente que *time is money* y que el trapo para escribir está por un sentido.

Ni á abogado-taco, ni á médico-brutópata, ni á boticario-cocinero aspiras; y esto me va dando mala espina, pues barrunto que lo que deseas es la *posicion horizontal*; quiero decir, que anhelas ser administrador de tus rentas. No sería la cosa mala, Ciriaco, si hubiera lo de las rentas, pero ya pasó el tiempo del maná y las rentas no caen ahora del cielo.

¿Sabes tú, pedazo de piedra, lo que es un Doctor *in utroque*? ¿Ignoras lo que puede un Facultativo *mortis causa*? Se te ocultan las ventajas de un Licenciado *cocinero*? Ay! Ciriaco, ó yo soy un zote, ó júrote que llevas mal camino.

Antes de todo has de saber que por aquí el que no estudia para abogado, estudia para médico, y si no para boticario, y si ninguna de las tres *cosas* quiere ser, se mete á comerciante, y aquí paz y despues gloria.

Tres escalas hay para llegar á comerciantes, es á saber: los bodegueros, los almacenistas y los hacendados, vulgo amos de ingenio; pero allá llegarémos, si Dios no mejora sus obras. Napoleon fué primero soldado, despues cabo, y siguió asi trepando hasta que se subió sobre la Francia ¿qué tiene de particular que tú empieces por ser bodeguero, asciendas á almacenista, y llegues á sentarte en el banco de los hacendados?

Supuesto que tú lo que deseas es *la posicion*, he procurado pintarte el lado malo de los individuos, objeto de mis anteriores cartas; y cuenta que en esta seguiré el mismo método, que es como si dijéramos el método antiguo, con mas razon cuando la posicion lleva el calificativo de horizontal.

Por estos trigos existen dos modos de ser comerciantes: estudiando y sin estudiar: lo primero trae gastos y tiempo perdido; lo segundo es mucho mas cómodo y se gana con ello mas pronto. Yo supongo que tú escojerás el segundo.

De esta segunda clase, quiero decir, de los que son comerciantes sin estudiar, hay que tengan conciencia y que no la tengan; y escusado me parece preguntarte tu opinion sobre este particular.

Para que mejor me comprendas te referiré la historia del que es hoy señor don Francisco Mete-cinco y Saca-seis, tipo del hombre que sin hacer los estudios del comercio, y sin saber de la misa la media, empezó por *bodeguero*, subió á *almacenista* y concluyó siendo *hacendado*. Hablo por supuesto de los bodegueros, almacenistas y hacendados de mala ley; no de los honrados, que son muchos por fortuna.

Pues, señor, érase que se era un tal Paco, que llegó aquí de su pueblo, lo mismo que llegarás tú de la Mocha, con los

piés en el suelo, como quien dice: ropa, Dios la dé, y en cuanto á la lectura, escritura y cuentas, no se hable. Hoy aquí, mañana allí, estuvo de este modo algunos años comiéndole la sopa boba á los amigos, hasta que Dios se la deparó buena, y entró de dependiente en un establecimiento de comercio, llámese bodega. Y como no era mas que dependiente dieron en llamarle Paco á secas.

Paco, pues, y asi lo llamaré por ahora, se quedó sin medias como estaba, se dejó el pelo *parado*, como ántes y se colocó detrás del mostrador, dispuesto á seguir la *carrera del comercio :* él como tú, iba tras una *posicion.*

Miéntras fué dependiente, tuvo ocasion de aprender el arte del bien ganar, y ya en el secreto, empezó por tragarse al amo de la tienda. Cuartillo á cuartillo y medio á medio, barriga vacia y ropa sucia, se fué haciendo hombre de posibles, y aunque es verdad que algunos domingos se decidia á ir á los caballitos, tambien es cierto, que siempre le pagaron la entrada, y y por esto es digno de elogio. Bacalao con pan por la mañana, y pan con bacalao por la tarde, era lo que comia. Ropa limpia casi nunca se puso, por no tenerla, no por falta de aseo, porque eso si, como vivia cerca de la playa, y en las pocetas de la Punta no se cobra, se aprovechaba de la ocasion y se bañaba todos los dias de San Juan, para no criar bicho. Quitábale á la negra dos libras en cada arroba de manteca, al negro un cuartillo en cada real de aguardiente, y asi con todos *ahorrando* para el amo *ahorraba* para él; y una noche que el amo habia salido, se puso á contar lo ganado, lo cojido y lo ahorrado y se encontró con que podia ya ser bodeguero, y subir el primer escalon de la carrera de los comerciantes que no estudian.

Dueño ya de un tesoro, cojió sus monedas, las guardó en una media que le habia prestado un amigo, y despues de hacer mil cálculos y castillos en el aire, alquiló un cuartico en una esquina, y como ya era esperimentado en eso de las ave-

rías, pudo arreglar una bodeguita, como manda Dios. Colocado en un barrio de pobres, se hizo rico; á nadie fió, y que quieras que no quieras, todos tenian que ir á morir á la bodega de D. Pancho; porque has de saber que desde que fué amo dejó de llamarse Paco, y Pancho decíanle con el Don. Entónces *se puso medias*, comia arroz y pan con el bacalao, y algunos dias, carne, pero no todos, porque para él todos eran dia de guardar; se compró una levita de alpaca, unos botines, y un reloj de plata de *peltre;* vestíase mas á menudo, lavábase algo, y se peinaba cuando salia á la calle, lo cual por otra parte no resultaba casi nunca.

Estando así, volvió otra noche á contar lo ganado, lo cojido y lo ahorrado, y se encontró con que podía ser almacenista. Para solemnizar el acontecimiento, fué al teatro.

No te diré lo que hizo para poner su almacen; pero se sabe que lo puso, y que entónces empezó la suya. Hízose ántes que, todo hombre político, aunque no sabia lo que era eso, pero como oia hablar, hablaba él tambien y todo es hablar.

Y no tiró piedras á la luna, porque empezaron á llamarlo Sr. D. Francisco, que no Paco ni Pancho, y como compró un coche y se puso bomba y usó casaca, lo tenian todos en palmas, y él estaba que no cabia en sí de puro gozo....

Aquí empieza lo bueno. Cinco veces fué propuesto para consejal y padre de la patria, y en las cinco veces se llevó la breva, desempeñándola como Quevedo *que ni sube ni baja ni se está quedo*, es decir, que en todo el tiempo de su paternidad, no dijo esta boca es mia, y cuando la abrió fué para decir que él estaba por lo que los otros decidieran. Con esto se daba tono de prudente y fama de sabio, porque sabido es que los que mas hablan son los que ménos saben, y que en boca cerrada no entran moscas.

Tuviéronle todos por hombre de empuje, y se dejaron empujar por él, porque al fin y al cabo los empujaba con dinero, que es el mejor empujar. Para ser bien empujados, se

abrieron todos los salones, se quitaron todos los sombreros, se quebraban todas las cinturas, y él feliz, grande, heróico, pasaba por entre las filas de sus admiradores, dejando caer sonrisas y saludos que venian á ser doblones y onzas para los corazones de sus cortesanos.

Tanto visitó y tanto vió mujeres, que una noche estando solo en su cuarto, llamó el dinero á capítulo, volvió á contar lo ganado, lo cojido y lo ahorrado, y asi como la primera vez se encontró con que podia ser *bodeguero*, y la segunda *almacenista*, la tercera vió con dolor que no llegaría á ser *hacendado*, si no encontraba un apoyo. Pensó en ello y á vueltas de tres visitas, encontró el deseado apoyo, que no fué otro sino una linda niña quinceña, tan linda como vacía de cabeza, y tan vacía de cabeza, como metalizada.

Era esta tal una estátua rica de caja y de cuerpo, pero no de alma; quiero decir, que tenia dientes de perlas, labios de coral, ojos de azabache, pelo de oro, manos de plata, y no le faltaban mas que veinticinco mil pesos para completar el millon. A tan buenas cualidades unia la de no saber casi escribir y como era toda de piedras y metales preciosos, por aquello de las perlas y los corales, &c., justo es que tuviera tambien el corazon metalizado. Y tan lo tenia, que aun ántes que D. Francisco pensara en ella, ella pensó en D. Francisco y no por amor puro y desinteresado, sino porque todos creian que él era millonario.

Pensando, pues, mi D. Francisco en estas cosas, cayó en la tentacion, como dije ántes, y no sabiendo enamorar se valió de un amigo para que le sacara del apuro. El amigo tuvo una conferencia con la muchacha, y en un decir Jesus, quedó arreglado el negocio, despues de consultar la voluntad del papá, que vió los cielos abiertos, como suele decirse. El cura se encargó de lo demás, y mi hombre fué hacendado, y no se llamó Paco ni Pancho, ni don Francisco, sino Sr. de Metecinco y Saca-seis.

Entónces si fué la cosa grande: hacendado quiere decir amo de ingenio, y amo de ingenio, sabes tú lo que significa; el cuero prieto hizo el gasto y la fortuna fué creciendo fabulosamente.

Dueño ya de su hacienda, y millonario y señor de gentes, llovíéronle amigos que le sostenian el baston cuando se estaba vistiendo, amigos que le limpiaban la levita, amigos que se reian de sus gracias, amigos que lo contemplaban con la boca abierta, cuando hablaba, y hasta amigos que le enamoraban la mujer, que nunca falta un Judas en una cena de pascuas; pero ni él tenia tiempo para velar á su mujer, ni aunque le tuviera, habria hecho caso de esas boberías.

Si cuando almacenista le hicieran consejal, cuando hacendado le hubieran hecho comisionado; pero era ya tarde cuando apareció mi héroe. Esto no quita que sea hoy todo un señor don Francisco Mete-cinco y Saca-seis, ex-consejal, miembro de varias sociedades científicas, artísticas y literarias, y otros cosas mas que no quiero decirte, pero todas cosas de campanillas.

Por un olvido involuntario (como si hubiera olvidos voluntarios) no te dije que mi hombre se habia cruzado; pero casi no tuve que decírtelo, pues tú sabes que lo primero que se hace en pudiendo, es lo de la cruz, y el diablo por todo.

Hoy tiene don Francisco Mete-cinco y Saca-seis tres coches, cuatro ingenios y dos millones; y aunque muchos bodegueros y almacenistas honrados le daban ejemplo, él no los vió, y como buscaba la *posicion*, la obtuvo.

Conque quieres ser comerciante Ciriaco? Pues estudia, hijo, lo que en esta carta te llevo dicho de los que no se ocupan mas que del bien particular, y contesta. Hasta el domingo.

LA HABANA.

DE 1810 A 1840.

A MI AMIGO ANTONIO ZAMBRANA Y VAZQUEZ.

Donde ménos se piensa, salta la liebre, anda diciendo el vulgo hace qué sé yo cuantos años, y tal verdad encierra esto, que de seguida voy á probarlo, y va el lector á quedar convencido. Es el caso que larga pieza de tiempo túvome sin sosiego el hambre de escribir un artículo sobre las costumbres de esta bendita ciudad, allá por la época en que eran mozos los padres de los que hoy son jóvenes; empero, como yo me cuento entre los últimos, es decir, entre los muchachos, y no hube ocasion de ser testigo de vista de lo que entónces tenia lugar, hé aquí el por qué de mis correrias por esos mundos, en busca de viejos y de viejas, que se prestaran á hacerme relacion de las cosas de la Habana, en la época á que me refiero. Ni se crea que en mi vuelo observador haya pretendido remontarme al siglo pasado; ántes lo que me viene en apetito es el tiempo trascurrido desde el año diez al cuarenta, y á estas tres décadas han estado siempre dirijidos los espejuelos de mi observacion.

Empujado, pues, por la mania de sacar trapillos al aire, y ganoso de poner cosas viejas á la clara luz del sol, dime en

trabar amistad con las *antigüedades*, prefiriendo, por supuesto, á las hembras, pues no se me olvida que las mujeres todo lo recuerdan, y lo cuentan todo. Entre estas tengo por amiga á una solterona, que jamás quiso ilustrarme en materia de *antigüedades*, porque aunque yo juraba que era de cincuenta para arriba, ella nunca se dió por aludida, y contestábame, que puesto que era *del dia*, ignoraba el contenido de la pregunta. Cien veces volvia á la carga, y cien veces era rechazado, y tanto se defendió el enemigo, que ni esperanza me quedaba de que ella confesase la demanda, hasta que una noche....

Una noche estábame de visita en la casa de mi perseguida solterona, que por mas señas se llamaba *Mónica*, y hablábamos del frio, del calor, de las personas que pasaban, de todo, en fin, lo que la gente conversa, cuando no tiene de qué conversar; y ya me iba yo durmiendo de puro fastidio, cuando de repente vimos entrar á una señora, que con los brazos en cruz y la cara llena de risa, se dirijia hácia donde estaba *Mónica*. Miróla Mónica, examinóla, y:

—Mateita!

—Mónica!

dijeron ámbas, volviendo á abrazarse despues de luengos años de separacion, en que cada una habia andado por su camino. Abrazáronse, como digo, besáronse, volvieron á abrazarse, y se arrellanaron en sus sillones, haciendo abstraccion completa de mi personalidad, y comenzando á charlar alegremente, como si nada tuvieran que esconder, inclusa la edad.

Yo estaba en mis glorias, no solo viendo llegado el momento en que se iban á realizar mis sueños, si que tambien al contemplar el cuadro peregrino que se presentaba á mi vista. Juntas las dos ofrecian gran placer al observador. Era la Mónica una jamona de muy buenas carnes, alta de cuerpo, y de piel fresca y conservada. Canas, no las tenia, no por falta de asistencia á su tiempo debido, sino porque como venian

disfrazadas de negro, no las hubiera visto ni el que vió la lluvia de estrellas, de graciosa memoria. La leche cutánea se habia hecho cargo de las arrugas, y de la cintura el corsé. Peinaba á la moda; á la moda vestia, y aunque por la mañana representaba tener cuarenta años y por la noche treinta, en la iglesia de la Salud la fé de bautismo rezaba cincuenta; y por mas que se untaba cascarilla para aparecer blanca, y pomadas para aparecer jóven, no era jóven blanca, sino vieja verde. De Mateita no podia decirse la misma cosa: arrugada como chaqueta de muchacho; mas encorvada que arbolillo bajo el peso del huracan, y carcomida, maltratada, hecha trizas por la polilla del tiempo, podia pasar por madre de Mónica, aunque ámbas eran contemporáneas. Un tuniquito de olan, tan corto que dejaba ver sus piés calzados con zapatos de dril negro y una manteleta á la antigua cubrian aquel cuerpo hoy tan desprovisto de encantos, y que ayer habia hecho suspirar á mas de un mozo barbilampiño, que se moria por sus pedazos. Era un gorro de dormir del año 12 perdido entre los papeles de un estudiante del año 66; una momia de Egipto caminando en pleno siglo XIX. Mónica y Mateita parecian dos soldados que vuelven de la guerra, vencedor el uno y vencido el otro. Y así era en efecto: porque Mónica habia sabido vencer el tiempo y el tiempo habia vencido á Mateita. Mateita no tenia dientes; Mónica los enseñaba postizos: Mateita no se cuidaba, porque era casada y tenia ocho hijos; Mónica se cuidaba, porque no era casada y no tenia ocho hijos; Mateita habia dejado á su arbitrio el reloj de su vida; Mónica lo habia atrasado, por querer adelantarlo con la moda del año del cable submarino. Una era la antigua Mateita; otra la Mónica reformada. Un escritor satírico, al verlas juntas, hubiera esclamado: — Hé aquí una vieja muchacha al lado de una vieja anciana; y un poeta: Hé aquí un invierno de cielo azul, junto á un invierno encapotado. — Por lo demás, ámbas eran cincuentonas.

Pues, como decia de mi cuento, pusiéronse mis dos *antigüedades* á conversar, sin parar mientes en mí, que las oia, y gracias á lo cual me veo ahora en sabrosa plática con mis lectores. Y aquí tengo esplicado aquello de: *donde ménos se piensa salta la liebre*, pues cuando ménos las esperaba, vinieron las tan ansiadas confesiones. Despues de mil preguntas y respuestas, que ni yo entendía, ni ellas tampoco, á causa de la precipitacion y desórden con que se sucedian unas á otras, restablecióse la calma, y aparecieron los recuerdos, propios en tales casos y en personas tales.

— Pues, sí, hija, esclamó Mateita, lo que eres tú, no sales de los quince.

— Ay ¡Jesus! no digas eso, le contestó Mónica, componiéndose los rizos colorados ya, y poniendo los ojos en blanco. Mira que los años no pasan por debajo de la mesa.

— ¡Y es verdad! el tiempo se va volando. Parece que fué ayer cuando nos conocimos.

— Vamos á ver: ¿á qué no te acuerdas de la primera vez que nos hablamos?

— Como si fuera ahora: en el Teatro Principal, en uno de los beneficios de Covarrubias.

— Pues mira que te equivocaste, porque no fué en el Teatro Principal, sino en el Diorama.

— No señorita. Que me vienes tú á decir á mí.... con que mi tio estaba colocado en la puerta, y por eso entrábamos nosotras todas las noches. Por cierto que no perdí ni una funcion.

— Ya se vé, con Garay allí que trabajaba divinamente y con Covarrubias....

— Que gracioso era, muchacha. Lo que es como ese.....

— Y ¿qué me dices de Hermosilla? Y de Juan de Mata que hacía siempre de barba.

— Qué buena Compañía! Porque mira: la Molina y sus tres hijas no podian ser mejores; de la Puerta no se diga na-

da, y lo que era la Alberdi.... todavía tengo yo guardados algunos sonetos que le *sacaron* sus enamorados.

—Y ¿ te acuerdas de la ópera que vino despues ?

—Toma! Como que me moria por Fornasari, que era un tenor....

—A mi me gustaba mas Montressor.

—Qué! ese era bajo.

—Y ¿ qué tiene que sea bajo ? Y despues de Montressor no habia allí ninguno como la Rossi.

—Qué sabes tú ? Donde pudo llegar esa á la Pantanelli? Todavía me acuerdo que cuando se fué la íbamos todos á acompañar en volante.

—Ahora que dices volante: ¿ á qué no te acuerdas de una cosa ?

—De qué ?

—De aquella ocasion que fuimos en volante á Matanzas, y por poco nos quedamos en el camino.

—Vaya! Y que fué con nosotros Longo.

—Ay! no me recuerdes á Longo, condenada. Mira que cada vez que echo de ménos aquellas canciones....

—Como que era el *Perico* de los cantadores. Y que cuando tocaba la guitarra, no habia quien le levantara el pañuelo.

—No, hija; allí estaba tambien Goyito, que no se dejaba poner el pié encima.

—Ya lo sé, y tampoco me olvido de Caneda, ni de Vicente Ramos, ni de Perico Arango.

—Ay! demongo.

—Y ¿ qué me dejas para los tocadores de arpa ?

—Qué danzas aquellas tan bien tocadas! No habia á quien escojer: Virginia Pardi, Pilar Escobar, Paulita, Justa Valdés....

—Un sin fin, muchacha.

—Volviendo á las canciones, tú te la dabas en grande con *El Destino* y con *La Existencia*.

— Sí, pero la que mas me gustaba era aquella de:

Por caprichos de muy poca monta,
Mi muchacha conmigo peleó,
Y estuvimos sin vernos seis dias....

— Y porque te gustaba tanto?

— Porque yo casi siempre estaba *peleada* con mi *cortejo*, y por verlo *bravo* se la cantaba.

— Entónces habia canciones por castigo: *El Bombito, Las buenas noches, La Atala, Vivo en prision oscura, La Amapola, La partida de Alfredo, La Paloma, La Armenta, La Maldicion, El Ciprés*, todas muy buenas.

— Te acuerdas de los bailesitos todas las noches?

— Tú ibas á las *escuelas?*

— Como qué si iba! á la de Estéban Sanchez y á la de Muñoz que estaban por San Isidro; y hasta á la de Soto y á la de Farruco fuí algunas noches y eso que estaban *legísimos*, allá por el Campo de Marte. Por cierto que ¡yo no sé! ahora están hablando tanto contra las escuelas de baile, y lo que era entónces no daban que decir.

— Qué iban! Si allí se aprendía por reglas, y no habia ese *rebumbio* que hay en la danza de este tiempo. Entónces si era buena con el paseo, la cadena, la media cadena, el sostenido y el cedazo; hoy no saben mas que abrazarse y dar vueltas. Lo que es hija mia no baila.

— Pues á tí bastante te gustaba....

— Sí, pero en mi tiempo era distinto.

— Ya se vé que sí: pero no digas el modo de bailar, muchacha: ¿dónde van las danzas de hoy á tener el *señorío* y el compás de las antiguas?

— Es claro. Ninguna danza del dia se puede comparar al *Canelo, Si la mar fuera de tinta, El Zungambelo, El forro de catre, Los Guachinangos, El Café, El mandinga siguato.*

— Y el vals?

— Ah! *el vals de Ricardo* era de primera.

— Y *La Esperanza?* y *El aleman?* Lo dicho, hija; lo que es en nuestro tiempo se bailaba mejor que en el dia.

— La gente de hoy no sabe divertirse.

— Ay! si volvieran aquellos tiempos!

Y siguieron recordando la pasada juventud, y notando la diferencia que existe entre la Habana de entónces y la de hoy.

Y casi en todo tenian razon, porque la verdad es que parece cuento lo que en pocos años hemos cambiado, tanto material como intelectual, como moralmente.

En cuanto á lo material, el cambio ha sido completo. El Hoyo del Inglés, refugio de los muchachos que se huian de la escuela, se estendia lleno de manigua por las que hoy son calles de San Miguel y Aguila; los Barracones se derramaban por las que despues se llamaron del Prado y del Consulado; y las *estancias* de Hano y Vega, de Castro Palomino, de Arteaga y otras, que llegaron casi todas á poder de los Sigleres, *campearon* donde se estiende al presente el hermoso barrio de Colon. Todo lo que tenia de poblado intramuros, tenia estramuros de despoblado. Y en estos últimos barrios escaseaban los edificios de mérito, siendo las mas de las casas de tabla y teja, y muchas de guano. De noche el aspecto de la poblacion no era alegre por cierto, con sus calles oscuras, solitarias y de mal piso, sus dos ó tres volantes que casualmente pasaban como asombradas de verse á las 8 de la noche fuera de casa, sus tunales, uberos, maniguas y cercas de tablas por todas partes, y su oscuridad y silencio de campo santo; la calle de San Miguel era la de moda para el paseo, y si la de San Rafael, tal como está hoy, hubiera aparecido de repente en aquellas soledades, con los coches, las luces de gas, los transeuntes, con toda esta vida animada que suele alegrar la Habana moderna, habrian huido espantados aque-

llos habitantes, aturdidos por el estrépito, deslumbrados por la claridad y cojidos por el terror ante tanta vida y animacion.

Por lo que respecta á lo intelectual, el silencio era mas profundo, la soledad era mas aterradora, la sombra era mas negra. Bibliotecas, no las habia, y si las hubo, cada cual guardaba la suya, y el que quiera leer, que compre libros; los periódicos eran enanos, raquíticos, contrahechos, y fuera de las noticias de la guerra, maldito lo que se ocupaban de política; las escuelas estaban en pié, gracias á los gorros de papel, á las palmetas y á las correas, porque *Magister dixit*, y *la letra con sangre entra:* latin por Nebrija, de memoria; el catecismo y la historia sagrada, al pié de la letra; gramática de Araujo; en la escritura, letra española; cuentas, hasta partir; las lecciones sin un punto, y vaya usted con Dios. Esto no fué parte para que de tanta oscuridad salieran hombres de inteligencia, de volnntad y de aplicacion, como salen chispas eléctricas de los cielos tempestuosos y oscuros. Luz, Varela, Caballero, Romay, Govantes, Bermudez y otros, fueron los relámpagos de aquellas tinieblas.

Si atendemos á lo moral, eran mas sencillas las costumbres, pero no por eso mas sanas. De feria en feria, de baile en baile, y hasta de velorio en velorio, se divertía de contínuo la juventud, y salíase de quicios la vejez. El Angel con sus tortillas y su cangrejo; la Salud con sus fuegos de artificio; San Isidro, la Merced, Jesus Maria, todos los barrios tenian sus patronos, todos los patronos tenian sus fiestas, todas las fiestas tenian sus cunas, y sus mesitas, y sus convites, y sus bailes; porque cuando se iba la *novena*, venia la *octava*, y cuando no habia octava, ni novena, se aparecian los altares de cruz y los velorios, resultando de todo esto un contínuo cantar y un contínuo bailar de Enero á Enero.

Las ferias tenian distraidos á los jóvenes de su estudio, y á los viejos de sus ocupaciones; incitaban las mesitas de juego;

arrastraban las arpas, los violines y las guitarras, y la muchedumbre corria ansiosa á saborear esos placeres, que si á primera vista parecian inocentes, en resúmen no servian mas que para quitar al espíritu todo el goce que se daba á los sentidos, y sobre todo á sembrar en el corazon la semilla del amor al juego y del mezquino interés.

Los altares de cruz hacian gran acopio de enamorados, y con este lazo iban todos uncidos al carro del amo de la casa, que empezaba su fiesta nocturna gastando tres ó cuatro pesos, y hacia pasar el *ramo* consabido de mano en mano, para que cada noche tomara creces el asunto, concluyendo siempre en lujosos convites lo que humildemente habia empezado.

Los velorios eran un pretesto de llanto para reir; una cita de alegria entre cuatro velas de muerto; una reunion familiar delante de una tumba. Cuando moria uno, los amigos, y hasta los desconocidos, se creian en la obligacion de asistir al velorio; y personas habia que solicitaban velorios, como quien busca hoy bailesitos. En el cuarto de los dolientes lloraban al difunto, y en el comedor las visitas celebraban al muerto. Una delgada pared separaba el dolor de la alegria. Y la alegria era aquella no moderada, sino en toda su radiacion. Allí se conversaba, se comia galleticas con queso, se enamoraba, se reia, se tomaba café, se jugaba á las prendas, se referian cuentos, se pintaba, se aplaudia, se hacia todo en fin, ménos acompañar al pobre muerto. Pálidos, ojerosos, cansados, despues de una noche de diversion, se dirijian todos al que recibia el duelo, y le decian: *lo acompaño á Vd. en su sentimiento*, como si hubieran estado llorando toda su vida. Y se retiraban muy satisfechos de su amor al prójimo, y dispuestos á buscar otro muerto á quien velar, otro velorio en que divertirse, y otra familia á quien acompañar en su sentimiento.

Yo respeto á los viejos, en cuanto se dan á respetar, pero respóndanme si tienen razon para querer que vuelvan los dias de ayer, y si no se encuentran mejor en la Habana moderna.

Por fortuna el progreso ha estendido sus alas blancas sobre nuestras cabezas, y ha cambiado la situacion. Las *estancias* han sido borradas para siempre; las palmetas, las lecciones de memoria, las correas, se han ocultado llenas de vergüenza, y las ferias, los altares de cruz, y los velorios han desaparecido. Donde estaban los yermos se han levantando los edificios y se han poblado los barrios; donde habia ignorancia han nacido las escuelas, se han multiplicado las bibliotecas, se han sucedido los periódicos; donde se anidaba la oscuridad, ha alumbrado el gas, ha corrido la electricidad por el telégrafo, ha bramado el vapor en la locomotora, y el progreso nos quiere empujar.

No significa esto que yo tenga á la Habana de hoy por cosa del otro mundo; pero relativamente á la época á que me refiero, hemos adelantado. No obstante entre otras cosas que nos lleva hácia atrás, tenemos una despreciable, inmoral, retrógrada: *la danza.* La danza es la yerba que se enreda en, nuestros piés y no nos deja andar, el escalon roto que nos impide subir. Nuestros padres bailaban mucho, es verdad; pero no lo hacian tan desvergonzadamente como lo hacemos nosotros. ¿Qué significa esto? Esto significa que en punto á moralidad no estamos todavía en el año sesenta y seis.

El gas alumbra, el vapor ruje, la electricidad truena, y nosotros bailamos. Cuando el porvenir nos pida nuestra hoja de servicios, se la presentarémos en blanco; cuando la sociedad nos exija nuestra profesion de fé, quedarémos mudos; cuando el progreso nos haga escribir nuestro exámen de conciencia, llorarémos sobre nuestra *danza,* como lloraba el poeta sobre las ruinas de Palmira; y entónces vano será nuestro arrepentimiento, porque la moral es el sol, y cuando el sol se apague, rodarán despeñados los hombres y los mundos por el abismo de la destruccion.

1866.

A CIRIACO.

CARTA QUINTA.

Mi querido Ciriaco: mas sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena, y cada uno estornuda como Dios le ayuda; quiero decir, que cuando Calderon lo dijo, estudiado lo tendria, *y nelle son blanco, nelle se entiende*; y sino sabes lo que digo, peor para tí, que los otros lo sabrán, y tú no.

Por Dios que me tienen ya con cuidado los ascos que estás haciendo á las dichosas *posiciones* que me pediste, y que yo, como buen amigo te he venido pintando desde el primer número de *La Serenata Reformada*; pues pareciéndome vá que aquí hay busilis, y que tú lo que quieres es no trabajar, porque si bien se mira, no han sido tan despreciables los tipos que te he pintado, y júrote que no te creia capaz de mirarlos con malos ojos.

Abogado-taco, médico-brutópata, boticario-cocinero, comerciante-bodeguero, hé aquí las brevas que no quieres fumar: unas porque tienen que estudiar algo, otras porque no tienen mucho que ganar, y en esas y esotras, va pasando el tiempo, y tú quedándote para secretario sin sueldo de alguna sociedad de socorros mútuos.

No se me oculta que querrías encontrarte un alma en pena;

pero no merece la cosa quebraderos de cabeza, pues las almas en pena se han refugiado á Guanabacoa, y lo que es de allí no las saca ni el padre santo, porque es fama que les tienen miedo á los muchachos y á los perros. Y en vano será que te pongas á decir á la cosa mala de la calle del Sol, ó al Cencerro de Guanabacoa: *de parte de Dios dime qué quieres;* y digo en vano, porque ni las encontrarás aunque rompas cuatro pares de botines, ni te darán nada aunque las encuentres.

Dices que en último caso, quieres ser hombre de fama, y ya que no *honores*, tener á lo ménos dinero. No es ello tan fácil; pero puesto que de fama y dinero se trata, aconséjote que te decidas por la fama de santo, y por el dinero á rédito, que es lo mas barato, y ahí va *el usurero.*

Larga pieza de tiempo has estado *procul negotiis*, ó lo que es lo mismo, *huyendo el mundanal ruido*, y por lo tanto no te veo desde hace qué sé yo cuantos años, y no viéndote, mal puedo dar fé de si estás gordo ó flaco; quiero creer, sin embargo, que si te decides por la usura, engordarás ántes de venir, y en viniendo, te veremos con tu barriga grande y tu cara redonda, como es propio de honrados usureros. Gordo ya y barrigon, y dueño de un capitalito que no pase de quinientos pesos, te harás hermano de una de las muchas archicofradías de esta ciudad, no por amor á Dios, sino porque te tengan todos por santo, y porque te paguen el entierro cuando te mueras; y ya ves si la cosa tiene bemoles, aquí precisamente donde tanto cuesta vivir como morir.

Despues de recojer tu cinta y tu medalla de hermano, harás todos los dias lo que á continuacion te diré. A las seis de la mañana te levantas, rezas tus oraciones de costumbre, y sales á dar una vuelta por el muelle y agenciar tus negocios; esto es, á ofrecer la onza á doblon, cuidando siempre de cojer buenas firmas y de embargar mejores sueldos. A las ocho, te dirijes á la parroquia, y allí te colocas entre diez ó doce vie-

jas haciendo que rezas, y besando el suelo como si fuera una muchacha bonita, y dándote golpes de pecho y poniendo los ojos en blanco: en esto te recomiendo mucho cuidado y constancia, porque en cuanto las viejas te vean tan aplicado á la oracion, tuyo es el porvenir. A las nueve, como estarás débil, gracias á tantas oraciones y besuqueos al suelo, te metes en un bodegon, y almuerzas, no gastando nunca mas de real y medio, y si puedes, suprime el medio, hijo, porque es pecado gastar en lo supérfluo. Almorzado ya, entras de lleno en el mar de los negocios. Del Colegio de Escribanos á la Imperial, y de la Imperial á la Dominica, corre hasta que te canses, entra en todos los grupos, registra todas las fisonomías, y donde veas á un hombre solitario y triste, allí sitúate, que ese no tiene dinero; saca el tuyo con disimulo y cuéntalo y vuélvelo á contar, de forma que el otro te vea y le entre el apetito, y te pida, y tú si él ofrece garantías, le prestes, y despues cuando llegue el dia del pago, ¡ ay de él si al Carpio vá! A las tres, comida por dos reales, sin café; y á las tres y media á tu casa en el coche de San Francisco. Por la noche das una vuelta por la salve ó la novena, que nunca faltan, haces dos ó tres visitas á tus comadres, paseas un poco por el parque con alguno de tus deudores, y despues, á dormir como un hombre que no tiene nada de que arrepentirse. De las mujeres no te hablo, porque esas quieren *casaca*, que es como si dijéramos, que piden y no pagan, y á tí lo que te conviene es que paguen, ya que piden. Teatro, ni se diga, y en cuanto á caballitos ¿ qué vas tú á ganar con ver las pantorrillas de las bailarinas y los caballos, cuando pantorrillas, las tienes de algodon cada vez que te dé la gana, y caballos, sobran por las calles?

Hazte amigo de todos los sacristanes y monigotes y pasea con ellos, porque así, llegarán algunos á creer que eres monigote, y alégrate, por lo de la fama.

Ayuna (para los demás) todos los viérnes del año, y si te

dicen tus comadres que te vas á morir con tanto ayuno, dí que no importa; que la muerte mereces tú, grandísimo pecador, y que si te matan no pruebas dos bocados en toda la cuaresma, y dirás la verdad, porque no serán dos, sino dos mil los que pruebes.

Los dias de procesion, irás á la parroquia á las tres de la torde, para que puedas hacerte cargo del estandarte, y si hay alguno que se crea mas digno que tú, defiende tu derecho, y llama en tu auxilio á todas las viejas de la parroquia y á los calambucos y monigotes, y quedará el campo por tuyo. Si por acaso no pudieres llevar el estandarte, lleva un farol; pero nunca velas, porque esto es cosa de la plebe, y tus méritos te hacen digno de la mayor consideracion.

En las visitas conserva los ojos bajos, aire triste y compungido, las manos en cruz sobre el pecho, labios siempre en movimiento, como quien está orando, y ya está conseguido lo de la fama.

En cuanto á lo del dinero, sigue el mismo método, esto es, que desplumes al gallo de la pasion, pero què digas que lo haces por el bien del prójimo.

Si llega á tu casa una viuda que no tiene tras que caerse muerta, cómo suele decirse, y te pide una onza, dile que nones, que Dios cuando se llevó á su marido, supo lo que hizo; que tú la acompañas en su sentimiento, pero puesto que ella no ofrece garantías para el pago, lo mas que puedes hacer tú en beneficio suyo, es rezar un padre nuestro por el alma del difunto.

Los empleados todos son buenas brevas, siempre que conserven el sueldo libre; y no te ocupes de si tienen ó no mucha familia, que eso no es de tu cuenta: cuando te pidan, aflójales la rienda, de modo que tengan confianza, y cuando les cobres, apriétales el cordel hasta que saquen la lengua, que con la lengua vendrá el dinero, que es lo que importa.

Nò tengas amigos, y si los tienes, que no serán amigos,

sino conocidos, en llegando la hora de pedir, préstales, si pueden pagar y cuando les vayas á cobrar, diles que tú los quieres mucho, y que mas franco y desinteresado que tú, nadie; pero que cuentas claras conservan amistades, y que ó pagan ó revientan.

A tu primo no le prestes, salvo si es de fiar; para tí debe ser lo mismo un primo que un estraño, porque sabido es que los usureros no tienen parientes.

Búscate una vieja que tenga una ó dos casitas, y préstale aunque no te pida, y no le cobres en mucho tiempo, para que vayan capitalizando los intereses, y en un decir Jesus se quede ella á la luna de Valencia y tú con las dos casitas.

A los hijos de familia dales, siempre que sus padres sean ricos y honrados, que ellos acostumbran pagar las deudas de sus hijos.

Cuando tengas ya formado tu capitalito, pon tu establecimiento de comercio, vulgo casa de empeños, y entónces apodérate de los pobres, y duro con ellos.

Así como ántes te dije que no hicieras caso de las viudas, ahora te recomiendo que las buques, porque los muertos suelen haber sido ricos, y las viudas acostumbran *tener recuerdos de familia*, que caen algunas veces en el Maelstrom de los usureros.

Coje todo lo que te quieran empeñar los pobres y los ricos; ofrece dos por lo que vale veinte, y sé corto en los términos, de modo que si el interesado se descuida, te quedes tú con la prenda.

Por un reloj de oro, presta un doblon; por un alfiler de brillantes tres pesos; por unos aretes de corales, doce reales; por una casaca nueva, cuatro pesetas; por un pantalon de casimir nuevo, tres reales; por unos espejuelos de oro, real y medio, y así en lo demás hasta acabar con el género humano.

Si no se trata de empeñar prendas, sino de pedir solamen-

te, conserva en la memoria, y ajusta tus negociaciones á lo siguiente :

Con un medio, cinco medios ; con un real, cinco reales; con una peseta, cinco pesetas ; con un peso, cinco pesos ; con una onza cinco onzas, y ¡ vivan los usureros !

Hasta el domingo.

EL BAILE.

A MI AMIGO RICARDO PONCE.

Ni fuí hecho para filósofo, ni para moralista, ni para legislador; mas tampoco, á fé, soy de la materia con que se hacen los indiferentes, y váyase lo uno por lo otro. Bien es verdad que juzgo conveniente la sátira para correjir las costumbres, y que tal parece que me burlo de las miserias humanas, al ridiculizar los defectos de la sociedad; empero, léjos de mí tal idea, que así meció el amor á los hombres mi cuna, como abrirá mi sepulcro; y curo mas de verlos felices, que de halagar sus gustos y pasiones; pues ántes debe aspirarse á ser Sócrates perseguido que adulador encumbrado, aun cuando que la sociedad aliente por los segundos y haga mofa de los primeros.

La sociedad, embriagada por el ruido de las fiestas, arranca á la mujer de sus manos el libro del deber y de las altas aspiraciones, y pone ante su vista la cartilla de la "Sal mirífica de Vénus" y el "Secretario de los amantes;" la sociedad, envuelta de contino en una atmósfera de placer, se siente débil, y vaga inerte, á merced del primer viento que la em-

puje: la sociedad, feliz en el presente, miope en el porvenir, contenta en todos los estados, hace del año una feria, del hombre un títere, y ella es el titiritero; la sociedad se divierte. Nada de escuelas para los artesanos; nada de bibliotecas abiertas; nada de jimnasios públicos; nada de educacion sólida para la mujer: pero en cambio, juegos de billar, juegos de toros, juegos de gallos, juegos de baraja, juegos de sacristía. Y luego, bailes de dia, bailes de noche; bailes de invierno, bailes de verano; bailes campestres, bailes urbanos, bailes ayer, hoy, mañana, tarde, temprano, ahora, luego; bailes aquí, allí, acullá, cerca, léjos; bailes así, bien, mal, desvergonzadamente; bailes de *caidita*, de *cachumba*, de *cangrejito*, de *guaracha*, de *repiqueteo*, de *rumba*, de *chiquito abajo*; bailes, en fin, modificados por todos los adverbios, y calificados por todos los adjetivos de los diccionarios todos.

No se me oculta que el hablar hoy contra el baile monta tanto como predicar en desierto, y como *improvisar* á la luna, pues mas oido quizás tengan la luna y el desierto que los bailadores de estos dias. Tampoco se me oscurece la cuasi-imposibilidad en que me encuentro de enderezar epístolas á diestro y á siniestro; y es que para dar consejos se necesita

Primero: Ser mayor de veinticinco años; y yo....

Segundo: Estar graduado de hermano mayor en alguna archicofradía, — y, ¡ojalá fuera yo siquiera monigote!

Tercero: Saber latin, como todo un maestro de escuela, y usar bonete para examinar á la gente, y

Cuarto: Halagar todas las pasiones, adular todas las fortunas, y ocultar lo verdadero bajo la máscara de la hipocresía y de la urbanidad.

Empero, como yo uso caprichos, y gusto de hacer lo que me venga en voluntad, he aquí que sin pedir permiso á mi confesor, y sin encomendarme á Santa Rita de Casia, abogada de imposibles, entro en ese *mare magnum*, que se llama la costumbre, y azoto sus olas con el viento fuerte de la crítica,

por mas que rabien los que se ciernen hambrientos sobre la ancha playa del progreso.

Manifiesto con la franqueza de la buena fé, que á nadie me refiero particularmente: juzgo mala una costumbre, y la critico; que todo labrador tiene el derecho de apartar la semilla enferma para que la espiga salga recta y fuerte, como el corazon de los buenos. Al mismo tiempo me complazco en confesar que muchas, muchísimas niñas, que aman á la musa Terpsícore, bailan con el órden y con la moderacion de la buena crianza. El creerse alguien ofendido con las palabras de este *artículo de costumbres*, ántes supone delito en quien las recusa, que injusticia en el que las escribe. No mas, sino que comienzo.

Ayer y hoy; en la caduca Europa y en la floreciente América; en los bosques de los salvajes y en los salones de la civilizacion; siempre y en todas partes se ha bailado, porque el baile es la risa de los piés, y cuando el ánimo está alegre, gusta demostrar su alegria. Bailaba el rey David, al son de su arpa; bailaba el sábio Salomon; bailaba el pueblo romano detrás del carro de su muy amado Neron; bailaba el siglo de Luis Catorce; baila el oso cuando le dan con el garrote; baila el mono, cuando le tocan el organillo; baila *Juan de la Viña*, cuando le tiran de la cuerda; y nosotros, que somos tan buenos como todos esos señores, hemos bailado, y bailamos; pero lo hacemos mejor que todos, porque hemos compuesto una danza, baile africano, con acompañamiento de clarinetes y cornetines; mezcla indefinible de *zapateo* y *tango*; *resfriadera* del amor á lo grande, y sepulcro de muchas virtudes. Nosotros nos encontramos de manos á boca, con el baile, y abusamos de él; lo recibimos como un placer moderado, en último caso, y hemos hecho de él un renglon de primera necesidad, mas aun, el único fin de nuestras aspiraciones.

Y ¿ cuál es el abuso? El abuso consiste en que las madres tienen el cuidado de enseñar á sus hijas á bailar, primero que

á manejar la aguja, ó á estudiar los deberes de la familia; consiste en que los padres contemplan indiferentes el triste cuadro de la danza actual; consiste en que los jóvenes buscan en el baile, no el moderado entretenimiento, sino el público y vegonzoso desahago de sus pasiones y deseos; consiste en que el hombre, sin saber lo que se trae entre manos, aprende en casas asquerosas los cínicos movimientos de la danza, y los enseña mas tarde á las muchachas incautas, corrompiendo así á la misma con quien se casará mañana, y de la cual se atreverá á exigir fidelidad; como si el que ensucia el agua ántes de beberla, fuera digno de poder apagar su sed con ella; consiste en que la mujer lee indiferente la honradez de Cornelia, la virtud de Lucrecia, el heroismo de madama Rolland; y se hace juguete del hombre, y el hombre se hace juguete de sus deseos, y el espíritu se hace juguete de los sentidos; porque cuando el alma no piensa, y cuando los sentidos gobiernan, el hombre no es mas que un triste bimano.

Es preciso tener la vista muy corta, ó presentarse á la escena con el antìfaz de la mala fé, para negar el vergonzoso estado del baile, segun el desarrollo á que ha llegado en estos últimos tiempos. Y no es con indiferencia, juro á Dios como debe observarse. El baile actual no es una mala comedia que molesta al público con la pedantería; no es un charlatan que vende específicos milagrosos y saca fuerzas de la candidez de los incautos; no es una calle que se descompone; no es una casa que se derrumba; no es un carretonero que corre contra el bando; no, no es ninguno de esos males, que âfectan á un corto número de individuos, y que nacen y mueren en pocos dias. El baile es entre nosotros una costumbre, y mas que una costumbre, una segunda naturaleza, apegada á nuestra sociedad, como la supersticion á los viejos, como la ostra á la peña, como el dinero al avaro; costumbre mas ridícula y de peores trascendencias que la caballería andante de la Edad-media, y que ha menester de un Cervantes,

que corte el árbol de raiz, y haga desaparecer su sombra de la atmósfera de la tierra.

Penetremos en un salon de baile.

Mil jóvenes mujeres ostentan allí su gracia y su belleza: los labios frescos y rosados como el coral del fondo de los mares, dan envidia al coral de las gargantillas; los cuerpos son flecsibles como los juncos del rio; los ojos, oscuros como la noche, y como el dia, brillantes, eclipsan con su lumbre la de las bujías: todas son bellas, agradables, encantadoras. A su lado una turba de jóvenes alegres rinde el culto debido á la hermosura y al amor. A la simple vista parece aquello un Edem, en donde la belleza y el pudor enjendran la felicidad; un cielo con soles y con nubes pintadas....

Mas.... súbito suena el *tango*, y cambia el cuadro: lo que ántes parecía un Edem, no pasa de ser en realidad mas que una sucursal de *Mazorra.* Los ojos, que brillaban hace poco con la suave claridad de la aurora, reverberan en este momento la llama viva y siniestra de un incendio; el pecho, ántes tranquilo como una tarde de verano, palpita ahora como el mar en una noche tempestuosa; los piés se impacientan, cual dos caballos briosos que anhelan partir; la frente se nubla; la juventud va y viene, y goza ya ántes de empezar á gozar; las danzas se comprometen, y empieza la danza.

Observemos el baile.

Ese señor, echado sobre un sofá, que mira con criminal indiferencia las evoluciones del baile actual, y que hasta aplaude, sino con las manos, con los ojos al ménos, las vueltas y las *caidas* y los *revuelos* de su hija, ese señor ¿ quién es?

Es un varon de la patria.

Y esa bendita señora, indiferente como un bienaventurado, que aparta la vista de su hija que baila por fijarla en el *chamberí* que trae la hija del abogado, para comprarle á su niña uno *igualito,* porque eso sí, ella quiere que su hija se presente en todas partes como la primera; esa señora que dice que el

baile no tiene nada de particular, pues ella bailó en su tiempo y no se ha muerto por eso; esa señora que no vé mas allá de sus antiparras ¿quién es?

Es una matrona de la patria.

Y aquella niña, dulce como un merengue, inocente como un *siete mesino*, lijera como un papalote; aquella niña que mueve el cuerpo como un molinillo de chocolate, y que mueve los piés como un amolador de tijeras; aquella niña que no sabe hacer una camisa, ni escribir una carta, pero que baila, y se sabe de corrido el Emblema de las flores, y el arte de manejar el abanico, y habla de matrimonio y mas inspira risa y desprecio que consideracion, aquella niña ¿quién es?

Es una vírgen de la patria.

Y aquel jóven, elegante como un Saint-Remy, y como un Saint-Remy calavera, que contempla, mudo espectador, las peripecias interesantes del drama de la humanidad; aquel jóven que no sabe ninguna de las ciencias, y que ignora las virtudes de los hombres grandes, pero que sabe donde hay bailes por las noches, y cuando está el *rey á la puerta*, y si el *malatobo* de Guanajay tiene los espolones mas afilados que el *canelo* de Cabañas; aquel jóven que no lee en los periódicos mas que los anuncios y las diversiones; aquel jóven, sócio de todos los bailes, puntual á todas las férias, tenorio de todas las muchachas, bailador de todas las devergüenzas; aquel jóven ¿quién es?

Es una esperanza de la patria.

La música ha callado; la juventud muy á su pesar ha concluido de bailar; la juventud conversa: oigamos sus pensamientos vacios, y sus palabras de *manglar*.

— Ay! qué gusto! esclama al sentarse, una jovencita. Y tan corta que ha sido la danza!

— Sí, alma mia, muy corta, le contesta su compañero: yo quisiera estar bailando con Vd. toda la vida, porque mire, corazon, yo me cansaré de cualquier cosa, pero de bailar, nunca!

Con decirle á Vd. que en la Pascua estuve bailando en el campo una semana, y todavía quedé *regustado*. Yo no tengo fin para el baile.

—Yo tambien me muero por él; quítenme la comida, y ni lo siento, con tal que me den música y un compañero bueno. Nada ménos que el otro dia, mamá, por ver si yo no venia al baile, me dijo que era preciso que me estubiera un dia sin comer y sin almorzar, si queria que ella me trajera, y mire, no probé ni un bocado.

— Me suscribo á su opinion: baile, y que el mundo se venga abajo. Y que no es decir que me enseñaron; yo naçí bailando.

—Pues yo aprendí con las mulaticas de mi casa, que son bailadoras como Vd. sabe. Qué! si me enseñaron quinientos mil modos de bailar.

—Se conoce que ha aprovechado Vd. las lecciones de las mulaticas.

—Ese es favor que Vd. me quiere hacer.

—No, mi vida, esa *caidita* que le dá Vd. á la danza al fin de cada compás, y esa *parada* al concluir son de *riñon soté.*

—Dígame, y la rubia esa con quien tenia Vd. la primera danza ¿qué tal baila?

—No me diga nada; si es mas *malatoba*. No me gusta bailar con ella porque se separa mucho del compañero.

—Ja! ja! ja!

—No es verdad que esos son *espavientos*, corazon?

—Por supuesto; sabe Dios de que no será ella capaz. A mí me llevan los diablos cuando veo una mujer melindrosa por darse tono: ya pasó esa época.

—Si ahora la gente es mas *veterana;* por eso me gusta Vd. tanto: tan franca. Y es lo mejor, hija, reirse uno del mundo y á bailar: yo digo lo que decia aquel: ó acabo con la quinta ó muero comiendo mangos. Bailar, bailar, que mañana se muere uno....

— Naturalmente: y que yo no tengo nada en que pensar mas que en el baile; porque, gracias á Dios, todavía no he tenido que hacer un dobladillo: papaito es *muy riquísimo*, y él me dice: no te apures, hija; ahora que yo tengo con que darte gusto, baila, que mañana quien sabe los trabajos que tendrás que pasar.

— Qué! el dinero de su padre no se acaba tan facilmente.

— Eso digo yo. Hágase el cargo que papaito tiene ingenio.

— Digo, no es nada lo del ojo....

— Y muchas casas.... y en fin echa mucho lujo ¿cómo se vá á poner pobre? Yo tengo cuatro negras, que no hacen mas, que echarme fresco y coserme la ropa; el peluquero viene todas las tardes á hacerme la castaña y lleva un dineral por eso. Y luego tengo túnicos de todas clases, y qué sé yo cuantas sortijas y collares y aretes, y dos coches á mi disposicion.... Por eso yo bailo, porque no tengo nada que hacer, gracias á Dios.

— Baile, no sea boba, que la vida es corta, y es muy bueno divertirse.

Separemos nuestra atencion de esta deliciosa pareja.

— Ave Maria *gallo*, dice un mocito á otro, echándole el brazo á los hombros, y descomponiéndole el cuello de la camisa, que está acabado de planchar. ¿Qué tal has sacudido el guizaso esta noche?

— No le digas nada al obispo, secretario. ¡Ave Maria! me ha tocado una compañera, que á donde quiera que la llevaba iba. Ni te ocupes. Aquí entre nosotros, ni en Cayo-Hueso.... Deja que llegue la quinta danza, que estén las muchachas un poco *sofocaditas*, y que empiece el *cerbeceo* para que la gente baile sabroso. Yo le *tranqué* ya á mi compañera la cuarta y la quinta.

— Parece que te *transas*.

— Hombre, eso pienso: ella ha sabido que yo soy de ley, y me hace muchas fiestas: porque, chico, tú sabes que las mu-

chachas no quieren nadá con los mentecatos, y que se mueren por los *tacos*, que le digan palabritas *subversivas* y que bailen *picadito*.

— Es claro, con las mujeres hay que ser atrevido, sino lleva uno la de perder.

— Pues como te iba diciendo; ya estoy medio arreglado con mi compañera. Voy á catequizar á la vieja para que me la lleve el año que viene á los bailes de máscaras.

— Ahora que dices máscaras, ¿ qué vestido vas á llevar ?

— De negro curro, chico, es el mas decente. Y que ya me cuesta mas de tres onzas, sin contar las hebillas doradas de los zapatos. Pero me voy á divertir como un bárbaro: ya me tengo aprendidas unas décimas que no las sabe nadie mas que yo. Te acuerdas el año pasado en casa de las Petacas, aquello de

"Yo soy *ei* negro Patoco
Que tengo de bueno y malo,
Que siempre *etoi* en *ei* palo,
Que brinco, que bailo y toco ?"

— Yo tambien voy de negro curro y me voy á aprender las décimas de "la negra Maria Liboria," y voy á bailar *rumba*, que es un gusto. ¿ Hay cosa mejor que bailar, chico ?

— Pues mira que ahora están criticando el baile.

— ¡ Qué ! no dejará de ser algun estúpido.

— Es verdad.

Y la música vuelve á sonar, y los piés vuelven á moverse, y los cuerpos vuelven á destornillarse, y sigue la danza. ¡ Viva la danza !

Loma Osorio conoce las inclinaciones naturales del hombre por los chichones de la cabeza; y yo que no soy Loma Osorio, pero que conozco los instintos sin necesidad de los chichones, he observado que el chichon mas desarrollado de nuestra so-

ciedad es el del baile. Válgame Dios, y que órgano tan desorganizado! Hoy damos un baile porque es el santo de papá; mañana porque es el santo de mamá; pasado mañana porque es el santo de abuelita; el otro porque es el cumpleaños de madrina. Si el hermano mayor se gradúa de licenciado, baile; si se bautiza el hermanito, baile; si nos trasladamos á la casa nueva de papaito, baile; si nos vamos para el ingenio, baile; si tia se puso buena de las paperas, baile; si le sacaron un callo al hijo de la maestra de los muchachos, baile; si la niña se puso túnico largo, baile. Y baile porque llueve, y baile porque no llueve, y baile si hay frio, y baile si hay calor, y baile siempre, porque nunca faltan pretestos para bailar.

¡Qué hermoso presente! ¡qué bellísimo porvenir! Yo creo que si esto sigue así, el progreso tendrá que colocar una retranca delante de nosotros, pues de lo contrario nos desbordarémos. Hoy bailamos, y mañana serémos padres de familia: nada mas justo: "el que siembra viento, recoje tempestades," ó de otro modo, de los serenos se hacen los cabos: de los bailadores se hacen los hombres grandes.

Primero Rómulo, despues Bruto, mas tarde César: al principio la ignorancia, despues la grandeza, por último la decadencia. Nosotros hemos empezado por el fin; ¿nos quedarémos ahí? Los romanos pedian Pan y Circo; otros, segun Jovellanos, Pan y Toros; nosotros pedimos Pan y Danza. El circo era en sí bárbaro; los toros son bárbaros en sí; pero el baile que no es bárbaro, y que solo es inmoral cuando se abusa de él, ¿porqué conquista, estúpido, un puesto tan degradante, y de mas fatales consecuencias aun que los toros y que el circo? En el circo se mataban hombres y fieras; en los toros se matan fieras y hombres; en la danza se mata la moral, que vale mas que todas las fieras y que todos los hombres. ¿Dónde es mayor el crímen?

El hombre corrompe á la mujer, y pide fidelidad; la jóven corrompe su virtud y pide amor; los padres comtemplan la

corrupcion, y piden matrimonio; un *seis por ocho* civilizador se hace juez y dueño de los destinos, y disuelve los matrimonios, como se burla del amor, como ahuyenta la fidelidad: con tales ingredientes, ¿ qué sociedad no es dichosa?

No hay duda; probado está que hemos descubierto la *piedra filosofal*, que tanto entretuvo á los antiguos, los cuales, como es sabido, no veian mas allá de sus narices. Los antiguos buscaban el modo de fabricar oro, y encontraron la química; buscaban el medio de alargar la vida, y encontraron la medicina; buscaban el movimiento contínuo, y encontraron la mecánica; ó de otro modo, buscaban una equivocacion y encontraron una verdad. Pero nosotros, que somos civilizados, puesto que vivimos en el siglo XIX, hacemos la cosa de otra guisa: nosotros nos hemos encontrado con la química, y buscamos el modo de perder el oro en el juego; nos hemos encontrado con la medicina, y buscamos el medio de acortar la vida en la corrupcion; nos hemos encontrado con la mecánica, y buscamos el movimiento contínuo de los piés en el baile; ó lo que es lo mismo, nos hemos encontrado con la verdad, y la desconocemos, y buscamos la equivocacion, ¿ No es esta la verdadera "piedra filosofal?"

¡ Oh! jóvenes, que bailais; ¡ oh! padres, que veis bailar; ¡ oh! sociedad, que dejas que te bailen, ¿ qué haceis todos, por Dios, que no subis de una vez á la cumbre de la gloria? subid, subid bailando, que allá arriba os esperan los cornetines y los timbales. Nos os asusteis; en la gloria se baila tambien. ¿ No veis? A un lado Washington y Lincoln bailan; á otro lado bailan en la confusion agradable de la danza, Sócrates y Bruto, Camilo y Mr. Broun, Cincinato y los Girondinos. Subid, subid, y bailad! ¡ Qué dulce es morir bailando!

¡ Oh! poder del *tango*: no ardian tanto de amor pátrio los soldados griegos al robusto son de la lira de Tirteo, que lo que la juventud se entusiasma al repique del tambor de la danza. ¿ Qué importa que el rayo truene, y que los pájaros del

monte se coman nuestra cosecha? ¿qué importa que la filosofía nos anuncie el dolor? El dolor es tan estúpido como la filosofía. Bailad, muchachos, que la fiesta de Baco es eterna, y el placer reina sobre los hombres.

¡Ay! Babilonia, Babilonia.

1865.

POESIAS.

A MI AMADA.



Tuyos son mis versos: escritos unos en mis cortos ratos de buen humor, otros, en mis dias eternos de tristeza, son ellos los hijos de mi corazon; y lo que á mi corazon pertenece, tuyo es.

A UNA ROSA MARCHITA.

Pálido recuerdo santo
De mi dicha y mis congojas,
Rosa que he besado tanto
Ay ! deja que con mi llanto
Riegue tus marchitas hojas.

***

Tú sabes que en mi embeleso,
Cuando á mis solas te miro,
Dejo en tí mi amor impreso,
Con cada mirada un beso,
Con cada beso un suspiro.

***

Suspiro y beso y mirada
Que forjé en mi corazon,
En una noche estrellada,
Para una mujer amada
Toda belleza y pasion.

***

Una mujer blanca y suave
Como del cisne la pluma,
Gallarda como la nave,
Que entre juguetona y grave
Riza la plateada espuma.

***

Una mujer, que otro dia,
Me dió por prenda de amores
Un alma (para ser mia)
Llena de luz y ambrosia
Como un búcaro de flores.

***

Y fuiste tú, flor bendita,
El verde y fúlgido broche
Que nos unió en nuestra cuita,
Y hoy eres hoja marchita
Fantasma de aquella noche.

***

De aquella noche, de aquella
Clara y sin nube ninguna,
En que la ví, dulce y bella,
Mas brillante que una estrella,
Y mas blanca que la luna.

***

Oh noche ! luz, poesia,
Suaves acordes del piano,

Cintas, flores, melodia,
Y su mirada y la mia,
Y su mano entre mi mano.



Y luego ninfas huyendo
Impulsadas por la danza,
Mil y mil curvas haciendo,
Y ella y yo el amor leyendo
A la luz de la esperanza.



Rosa, que fuiste esquisita,
Y has perdido tu blason,
Aquí sobre el pecho habita,
Qué está como tú marchita,
Marchito mi corazon.



Ven rosa, tú que prendida
Estuvistes en el seno
De la mujer mas querida,
Ven, y en plática sentida,
Endulza un tanto el veneno.



Di ¿ qué dulce sentimiento,
O qué luminosa idea
Puso trémulo su acento,
Cuál pluma sola en el viento,
Como cirio que flamea ?

Dime ¿ por qué yo sentia
Lo que en la vida sentí,
Y á mi lado la veia,
Y ni sé qué la decia,
Ni qué pasaba por mí ?

***

Y ¿ por qué ella suspiraba,
Sin mirarme en su temor,
Y luego la vista alzaba,
Y viéndome, murmuraba
Con célica voz : *amor ?*

***

Amor ! esencia mas pura
De la mas pura pasion,
Néctar, que es todo dulzura,
Ignea lámpara que dura
Miéntras dura el corazon.

***

Amor ! límpida fontana
En donde bebe sediento
El astro de la mañana,
Rio que el soto engalana,
Música que canta el viento.

***

Amor ! amor, que yo ansiaba
Como vida de mi mismo,
Que cuando niño soñaba,

Y que despues me arrancaba
El ay! del escepticismo.

***

Y ese amor que fué mi gloria,
Mi fanatismo y mi altar,
Hoy es jélida memoria
De una tristísima historia
Que nadie quiere escuchar.

***

¡Ay rosa, marchita rosa!
El tiempo todo lo trunca
Y ya me olvidó mi hermosa....
Sobre mi pecho reposa,
Y no me abandones nunca.

1864.

LA MUCHACHA.

Ay! madre, un estudiante
Vino á mi casa,
Por llevarse su libro
Llevóse mi alma.

Una mañanita
¡Mal haya, mal haya!
Sentada á la puertá
Yo sola me estaba,
Sin cuidar de cosa
Que me atormentara,
Antes bien, cosiendo
Con gusto una randa
Para una camisa
Todita bordada
Con mis manos propias,
Y que dar pensaba
A mi padre en muestra
De amor y constancia.
Mas oí de pronto
Grandes carcajadas,
Y miré á la puerta,

¡Mejor no mirara!
Ay! madre, un estudiante
Vino á mi casa,
Por llevarse su libro
Llevóse mi alma.

Estudiantes eran
Los de la algazara,
Que con gruesos libros
A clase marchaban.
Uno dejó el grupo
De sus camaradas,
Y vino á ponerse
Junto á mi ventana,
Y miéntras en mis ojos
Su vista clavaba,
Sonriendo me dijo
No sé que palabras.
Ardía mi frente,
Mi cuerpo temblaba,
Mi rostro se puso
Tal como la grana,
Y bajé la vista
Toda abochornada.
Ay! madre, un estudiante
Vino á mi casa,
Por llevarse su libro
Llevóse mi alma.

Al siguiente dia
Volvió á mi ventana,
Y siguió viniendo
Hasta tres semanas.
Y luego una noche

Me dijo ¡cuitada!
Unas cosas tristes
Sobre que en la Páscua,
El y unos amigos
Iban á una estancia,
Que dentro de poco
Volveria á mi casa....
Volvieron mis penas
Y él... ni por la cuadra,
Porque ama á otra jóven
Que cruel lo maltrata,
Y á mí, que le quiero
Me vuelve la espalda.
Ay! madre, un estudiante
Vino á mi casa,
Por llevarse su libro
Llevóse mi alma.

En la calle arriba
Hay una gran casa,
Que no está muy léjos
De la Plaza de Armas,
Y siempre unos mozos
A la puerta se hallan,
Buscando camorra
Con todo el que pasa.
Dicen que allá adentro
Hay muy grandes salas
En donde él estudia
Sus lecciones diarias.
Ay! si yo pudiera
En la clase entrara,
Por verme un momento
Junto á él sentada,

Por mirar sus ojos
Miéntras el hablara.
Ay! madre, un estudiante
Vino á mi casa,
Por llevarse su libro
Llevóse mi alma.

Mire, madre, mire
Si acaso le halla,
Porque si él no viene
La pena me mata.
Dígale que triste
Mi vida se gasta;
Que es justo que venga
Adonde le aman,
Y aparte los ojos
De quien le es ingrata;
Que he llorado mucho
Despues de su marcha;
Que yo le perdono
Todas mis desgracias;
Que nunca le olvido:
Que seré su esclava....
Pero, madre, mire,
No le diga nada.
Ay! madre un estudiante
Vino á mi casa,
Por llevarse su libro
Llevóse mi alma.

SUEÑO.

Yo soñé cierto dia
Que tú, Dorila hermosa,
Soñabas que eras mia;
Y aunque el alma angustiosa
Se viste, al recordar, de oscuro manto,
Te contaré lo que pasó en la hojosa
Selva, y el dulce encanto
Del grato sueño de la edad dichosa.

Soñé, pues, que en la orilla,
Dormida te encontré, de un arroyuelo,
Y por no despertarte,
Con sijilo, en el suelo
Puse yo mi rodilla,
Para mas á mi grado contemplarte.
Y estando así, la luna
Rompiendo la lijera nubecilla
Estorbo á su brillar, de priesa vino,
Y celosa de verme allí á tu lado,
Con su luz importuna
Alumbró tu semblante peregrino.

Yo entónces presuroso,
Tus manos, amoroso,
Decidíme á cojer, y por tu frente
Ví pasar suavemente
El ala sonrosada
Del ángel del placer, que á amar provoca,
Y de tu linda boca
Mi nombre oí brotar languidamente.

Pero tú despertaste sonrojada,
Y toda te sentiste estremecida,
Y me miraste airada,
Y quisistes huir, mas en la huida,
Quedaste entre mis brazos enredada.

Despues ¡ oh dicha breve !
Cual blanquísima nieve
Que á los rayos de Febo se deshace ;
O como sombra leve
Que vaga entre la bruma
De la noche nublosa,
Poniendo espanto á la niñez medrosa,
Y al brillar de la aurora
Como cosa de encanto se evapora ;
Así tú, mi Dorila,
Con cruel encantamiento,
De mí despareciste en un momento.

Y yo triste vagando,
Sin saber donde voy, por encontrarte,
Allí, lleno de duelo,
Voy con todos hablando :
—Arjentado arroyuelo,
Que riegas cuidadoso

El alfombrado suelo,
Y mas que yo dichoso,
Le prestaste á Dorila tu ribera
Y el arrullo dulcísimo del agua,
Para que en tal manera
A tu orilla mejor el sueño fuera;
Regalado airecillo,
Hermano de la noche,
Que rizas suavemente
El cristal de la fuente;
Y que ménos dañoso y mas sencillo,
A Dorila besastes en la frente;
Antojadiza luna,
Que en el campo testigo á los amores
Eres, y los ocultas
Ya en escondido tálamo de flores,
Ya en la márgen de límpida laguna,
Y que mas atrevida
Y ménos cuidadosa,
Acariciastes á Dorila hermosa;
Decid, decidme todos,
Airecillo, arroyuelo,
Y tú, luna tranquila,
¿Dónde está mi Dorila?

Mi Dorila que es bella,
Mas que el ave pintada,
Mas que la clara estrella;
Su sonrisa es la Aurora
Que alegra el cielo y que los montes dora.
¿Cuántas veces Dorila,
Las gracias de su risa á la mañana
Prestóle, y mas galana
Con el ajeno adorno,

Asomóse la Aurora en el Oriente;
Sus ojos son la luz del Medio-dia
Que el almo sol ardiente,
En roja lluvia al Universo envía;
Su negra cabellera
Es el manto de sombras, que la Noche
Huyendo, en su carrera
Dejó olvidado, al distinguir el carro
Del monarca del dia,
Que cierta madrugada la seguía.
Y si es noche mi bella,
Y es tambien medio-dia, y es aurora,
Fuera el vivir sin ella,
No v[illegible] de la vida ni una hora
Ay! decidme, arroyuelo,
Airecillo sútil, luna tranquila,
¿ Dónde está mi Dorila?

Y en vano, en vano el pecho se contrista:
Te busco con la vista;
Te llamo con la mano;
Ya observo el horizonte;
Ya corro por el monte;
Ya me paro en el llano;
Pero todo ¡ ay dolor! todo es en vano.

Ay! que ya mi adorada
Robóle al campo juventud y vida;
Ay! que la deseada
Muerte, con honda herida,
Entró en mi pecho, y se quedó escondida...

Y en esto disperté, que así soñaba
Cuando el astro del dia

Magnífico en Oriente se mostraba,
Y no al corazon tornaba
El rayo halagador de la alegría.
Y vuelto ya á la fria
Vida de realidad en que me hallaba,
Al recordar el sueño doloroso
A la par que halagüeño,
Y al ver nublado el porvenir dudoso,
Esclamé: — Dulce dueño,
Será acaso verdad lo que fué sueño!

1865.

ABRAHAM LINCOLN.

EN SU MUERTE.

Quién es ? ¿ Quién es la pálida figura
Que en Setentrion, augusta, se levanta,
De pié sobre la blanca sepultura,
Y el corazon espanta,
Y los miembros tortura,
Y detiene la voz en la garganta ?
¿ Quién es ese jigante de alma pura,
Ayer astro radioso
De rutilante faz y llama ardiente,
Y hoy lámpara estinguida
Por el soplo terrible de la muerte ?
¿ Acaso el héroe aquel, que fué la gloria
De una ilustre nacion, en la victoria
Indiferente está, pálido, inerte ?
Acaso el varon fuerte
Pudo morir ? Ah ! sí : que de la historia
El ángel, va diciendo, jemebundo,

Por toda la estension del ancho suelo,
Que una nube de duelo
Cubre el brillante altar del Nuevo Mundo.

***

Ayer el padre de la azul esfera
Los campos ilumina, en donde el bravo
Al contrario venció : flor de martirio
Recojen los valientes en la lucha,
Y la frente altanera
Al sol elevan por la vez postrera.
Su carroza dorada la alegría
Por rejiones sin límites pasea,
Y al terminar el dia
Saluda al vencedor en la pelea.
Y el grito de agonia
De soldado infeliz, que el polvo muerde,
Solitario se pierde
Entre el son del clarin, que el ¡Hurrah! grita,
Borrando su memoria,
Y entre el fragor del bronce que vomita
Saludo atronador á la victoria.

***

Mas, súbito, mirad! de entre la nieve
Densa bruma que nace, al cielo sube,
Y luego presurosa,
De infortunios preñada,
En un instante breve,
Baja á la tierra convertida en nube.
Y allí del Norte en la rejion helada
Sobre el mortal arroja,

Con pavoroso espanto,
Que hasta el valor aterra,
Tempestad de dolores y de llanto.
Y miradla despues : deja la tierra,
Cuna un tiempo de Washington divino,
Y hácia el Sur se avalanza
Por ignoto camino,
Envuelta en impetuoso torbellino.



Yo ví cruzar la indómita tormenta
Por un límpido cielo, esplendoroso,
Con su ala mortífera y cruenta,
Desnudando al pasar el bosque hojoso.
Yo ví tambien, violenta,
Cruzar la nube, que en infausto dia,
Mercurio fué de nueva tan sangrienta,
Y tan solo al pasar, tronchó las flores
Mas bellas del jardin del Medio-dia.
Y un rumor escuché, como el lejano
Trueno, que en noche umbrosa,
De monte en monte, sin cesar retumba;
Y aquel rumor decia:
Llorad! que ya reposa
El patriarca de América en la tumba.



Lloremos, sí, lloremos:
Llorad, llorad, las del cabello de oro,
Vírgenes de la nieve, que circunda
El Niágara sonoro;
Ensayad en su tumba un dulce coro,

Y en tristeza profunda
Bañad su frente con caliente lloro.
Ay ! vosotras, al ménos,
Mirásteis su cabeza moribunda,
Tan bella en la partida,
Y pudísteis besarle
En la frente tan límpida y tan pura,
En señal de postrera despedida.



Lloremos, sí, lloremos :
Venid, tambien, vosotras,
Espléndidas doncellas,
Que habitais la rejion del Medio-dia ;
Al aire desplegad las trenzas bellas,
Y desterrad en tanto la alegria
Que tuvo el corazon ; y suave acento
De tétrica elegía
Al Norte lleve el presuroso viento,
Pregonando á su paso,
Que toda la rejion americana,
Del Sur al Setentrion, del Este á Ocaso,
A su dolor sin límites se hermana.



Lloremos, sí, lloremos :
Oh ! tú, madre querida,
Dulce génio de amor, que me enseñaste
A adorar la virtud, y en mas cumplida
Edad, me la pintaste
Como la flor mas bella de la vida ;
Tú, que sembrastes en mi pecho el fruto

Del amor á lo grande,
Y que eres hoy la llama
Que el sentimiento mio purifica,
Ven tambien á llorar, y sin consuelo
En mi pecho tus lágrimas derrama,
Y cubre, como pálido tributo
Al dolor que te inflama,
De duelo el alma, y el cendal de luto.

***

Lanzad, lanzad del seno
El puro sentimiento que atesora;
¿No oís que brama el trueno,
Que jime el mar, y que la tierra llora?

***

Oh! tú, firme coloso
Que el bridon gobernastes de la guerra,
Duerme tranquilo en perenal reposo.
Ni temas que tu pueblo
Equivoque el camino
Que otro tiempo marcaste á su carrera,
Que no distante el pabellon divino
De la santa hermandad, resplandeciente,
Marcará su destino
A la rejion de Washington valiente.

***

Duerme, duerme ese sueño
Que mártir conseguiste,
Piloto grande de jigante leño,

Mientra el ánima triste
En torrente de lágrimas se anega,
Y al recuerdo de Washington te agrega.



Adios! augusto Sol, que la mas bella
Campiña iluminaste con luz pura;
Adios! te dice la infeliz doncella
Con voz desgarradora;
Adios! el jóven, que, la diestra mano
Sobre la biblia de la patria, jura
Morir en la cruzada vencedora;
Adios! adios! el venerable anciano
Que tu recuerdo llora,
Y en el mar, y en el cielo, y en el llano,
Adios! te dice el mundo americano.

1865.

ANACREONTICA.

Aquella tojosita,
La tojosita aquella,
Que en prueba de cariño
Me distes en la feria,
Ayer por la mañana
Al ver la jaula abierta,
Batió las lindas alas,
Y se escapó á la selva.
Pero al partir, me dijo
Que un beso te trajera,
Y que en la frente blanca,
O en la mejilla fresca,
O en los chispeantes ojos,
O en la boca pequeña,
O en la pulida mano,
Yo mismo te lo diera.
Con que ¿ cuándo te beso ?
Dilo pronto, y no temas,
Que con tal de besarte
Te beso cuando quieras.

1866.

MI AMOR.

Perdona, patria mia, si un momento
Quiero pensar en mí;
Perdona si en mi amargo sufrimiento
Hoy me olvido de tí.

Deja que el alma con mortal quebranto
Se entregue á su afliccion,
Y que deshecho el amoroso encanto,
Suspire el corazon.

Deja que vuelva á la memoria mia
Una historia de ayer,
Que con frases de amor un bello dia
Escribió una mujer.

Déjame recordar glorias pasadas
De májico fulgor,
Las quejas, los suspiros, las miradas,
La historia del amor.

***

Nunca tan melodiosa
Cantaba Filomela en la espesura
Su dulce amor hallado,
Como mi ninfa hermosa
Para mí, su adorado,
Cantaba con voz pura
Un idilio de amor y de ternura.
Nunca el sol su candente
Rayo lanzó sobre los bellos campos
Con fuego tan vehemente,
Como mi hermosa ninfa,
Cuando mejor me amaba,
Con lánguido mirar me acariciaba.
Nunca el cielo tan bello
Se vió pintado de zafiro y oro
Ni de tan lindo azul, como mi hermosa
Brillaba de placer, á la sonrisa
Feliz de un : ¡ yo te adoro !
Y el lánguido mirar, y el dulce acento,
Y la sonrisa pura,
Y tanto suspirar, tanta dulzura,
Tanto amor, tanta gloria,
Pájinas fueron de mi bella historia.

* * *

La tierna maravilla
Nace en la tarde y con la tarde muere;
El raudo barquichuelo
Presto se aleja de la amante orilla;
La nube pasajera
Cruza veloz por la rejion del viento;
Y nube y barquichuelo y maravilla
Pasan en un momento :

Así tan solo un dia
Brilló el amor de la adorada mia!



Ah! no penseis que olvide, porque aquella
Es mi historia mejor,
Y es la mujer que la inspiró tan bella,
Y es tan grande mi amor!



Hareis que deje el tímido arroyuelo
El curso que siguió,
Y que el pájaro olvide al pequeñuelo
Que en el nido quedó.

Hareis que el trovador á las mujeres
No cante en su laud,
Y desprecie la danza y los placeres
La alegre juventud.

Hareis que olvide el cisne su laguna
Y el ave su cantar,
Hareis que la mirada de la luna
No se quiebre en el mar.

Hareis que por las noches el rocío
No humedezca la flor....
Pero no arrancareis del pecho mio
La historia de mi amor!

Cómo puedo olvidar, yo que la calma
Perdí con la ilusion,

Que tengo triste, por mi amor, el alma,
Y enfermo el corazon!

Yo quisiera olvidar; por consolarme
Libre ya me finjí,
Quise verla otra vez, volvió á mirarme,
Y otra vez suyo fuí.

Y en vano en vano quise con despecho
Su recuerdo borrar.....
Mas no puedo arrancármelo del pecho,
Yo no puedo olvidar!

***

Perdona, patria mia, si un momento
Quiero pensar en mí;
Perdona si en mi amargo sufrimiento,
Hoy me olvido de ti.

1866.

LA MAÑANA DE SAN JUAN.

Muchachas ¡ abricias !
¡ Albricias ! muchachas,
Que hoy tenemos fiesta
Toda la mañana.
No durmais, doncellas,
Saltad de la cama,
¡ Mirad ! qué de gente,
¡ Qué de gente pasa !
Unos con violines,
Otros con guitarras ;
Aquellos pedestres ;
Estos en *volanta* ;
Viejos con sus hijos;
Mozos con muchachas ;
Todo el mundo corre,
Todo el mundo canta.
¡ Salid ! perezosas,
Mas.... andad bien cáutas,
Para que la vieja
No sospeche nada.
Que apénas vestidas

Salgais á la sala,
Hemos de escaparnos
Derecho á la playa,
Por correr la fiesta,
Que San Juan nos manda.
Mas ántes irémos
A todas las casas
De vuestras amigas,
Porque todas vayan;
Pues yo formar quiero
Una hermosa tanda
De flacas y gordas,
De rubias y blancas,
Todas dirijidas
Por mí ¡qué algazara!
Irán Josefita,
Y sus dos hermanas,
Aquellas que viven
Cerca de la Zanja;
Juana la de Güines,
Rosario, la blanca,
Lola, la trigueña
Y Emilia, la pálida;
Y Matilde, aquella
Que tiene en la cara
Dos ojos de fuego
Y un lunar que mata;
Y Paz, la que vive
Allá en la calzada;
Y Rosa, la prieta
A quien todos llaman,
(Porque á todos quema)
El sol de las Animas;
Y aquella gordita,

La que está abonada
En el parque nuevo
Toda la semana;
Y Concha y Mercedes,
Y Rita y Amalia,
Y Loreto y Nieves,
Y Enriqueta y Blanca.
Y.... despues que en forma
Tenga yo mi tanda,
Tomarémos rumbo
Hácia la calzada.
Yo llevaré dulces
Por si se naufraga;
Los baños verémos
Que "La Isleña" llaman,
Y los de Castilla
Donde habrá parranda,
Y música, y flores,
Y diez mil muchachas.
Despues pasearémos
Por toda la playa;
Cojerémos conchas
Y *piedras pintadas*,
Que en vuestros pañuelos
Llevareis á casa.
Y despues verémos
Antes de la marcha,
Los "Campos Eliseos,"
Donde hay tambien guángara.
Y nos bañarémos
(Si á alguna le agrada)
Que hoy debe estar fresca
Y sabrosa el agua,
Mas no seais loquillas:

Ved como se nada,
Que los tiburones
Vienen á la playa,
Y—como decia
Con razones claras,
Mi señora abuela
(A la cual Dios haya)—
Mas vale: un si acaso,
Que un ¡quién lo pensara!
Pero eso sí, todas
Sereis bien criadas:
Hablareis conmigo
Toda la mañana,
Me direis buen mozo,
Me echareis miradas
De aquellas que dicen:
Ahí te mando el alma.
Y cuando yo os diga:
Vamos para casa,
No dirá ninguna
No me da la gana.
Al contrario, todas
Con muy buenas mañas,
Habreis de decirme
Muy dulces palabras;
Y si acaso alguna
Quiere hacer la dama,
Y si la celebro
Me vuelve la cara,
Lo mismo que me hizo
¡Ojalá le hagan!
Y si va á la fiesta
No le pidan danza,
Y se ponga fea,

Y le salgan canas,
Y todos sus novios
Le den calabazas.
¡Qué hermoso está el dia!
Saltad de la cama,
Muchachas ¡albricias!
¡Albricias! ¡muchachas!

1865.

¡ESTÁ MUERTA!

Versos escritos para la "Corona Fúnebre" de la Srta. Doña Concepcion Castro y Castillo.

Ave que pasas lijera
Con tu dicha tan ufana,
Detente: que está jimiendo
Por los muertos la campana.

Flor que en la selva escondida
Duerme, de amores soñando,
Ven á darle tus perfumes
A un ángel que está espirando.

Estrella que entre las nubes
Un himno entonas quizá,
Ilumínale el camino
A una vírgen que se vá.

Airecillo de la tarde,
No cantes, que se despierta....

Callad todos, callad todos:
La pobre Concha está muerta.

Callad! porque no nos oiga
El huracan que retumba;
Venid á verla tan linda
Durmiendo sobre la tumba.

Donde á todos se mostraba
Llena de amor y de vida,
En la sala de su casa,
En la sala está tendida.

Ojos tristes, tristes ojos,
Que otro tiempo la mirásteis,
Venid á ver si está ahora
Lo mismo que la dejásteis.

Tiene su vestido blanco
Y su corona ceñida....
Miradla otra vez ¡qué bella!
Parece que está dormida.

Es Concha la triste Concha,
Que vió deshecho el encanto!
Ayer estaba en la fiesta,
Y hoy vá para el campo-santo.

Ayer cual lucero hermoso
La vieron todos brillar;
Todos vestidos de luto
La llevan hoy á enterrar.

Ayer de flores rosadas
Tuvo el camino cubierto;

Hoy tendrá sobre su tumba
Amarilla flor de muerto.

Todos callen, todos callen
Con tristísimo misterio;
Silencio! silencio! ahora,
Que vamos al cementerio.

Silencio!.... Mas, no calleis;
Llorad, por ver si despierta....
Duerme... porque... no es posible,
No es posible que esté muerta.

Muerta... ! mentira! ¿ quién dijo
Que sea tanta nuestra pena?
¿ Muerta tú, Concha, tan jóven,
Y tan hermosa, y tan buena?

Despierta para que el mundo
Vea que has estado dormida;
Alzate mas sonrosada,
Con mas amor, con mas vida.

¿ La voz de la amistad nuestra
No escuchas, desgarradora?
¿ No ves que nos dejas tristes?
¿ No ves que tu madre llora?

Y nosotros, tus amigos,
Que te acompañamos tanto,
¿ Hemos de dejarte sola
En medio del campo-santo?

Qué horror! el pecho aflijido
Recibió el golpe mas fiero

Ya Concha no es de este mundo:
Es tuya, sepulturero.

Vuelve á doblar la campana,
Y aun está su tumba abierta. . .
Llorad todos, llorad todos,
La pobre Concha está muerta !

CANTARES.

Jovencita, no me mires,
No me mires, cuando paso;
Mira que si tu me miras,
En tus miradas me abraso.

***

La primera vez que te ví,
No sé como estaba yo;
Que al oprimirte la mano,
El pecho se me oprimió.

***

La mujer es de cristal
Y el cristal es transparente;
Por eso en tu corazon
Yo puedo ver lo que sientes.

***

Estrellitas de los cielos.
No me causeis mas enojos:
¿No sabeis que cuando os miro,
Miro en vosotras sus ojos?

***

Si á contar llegas acaso
Las arenitas del mar,
Los pesares de mi pecho
Entónces podrás contar.

***

No estrañes que el airecillo
Juegue con tus labios bellos,
Porque soy yo, que te mando
Todas las tardes, un beso.

***

Sufro mucho, si te hablo,
Y sufro mas, si te miro,
Si te alejas, me entristezco,
Y si te quedas, suspiro.

***

Cuando vayas á casarte
Acuérdate de los muertos,
Porque puede por tu casa
Estar pasando mi entierro.

***

Mis amigos me preguntan
Si tu pasion se murió:
¿Crées tú que puede morirse
Cosa que nunca nació?



Anoche cuando dormia
A poco me quedo muerto;
Y era, mi bien, que soñaba
Que te estaba dando un beso.



Aunque me ausente, no creas
Que para siempre me vaya;
Pues yo soy como la ola,
Que se va y vuelve á la playa.



La carta que me escribiste,
No puedo dártela, no:
La puse junto á mi pecho,
Y el fuego la consumió.



Blanca nube, si pasares
Por el jardin de mi bella,
Dile que yo te he mirado,
Que te mire tambien ella.



Tengo celos de tu padre,
De tu hermano, de tu amigo,
Y si amante me miraras,
Tendria celos de mí mismo.

***

Dios estaba muy airado
El dia en que yo nací;
Si el mismo Dios no me quiere,
¿Quién me ha de querer á mí?

***

Dicen que vas á casarte,
A casarte, ¡buena suerte!
Yo tambien voy á casarme,
A casarme con la muerte.

1866.

EN EL ALBUM DE R. RODRIGUEZ.

NO TE CONOZCO......

No te conozco, niña;
Mas la Fama lijera y bulliciosa,
Que cuenta lo que pasa
Ya en la rica ciudad, ya en la campiña,
Ha venido á mi casa,
Y siempre noticiosa,
Me ha dicho con placer que eres hermosa.

Me ha dicho que eres buena
Como es buena tu madre, que te adora,
Y en tí su dicha mira,
Que te alzas con el águila serena
Que libertad respira,
Que piensas con la Autora
De la choza de Tom, consoladora.

Me ha dicho.... mas ¿ qué fuera
Ya todo para mí lo que me hablara
La Fama complaciente,

Si el amor de la patria no existiera
En tu pecho inocente,
Y hasta el sol no se alzara,
Para robarle al sol su lumbre clara?

Yo soy tu amigo, ¡ oh Rosa!
Porque eres tú lucero americano,
Y al arrullo naciste
Del intranquilo mar de Cuba hermosa.
¡ Ojalá, ménos triste
Con cariño de hermano,
Pueda estrechar tu mano entre mi mano!

1865.

LA MADRE INFAME.

(TRADUCCION.)

Una madre que no es madre,
Una mujer sin conciencia,
Hácia la distante playa
Conduce una jóven bella,
Para darla al traficante
Que con la carne comercia,
En cambio de algunas joyas
O de unas cuantas monedas.
Y la niña infortunada
El copioso llanto suelta,
Y abraza á su madre inícua,
Y suplicante le ruega:

"Ay mi madre de mi vida,
Yo soy jóven; no me vendas,
A mí, que el único fruto
Soy de tu pasion primera.
¿Qué faltas he cometido,
Indignas de una doncella,
Para que así me abandones
A las manos extrangeras?

Yo en tu vejez te he cuidado,
(Aunque ignorante y sin fuerzas,)
Y alegre, por ayudarte,
Para tí sembré la tierra.
Yo tomaba con mis manos
Del árbol la fruta tierna,
Y ¡ cuántas veces del rio
Volví con las manos llenas !
Yo en el invierno he sabido
Librarte de su inclemencia,
Y en verano te he llevado
Bajo la fresca arboleda.
Y cuando tú te dormias,
Yo, cual hija amante y buena,
Alejaba de tu rostro
Los insectos que molestan....
Ay ! madre, madre del alma,
¿ A dónde irás por la tierra,
Sin el amor y el cuidado
De tu pobre compañera ? ”
El mercader ambicioso
Podrá darte algunas prendas,
Pero el amor de una hija
Nadie sabe cuanto cuesta.
Y tú.... serás desgraciada
Despues, cuando te arrepientas,
Y yo.... pasaré la vida
Entre horrores y miserias,
Y no podré estar contigo
Mañana, cuando tú mueras.
Mírame, aquí de rodillas,
Mírame, en llanto deshecha;
No me lleves á la playa,
Madre mia, no me vendas !

Mas, ruego inútil... la madre
Hácia la playa la lleva,
Y el mercader inhumano
Presto en el barco la encierra.
Y miéntras la madre infame
Examina las monedas,
La niña deja su patria,
Suspirando entre cadenas.

ANACREONTICA.

Si sales por las noches
A contemplar el cielo,
Tienes miradas dulces
Para el claro lucero;
Si por la mañanita
El sol te mira tierno,
Colorada te pones,
Mas no dejas el puesto;
Si las aves te brindan
Su armonioso gorjeo,
Las oyes estasiada
Y detienes su vuelo;
Si te sientas acaso
Junto al arroyo fresco,
Gustas de que su linfa
Bañe tu pié pequeño.
Y del sol, del arroyo,
Del ave, del lucero,
Recibes las caricias,
Devuelves los requiebros.
¿Para mí no mas, guardas
La risa, el odio, el ceño,

Solo porque te miro,
Solo porque te quiero?
Pues oye: aunque se vuelvan
Celosos el lucêro
Y el ave; aunque el arroyo
Se me oponga al intento;
Y aunque el sol me traspase
Con sus rayos el pecho,
Te miro, y mas te miro,
Te quiero, y mas te quiero.

1866.

VAS A ENTRAR EN EL MUNDO.

A UNA JOVENCITA.

Permíteme, niña hermosa,
Supuesto que soy tu amigo,
Que hoy en verso hable contigo,
Si no mandas otra cosa.

Yo en verdad, hace dos meses
Que procuro, á fé de Luis,
Contigo estar *vis á vis*,
Como dicen los franceses.

Pero tengo que decirte
Tantas cosas, tantas que
Al cabo determiné,
Ya que no hablarte, escribirte.

Y pues me estás escuchando,
O mejor dicho leyendo,
Vamos, mi bien, prosiguiendo,
Digo, vamos empezando.

Empiezo, y va de poesia:
Tú eres la nave lijera,
Que se lanza mar afuera,
Con la esperanza por guia.

La flor que se empieza á abrir
Eres, fragante y hermosa,
Eres el boton de rosa....
No te vayas á engreir.

Eres el ave pintada
Que está ensayando su vuelo
Para remontarse al cielo,
En sus alitas confiada.

Eres el ángel-mujer
De hermosura singular,
Que en el mundo vás á entrar,
Sin el mundo comprender.

Y aunque sé que á la belleza
Lastima la realidad,
Te he de decir la verdad,
Y perdona mi franqueza.

Hoy ves el mundo al revés,
Como un ameno jardin....
Antes que llegues al fin,
Lo mirarás tal cual es.

El mundo á los trece años
Es un bello paraiso,
Mas.... pronto dan el aviso
Los primeros desengaños.

Que cuando de los amores
Quieras saber el arcano,
Vendrá, con esquela en mano,
La turba de adoradores.

Te dirán que eres mas bella
Que el clavel de tu ventana,
Mas fresca que la mañana,
Mas brillante que la estrella.

Que es tu rosada mejilla
Mas que la aurora, rosada;
Que para estar colorada
No necesitas *cartilla.*

Que son pulidas tus manos,
Como dos y una son tres,
Y que tienes unos piés
Tan chicos, que son enanos.

Que un angelito bajó
Cuando naciste, á tu cuna,
Y que le robó á la luna
Un lunar, y te lo dió.

Que llenos de amor y celos
Tantos astros te miraron,
Que en tus ojos estamparon
Todo el azul de los cielos.

Que cuando pasa una estrella
Preguntando por su hermana,
La llevan á tu ventana,
Y dicen: Aquí está ella.

Que si te encuentran, te miran;
Que si miran, se enamoran;
Que si no los quieres, lloran,
Y si los quieres, suspiran,

Y á otras verdades que dejo
Dedicarán su oratoria,
Sin notar que de memoria
Las sabes ya por tu espejo.

Y despues, despues vendrán,
En erótico clamor,
Los juramentos de amor
Que como vienen, se van.

Y aquello de que tú escondes
Los puñales que lo hieren,
Y aquello de que se mueren
Si tú no les correspondes.

Y lo de que en su cantar
Hay para tí mas amor,
Que en una estufa, calor,
Que gotas de agua en el mar.

Y aquel gemir de la lira,
Y aquel rondar tu ventana,
Y el llorar su suerte insana....
Esto suele ser mentira.

Que así como en mar bravia
Domina la tempestad,
Así en plena sociedad
Reina la galanteria.

Allí te pueden brindar
Tus cien mil adoradores,
En cada palabra, flores,
En cada pecho, un altar.

Mas sabe, niña, que allí
Do el incienso se quemó,
El corazon dice: *Nó*,
Cuando el labio dice: *Sí*.

Con el primer sentimiento,
Cuidado, niña, cuidado;
Que no porque hayan jurado
Guardarán su juramento.

Pues no sé si es un refran
El que dice, y no por broma,
Que es la mujer la paloma,
Y el hombre es el gavilan.

El amor que diviniza
Al que en él su dicha funda,
Hace una herida profunda,
Que nunca se cicatriza.

Amor que olvidado, mata,
Y correspondido, alienta,
Que ya el cielo representa,
Que ya el infierno retrata.

De la vida en el sendero
Frases dirán á tu oido,
Los mas, con amor finjido,
Los ménos, con verdadero.

Lo del finjido verás
De rodillas á tus piés,
Y á cada bien que les dés
Uno á tí te quitarás.

Y despues, cuando el latir
Oigan de tu corazon,
Para premiar tu pasion,
Prorrumpirán á reir.

Ellos alzarán el vuelo,
Tú doblarás la rodilla,
Y caerán por tu mejilla,
Lágrimas de desconsuelo.

Y cuando tu frente ciña
La corona del pesar,
Esclamarás al llorar:
Ay! ¡quién volviera á ser niña!

Y al corazon que perdiste
Llamarás en tu abandono....
Pero cambiemos de tono,
Que te estás poniendo triste.

Triste, no me gusta verte,
Ni ¿cómo me gustaría,
Sí, siendo vida alegria,
Tristeza supone muerte?

Perdona: que eres tan pura,
Tan bellá, tan jovencita,
Que es imposible.... marchita
Nunca verás tu ventura.

Pues fuera mengua y baldon,
Que un mancebo bien cumplido,
Despues de verse querido
Rechazara tu pasion.

Y que á la verdad, hablarte
Es espuesto.... como verte:
¿Quién te miró, sin quererte?
Y, ¿quién te habló, sin amarte?

Cuando por el mundo gires
Con el semblante amoroso,
Dichoso, niña, dichoso
El mortal por quien suspires.

Sin embargo, sin embargo,
No te lances muy confiada,
Porque la sombra es taimada,
Porque el camino es muy largo.

Con pensamiento profundo
Estudia, niña, el amor;
Mira que el mundo es traidor,
Y vas á entrar en el mundo.

Nunca abandones cobarde
La esperanza que te agita....
¡Dios te guarde, jovencita!
¡Jovencita, Dios te guarde!

1867.

TE HE VUELTO A VER.

Te he vuelto á ver! el alma adormecida
Empieza á renacer;
Porque es tu amor la vida de mi vida,
Porque eres tú mi ser.

Qué hermosa estabas la mañana aquella
Que en la fiesta te ví!
Tú tambien me miraste, tú, tan bella,
Tú me miraste á mí.

Sí; yo te ví sobre mis ojos tristes
Tu mirada fijar,
Y en aquella mirada me dijistes
Que te volviera á amar.

Y volví á contemplar la blanca frente
Que tanto contemplé;
Y á mirar otra vez la boca ardiente
Que juró eterna fé.

Y te miré como el marino mira
La patria á do volvió,
Como á su amada el bardo que suspira,
Como te miro yo.

Y al pasar junto á mí, tu rostro hermoso
Cubrió la palidez,
Me volviste á mirar, y fuí dichoso....
Me amabas otra vez.

Mas.... sueño de la ardiente fantasía
Fué todo, y fué ilusion,
Que ni siquiera por la pena mia
Latió tu corazon.

Y pasaste otra vez indiferente
Sin volverme á mirar;
Y yo incliné la adolorida frente
Bajo el negro pesar.

Si supieras, mi bien, cuánto he llorado
El amor que perdí,
Cuánto en mis horas tristes te he llamado,
Cuánto, cuánto sufrí!

Y hoy que te vuelvo á ver; hoy que he forjado
Tanta bella ilusion,
Presentas desdeñosa un rostro airado
Por premio á mi pasion.

No te vayas, mujer, quiero inflamarte
Con mi ardiente mirar;
Quiero oirte otra vez, y quiero hablarte,
Y te quiero adorar.

Y quiero que devuelvas el contento
Y la luz á mi abril,
Y que refresques con tu suave aliento
Mi frente juvenil.

Y que al verme á tu lado, la alegria
Te inunde de placer,
Y que al tocar tu mano con la mia
Te mire estremecer.

Y al oido me digas con semblante
Teñido de rubor,
Febril, enamorada, delirante:
Tú eres mi único amor!

Ah! si algo vale la memoria fria
Del antiguo querer,
Si tienes en el pecho todavia
Corazon de mujer,

Por el amor aquel que me juraste
Un tiempo que pasó,
Por lo que amé, por lo que tu me amaste,
No me abandones, no.

Pero; te vas! y compasion no guardas,
Ingrata, para mí,
Y de verme sufrir no te acobardas,
Y me dejas así!

Te vas, mujer! y ni recuerdo tienes
De que amamos los dos;
Te vas! te vas! y ni siquiera vienes
Para decirme adios!

Ya el alma que un momento ha revivido
Se vuelve á adormecer;
Ya para siempre tu pasion se ha ido....
Pero te he vuelto á ver!

1867.

CHUMBA.

UN NUEVO CASO DE LA EPIDEMIA REINANTE. (1)

I.

Dadme la lira, dádmela, señores,
Que la quiero templar; el pecho frio
Siento ya revivir, y los amores
Cien vueltas dan sobre el bufete mio.
Oh celos! oh injusticias! oh dolores!
Oh splin! oh desencanto! oh calofrio!
Oh génios espantosos de la tumba!
Venid, todos, venid; le canto á Chumba.

II.

Chumba, Chumba, ¡ay dolor! ¿do te ocultaste,
Pájaro sin matiz, pez sin escama,
Y á tu novio Bartolo abandonaste,
Saliendo, dedichada, del programa?

(1) Esta composicion tuvo por objeto criticar varias poesías en que se ponia á la mujer como ropa de pascuas.

¿Estabas loca, Chumba? ¿No pensaste
Que prendida una vez de amor la llama,
No bastan á apagarla ni aguaceros,
Ni soldados, ni bombas, ni bomberos?

III.

Y tú, Bartolo, que sentiste un dia
Tu pecho palpitar por una hermosa
Que caricias y besos te ofrecia
Y despues te olvidó, sabe una cosa:
Fuites un animal. Es tonteria
Buscar amor en la mujer dolosa....
Deja que con su engaño y con su arte,
Se vaya con la música á otra parte.

IV.

Era una noche.....el pelo se me heriza
De acordarme no mas.... los nubarrones
Tocaban casi el techo de Escauriza;
Cerraba el viento puertas y balcones;
Con abundancia, el agua llovediza
No á cántaros caia, á garrafones;
Y en medio al temporal, un hombre solo
Andaba por la calle: era Bartolo.

V.

Bartolo, sí, que desafiando al viento,
Oculto en su capote, calle abajo,
Iba á ver á su amor: en un momento,
En un decir Jesus, en un zancajo,

Se puso en la ventana. ¡ Qué contento
A Chumba saludó ! ¡ con qué agasajo !
Y miéntras que las nubes reventaban,
Estasiados los dos se contemplaban.

VI.

—Ay! Chumba, buenas noches, dice el mozo
—Buenas noches, Bartolo, Chumba esclama.
—Y el viejo?—Está escribiendo.—¡Cómo gozo
A tu lado ¡ ¡ Y la vieja?—Está en la cama.
—¿Me quieres?—Te idolatro!—Qué alborozo!
—No olvides nunca, Chumba, al que te ama!
—Hasta luego.—¿Por qué? ¿te vás?—Te dejo:
Vete, Bartolo, que me llama el viejo!

VII.

Y Bartolo escapóse á la otra esquina
(Percance de los novios *de por fuera*)
Y Chumba dió una vuelta á la cocina,
Y un cigarro sacó: la cocinera,
Que era una conga, fumadora fina,
Le dió su fuego; Chumba placentera
Cojió el cigarro, lo encendió, fumólo,
Y volvió á la ventana con Bartolo.

VIII.

Y en tanto eran las once: el aguacero
Cada vez con mas fuerzas descendia;
No brillaba en el cielo ni un lucero,
Ni un coche por las calles se veia.

Y estaba el vendaval tan majadero,
Y tanta era la lluvia que caia,
Que esclamó la infeliz, casi llorando:
—Adios, Bartolo, que me estoy mojando!

IX.

—Te vás infiel?—Pero si está lloviendo....
—Dónde está aquel amor que me juraste,
Impúdica mujer?—¿Qué estás diciendo?
—Sí, que tú no me quieres, me engañaste.
—Bartolo, yo te adoro.—Estás mintiendo.
¿Por qué tan presto, Chumba, me olvidaste,
Tronchando en flor las esperanzas mias?
Si tuvieras amor, te mojarias!

X.

—Escúchame.—Yo no.—Me quedo.—Vete.
—Ay! Bartolo, ay! Bartolo, ¡suerte insana!
—Tú te debes morir; haces juguete
De tus caprichos al amor: mañana
Cuatro novios tendrás, y cinco y siete,
Y cuando venga la primera cana,
Aunque te pintes y te pongas mona,
Te verás en el mundo solterona.

XI.

Dijo; y lanzando por los ojos fuego
Y espuma por la boca, colorado
Casi como un tomate, sordo, ciego,
Bartolo echó á correr; atolondrado,

Ora paraba en una esquina, luego
Con mas ardor corria desbocado;
Y porque fuera su dolor mas fiero,
Los zapatos perdió, perdió el sombrero.

XII.

Y corria, corria, renegando
De Chumba, del demonio y de su abuela,
Calles y plazas sin cesar cruzando;
Y un hombre que pasaba, con cautela
Atajólo, y le dijo suplicando:
—¿Me hace usted el favor de la candela?
Que vá fumando usted, segun presumo....
Y él, sin parar, le contestó:—*No fumo!*

XIII.

No fuma, no! que el corazon le falta,
Y le falta el amor, le falta Chumba;
El trueno del dolor le sobresalta;
El huracan del desengaño zumba;
Llora, se queja; su razon se exalta,
Y Bartolo infeliz piensa en la tumba.
¿Para qué nace el hombre, si suspira
Por mujer, por amor, todo mentira?

XIV.

Cinco meses pasaron: una tarde
Entre nubes de fuego, ya cansado,
Precipítase el sol; haciendo alarde
De su riqueza, el cielo está empedrado;

La tierra cariñosa gime y arde
Por el constante sol; enamorado
El mar suspira por la casta luna,
Y la Osa Mayor por la laguna.

XV.

Todo es dicha, placer, fiesta; las flores
Hablan de amor y la lejana estrella;
El melon y los lindos ruiseñores,
El guanajo y la mata de grosella,
Murmura el rio una cancion de amores,
Suspira el toro por la vaca bella,
Habla de amor á la gallina el gallo,
Y en la yegua gentil piensa el caballo.

XVI.

Todo es dicha y amor: naturaleza
De boda está: con flores se atavia,
Y celebran su garbo y gentileza
Los brutos y los hombres á porfia.
Todo es dicha y amor, lujo, riqueza,
Bailes, músicas, cintas, alegría....
Volved la vista al borde de una tumba
Llorando está la víctima de Chumba.

XVII.

Allí al susurro del ciprés, en donde
Léjos del fausto populoso y vano,
La muerte solo á su dolor responde,
Bartolo fué á llorar: en una mano

Una caja de fósforos esconde;
Se decide á morir, él, bueno y sano,
Tan ájil para todo, tan ladino....
Pero ¿qué hemos de hacer? fué su destino.

XVIII.

"Tan jóven y morir!—dice—*Gran Dio,*
¿Por qué espirar? *yo, que he penado tanto!*
En un hoyo caer, oscuro y frio,
Sin que mañana un cariñoso llanto,
Al tierno corazon grato rocio,
Disipe de las sombras el espanto....
Oh! hipócrita mujer! oh! dueño ingrato....
No mas! no mas! *¡Addio del pasato!*

XIX.

"Yo era un jóven muy bueno, sí, muy bueno:
Firme al pié del cañon, en la ventana
El viento desprecié, la lluvia, el trueno....
Y ella, por mí, coqueta, casquivana,
No se quiso mojar; hundió en mi seno
El puñal de los celos, inhumana,
Y hora tal vez con otro se divierte,
Y gozará mañana con mi muerte."

XX.

Y un fósforo cojió.... Mas "¡nunca!"—grita—
"Por ella moriré: no es digna ella
Ni es digna la mujer, sombra maldita,
De que un hombre se pierda; si en aquella

Ultima noche, memorable cita,
Perdido me juzgué por una bella,
Hoy no me inspira la mujer hermosa,
Ya ese tiempo pasó, ya es otra cosa.

XXI.

"¿Y es esta la mujer, esta, Dios bueno,
La costilla del hombre, que debia
Por el hombre vivir; la que veneno
En vez de amor nos proporciona, impia?
Maldicion oh! mujer, tú, vaso lleno
De lodo y podredumbre, diablo, harpia,
Odio el amor, detesto el matrimonio!
La mujer es el mal, es el demonio!

XXII.

"Ay! desgraciado del que nace hermoso,
Ay! de aquel que se encuentra entre mujeres,
Y no es con ellas, vano, caprichoso,
Y no les dá dolor por los placeres.
Ay de aquel! morirá: presuntüoso
Por amo se tendrá de tales seres,
Y cuando caiga de su frente el velo,
Ya tiempo no será, ni habrá consuelo.

XXIII.

"¿Qué es el amor, qué la mujer, qué el mundo?
Todo pasa ¡ay de mí! todo se acaba.
Gocemos hoy; mañana, moribundo,
El sol se apagará, que ántes brillaba,

Y un desierto verémos infecundo
Donde el jardin del corazon estaba....
Esclava es la mujer; el hombre, el dueño;
Oscuro el porvenir; la vida, sueño!

XXIV.

"Vete, vete, mujer, tú, que este mundo
Transitas como el cólera, dejando
En cada pecho un torcedor profundo
Y un sangriento y terrible memorando.
Vete, vete, mujer, tú, lodo inmundo,
Materia, vil materia, contrabando....
Vete, mujer, escrito está en tu frente
Este lema infernal: *Tú no eres gente!*"

XXV.

Calló Bartolo. Se compuso el cuello
Que arrugado tenia la camisa,
Peinóse con las manos el cabello,
Y apartóse, valiente á toda prisa,
Del lugar de los muertos: noble, bello,
Entónces pareció; dulce sonrisa
Iluminó su rostro nacarado....
Y silbó una cancion.... ¡Se habia salvado!

XXVI.

Hoy viejos son los dos: *El* ha *corrido*
Cuanto puede *correr* un calavera,
Cien veces ha olvidado y ha querido
A viuda, y á casada, y á soltera,

Y con todas, al fin, se ha divertido.
Sus méritos el mundo considera,
Porque el mundo tambien hace lo mismo:
Tratar á la mujer con despotismo!

XXVII.

Y *Ella*, maldecida, abandonada,
Devuelve al mundo en su fatal retiro
Una lágrima, á cada risotada,
Y á cada maldicion, lanza un suspiro.
Ella, débil y amante, es subyugada;
El, seductor, se lanza en libre giro....
Oh! ¡qué sábio es el mundo, qué sesudo!
Acatemos las leyes del embudo!

FE DE ERRATAS.

PROSA.

PÁGS.	LÍNS.	DICE.	LÉASE.
3	4	ejenplo	ejemplo
7	8	epidermis	epidérmis
8	24	pero él *tenacem*	pero él, *tenacem*
21	27	Ya se ve	Ya se vé,
23	20	Por qué	Porqué
29	6	por que	porque
32	2	espuelas	
38	15	la mitad:	la mitad
49	5	demas	demás
51	2	saqué	saque
53	1	fiinje	finje
55	13	padresito	padrecito
63	15	vámonos	vamos
69	34	é quien	á quien
70	1	impotuoso	impetuoso
75	26	l marido	el marido
78	12	derriscaderos	derrocaderos
79	5	idem	idem
79	6	idem	idem
80	6	villar	billar
82	5	empiese	empieze
83	12	y en ánimas	y en mi ánimo
84	6	equella	aquella
84	26	lo mas allá	lo de mas allá
86	17	uua	una
87	7	Cuantos	Cuanto
87	8	el contemplar	al contemplar

34

PÁGS.	LÍNS.	DICE.	LÉASE.
87	31	deshecbes	deseches
138	16	el cual remedio es infalible, segun	el cual remedio segun
145	28	magüey	maguey
146	8	farmacia	Farmacia
151	5	vacantes	bacantes
151	8	Sicomedes	Licomedes
151	30	abrace	abrase
156	5	es á saber	son á saber
158	8	dia de guardar	dias de guardar
158	24	consejal	concejal
160	13	consejal	concejal
160	16	ex-consejal	ex-concejal
160	18	otros	otras
166	12	bailesitos	bailecitos
169	18	bailesitos	bailecitos
169	18	en el cuarto de los	en el cuarto, los
169	20	Y la alegria	Y alegria
174	7	torde	tarde
177	10	aun cuando que	aun cuando
180	5	desahago	desahogo
183	7	estubiera	estuviera
183	30	Si ahora	Si; ahora

POESIAS.

PÁGS.	LÍNS.	DICE.	LÉASE.
200	15	miéntras	miéntra
206	14	hora	hera.
206	16	sútil	sutil
207	2	y no al corazon	y al corazon
227	6	duerme	duermes
231	5	primera	primer
246	4	suspiran,	suspiran.
246	14	que lo	què los
248	63	Sí,	Si,

INDICE.

PROSA.

PÁGS.

A mis padres.................................... 3
Los Primos.................................... 7
Los Pollos.................................... 18
Un estudiante en el Campo.................................... 29
Una Rumba.................................... 43
El Parque.................................... 49
El Huracan del 65.................................... 59
El Matrimonio.................................... 67
Geografia.................................... 77
Carta á Sempronio.................................... 83
Gente ordinaria.................................... 89
Poesia popular.................................... 101
A Ciriaco (carta 1ª).................................... 111
Yo quiero ser novelista.................................... 117
A Ciriaco (carta 2ª).................................... 129
Sueños.................................... 135
A Ciriaco (carta 3ª).................................... 143
Baile de máscaras.................................... 147
A Ciriaco (carta 4ª).................................... 155
La Habana.................................... 161
A Ciriaco (carta 5ª).................................... 171
El Baile.................................... 177

POESIAS.

PÁGS.

A mi amada.................................... 191
A una rosa marchita.................................... 193

PÁGS

La Muchacha........................ 199
Sueño........................ 203
Abraham Lincoln........................ 209
Anacreóntica........................ 215
Mi amor 217
La mañana de San Juan........................ 221
¡ Está muerta !........................ 227
Cantares........................ 231
En el album de R. Rodriguez........................ 235
La madre infame........................ 237
Anacreóntica........................ 241
Vas á entrar en el mundo........................ 243
Te he vuelto á ver. 251
Chumba........................ 255



